

Historia, fuentes orales y escritura

El otro en el discurso sobre la guerrilla

Autor:

Bidiña, Ana Marcela

Tutor:

Raiter, Alejandro Guillermo

2006

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Magister de la Universidad de Buenos Aires en Análisis del Discurso

Posgrado

TESIS 5-2-1

TESIS
5-2-1

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
Nº 830.838 MESA
31 OCT 2006 DE
Agr. <u>LETRAS</u>

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
 FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
 MAESTRÍA EN ANÁLISIS DEL DISCURSO

TESIS

**HISTORIA, FUENTES ORALES Y ESCRITURA
 EL OTRO EN EL DISCURSO SOBRE LA GUERRILLA**

Maestranda: Lic. Ana Marcela Bidiña

Director: Dr. Alejandro Raiter

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
 FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
 Dirección de Bibliotecas

Octubre 2006

TESIS
5-2-1

"Mi memoria soy yo." D.B.

Agradecimientos

A Daniel, por creer en lo que hago.

A Mateo y Tacio, porque nacieron y crecen en medio de mis trabajos y mis días.

A mis padres, por dejar que elija en libertad.

A Alejandro Raiter, por su dirección dedicada y respetuosa.

A las causalidades de la vida, que en los gestos, palabras y actos de los otros, me señalan los caminos de mi propia identidad.

Índice

INTRODUCCIÓN	6
Acerca del corpus.....	12
Orientación metodológica y marco teórico	19
Estructura de la tesis.....	24
CAPÍTULO 1: Historia Oral y discurso: recorridos de la teoría.....	26
1. La Historia Oral.....	27
<i>1.1. Origen y desarrollo de la historia oral</i>	<i>27</i>
<i>1.2. Cuestiones teórico-metodológicas</i>	<i>34</i>
<i>1.3. Historia Oral y memoria</i>	<i>42</i>
2. Discursividad.....	45
<i>2.1. Historia y discurso</i>	<i>45</i>
<i>2.2. El discurso histórico.....</i>	<i>51</i>
2.3. Historia Oral y discurso	59
CAPÍTULO 2: La guerrilla en los setenta y la producción discursiva	61
1. Contexto histórico: La guerrilla argentina en los 70	61
<i>1.2. Origen y desarrollo de la guerrilla: algunas interpretaciones</i>	<i>62</i>
2. Las producciones escritas de la Historia, la Historia Oral y el periodismo de investigación: otras lecturas.....	70
CAPÍTULO 3: Los “otros” y la enunciación en la Historia Oral	80
1. Los planos de la enunciación: Historia y Discurso.....	83
<i>1.1. Los planos enunciativos.....</i>	<i>88</i>
<i>1.2. Un discurso de aproximación.....</i>	<i>100</i>

2. Subjetividad, modalización y verdad	102
2.1. <i>Modalidades y el contrato de veredicción.....</i>	<i>105</i>
2.2. <i>Las modalidades en el corpus.....</i>	<i>108</i>
2.3 <i>¿Un discurso inconcluso?.....</i>	<i>118</i>
3. Asuntos de la Memoria	120
CAPÍTULO 4: El discurso de los otros en la Historia Oral	123
1. Discurso ajeno, intertexto e intertextualidad	124
2. La heterogeneidad discursiva y el discurso representado	127
3. Los otros en el corpus.....	134
4. Lo manifiesto y lo constitutivo.....	145
CAPÍTULO 5: Discurso y representación de las fuentes orales.....	148
1. Forma lingüística y significado social.....	149
2. Los procesos y los participantes.....	154
3. La referencia a las fuentes orales I: los participantes.....	157
4. La referencia a las fuentes orales II: los predicados	163
5. Entre testimonios y testimoniantes	169
CONCLUSIONES.....	173
El discurso de la Historia Oral	174
Historia Oral y ciencias sociales	182
BIBLIOGRAFÍA	190
Sobre discurso	190

Sobre discurso y ciencias sociales	194
Sobre historia oral e historia de vida	198
Sobre la guerrilla	202
Fuentes	203

INTRODUCCIÓN

Deberíamos trabajar al revés: permitir que nuestro discurso se infecte –se hibridice, se bastardice, se mestice- por la calidad novelísticas del de ellos [el discurso de los entrevistados].” (Portelli, 1997, 218.)

El renovado interés por los relatos biográficos en el campo de la investigación y de la reflexión contemporánea permiten pensar que la relación de conocimiento que singulariza a las ciencias del hombre y la sociedad es una relación de sujeto a sujeto; el acento en el carácter dialógico de la producción de conocimiento o la práctica de la autorreflexión en la investigación y en la escritura especializada son algunas de las formas que toma la respuesta “a la crisis de los modelos objetivistas de las teorías globalizantes que dominaron hasta los años 70”. (Chirico, 1992, 13)

A comienzos de siglo XX, el llamado *giro lingüístico* modificó la forma de enfocar los problemas filosóficos. El lenguaje mismo en su carácter de condición de posibilidad del sujeto y del mundo y no tanto la conducta del hombre comienza a perfilarse como el verdadero objeto de estudio de las ciencias sociales.

El giro lingüístico como cambio de carácter epistemológico ha provocado una crisis ideológica. La desconfianza hacia los grandes relatos, hacia la convicción de la existencia de una verdad única, hacia la idea de un progreso permanente y un futuro promisorio para la humanidad, estas actitudes produjeron un cambio importante en los objetos que se constituían como material de estudio: otros documentos, otras fuentes, otras problemáticas entraron en la ciencia como objetos de estudio. El análisis de lo individual y lo particular, lo diferente, lo marginal. Esta elección se vio también en la elección de textos que serían considerados documentos: mitos, costumbres y relatos de minorías alejadas de los mercados y otros procesos centrales. (Rivera, 1998)

El lenguaje dejó de ser concebido como un medio más o menos transparente para representar una realidad "objetiva" externa al mismo, el foco de la producción en las ciencias sociales en su conjunto se desplazó decisivamente hacia los modos de producción, reproducción y transmisión de sentidos en distintos períodos y contextos culturales.

Las diferentes fuentes utilizadas por estas ciencias, analizadas como textos, reclaman métodos específicos. Las fuentes tratadas como textos no sólo reflejan la verdad o la realidad sino que constituyen la realidad social que se estudia, realidad existente en una red textual que le da valor antes que veracidad.

Entre los problemas metodológicos que se fueron suscitando¹, nos detendremos en el problema de "hacer hablar al otro". Según Regine Robin (1996), todas las ciencias sociales se vieron confrontadas con ese problema. Hubo dos momentos distintos en el desarrollo del tema de hacer hablar al otro. Por un lado el tema de las historias de vida en ciencias sociales y las transformaciones actuales en la crisis de las ciencias sociales, y por el otro, la manera en que, en ellas, se plantea el problema de la narración, sea en etnología, en sociología o en historia.

¹ Raiter (1999) enumera los problemas metodológicos a los que se enfrentan las ciencias sociales a partir de la inclusión de fuentes orales:

- La escasez de textos o informantes: dificulta la reconstrucción de la red discursiva.
- El inmenso volumen de habla a controlar; el problema de la representatividad.
- El análisis del testimonio: el dialecto, registro y la transcripción. La transcodificación trae como problemas la pérdida de lo paralingüístico. La neutralización de las variedades de registro, la hipercorrección.
- El problema de los conceptos previos: cuando se analiza el discurso no se puede trabajar con elementos de significado ya definidos para buscarlos en los textos, sólo debe recurrirse a presupuestos teóricos y metodológicos para deducir y verificar el significado de las formas que se encuentran.
- El problema de la literalidad: La espontaneidad de la lengua oral y de los registros informales frente a la preparación y corrección de la lengua escrita hace que no solo se la considere simple, desprejuiciada y auténtica, sino que se corra el riesgo de considerarla libre, no marcada por las condiciones de producción del texto producido. Se puede confundir espontaneidad con transparencia.
- El problema del contexto: diferencia entre el contexto histórico del relato y contexto de entrevista.

El problema de las historias de vida o las historias orales responde a un primer tipo de confrontación con la palabra de otro, de lo que se creyó sería una panacea para hacer surgir una palabra fuera del poder, una palabra auténtica. Se pensaba en una historia o una sociología capaces de escapar a la institucionalización y que en este sentido serían el espacio donde las minorías étnicas, los grupos marginales, todos aquellos dominados podrían a través de las historias de vida contar aquello que nunca se dijo y forjar una identidad propia sobre la cual los distintos poderes no tendrían ningún poder. De este modo, la promoción de lo cotidiano irrumpió en las ciencias sociales.

“Muchas veces las historias de vida se presentan como contramemoria, como historias militantes de un grupo perseguido, excluido de una memoria histórica nacional, con una gran carga ideológica. Pero sea militante o no, toda historia de vida, toda manera en que la gente cuenta su historia espontáneamente deja ver la *ilusión narrativa*.” (Robin, 1996, 65)

Toda historia actual sigue un esquema narrativo, generalmente es el del realismo del siglo XIX. Este modelo se basa en una ilusión referencial: se cuenta una historia como si ella se desarrollara delante del que la escucha. La conciencia de que la narración es una narración, de que hay estructuras de la narración y que hay un efecto de la narración de acuerdo a la manera de contar los hechos no son percibidos.

En las ciencias sociales, muchas veces no se tiene en cuenta la narración, se tiende a tomar la historia de vida como las informaciones que ella aporta sin cuestionarse el efecto de esa narración sobre el esquema narrativo. Si se busca solamente información, los quiebres de voz, los silencios, que son lo esencial de las historias de vida, no tienen importancia. Pero, para poder reconstruir la historia, es necesario prestar atención a los silencios que intervienen. Si no se

cuestiona lo que se ha producido en las historias de vida, no se tendrá sino una información trunca. A causa de los estereotipos narrativos, la narración de las historias de vida es extremadamente simple y esa simplicidad impide que aparezca la identidad, la singularidad de la historia contada.²

Como la narración en la historia de vida es extremadamente simple a causa de los estereotipos narrativos, esa simplicidad es la que impide que aparezca la identidad, la singularidad de la historia contada. Sin embargo, la puesta en texto de las palabras del otro, el gesto de dar la palabra y luego transcribirla ha provocado la toma de posición por parte de los teóricos con el fin de responder a los interrogantes que trae aparejados.

El desafío de esta escritura es poner adelante la reflexividad, reemplazar la escritura distanciada, en tercera persona, sin marcas formales de enunciación (Barthes, 1967), jerárquica y monológica, por una escritura dialógica, polifónica, descentralizada, conciente de sus fallas, conciente de las categorizaciones con las que ella opera y de encontrar técnicas de representación e interpretación de la experiencia del otro. El objetivo es poder promover en la escritura la diversidad cultural o ideológica. El desafío de las ciencias sociales es ser conciente de la dificultad de narrar a partir de fuentes orales y de la dificultad de hacer emerger al otro.

Desde este lugar, la tarea que emprendemos consiste en acercarnos a la **escritura académica de la historia oral** como un discurso científico particular que se articula a partir de un orden más o menos estabilizado (y legitimado) por cierta práctica discursiva, caracterizada por modos de construcción de los “objetos” (los objetos teóricos), de determinada modalidad enunciativa, de ciertas

² Se llama ilusión biográfica a la imposibilidad de hacer una narración continua de sí mismo, como una unidad biográfica, porque las cosas esenciales que estructuran la vida no aparecen sobre la escena y porque al mismo tiempo se es y no se es la misma persona de la cual se habla. Hablar de historia de vida es presuponer que la vida es una historia: el conjunto de los acontecimientos de una existencia individual concebida como una historia y el relato de esa historia. Se acepta así tácitamente la filosofía de la historia en el sentido de sucesión de acontecimientos históricos. (Bourdieu, 1989)

posiciones del sujeto. Es decir, un discurso particular que constituye un fragmento de práctica discursiva y ésta es, a su vez, una forma particular de la práctica social. (Foucault, 1996) El objetivo es analizar, en este discurso, el lugar que ocupan las fuentes orales en la construcción del conocimiento.

La historia oral como técnica de obtención de fuentes se concentra en las experiencias directas de la vida de los individuos. En esa tarea, el recopilador coopera con el testificante en el examen y registro de las experiencias vividas. En tanto escritura, la historia oral forma parte de un cambio sustancial registrado a partir de la segunda mitad del siglo XX en la escritura de la historia: el investigador entra en la narración y es parte de la historia. Las fuentes entran en los textos académicos con un discurso autónomo, en función de una perspectiva de análisis determinada. (Schwarztein, 1991) Es en esta segunda forma en la que centraremos nuestro trabajo.

La escritura de la historia oral entonces no tiene un sujeto unificado; se la narra desde una multitud de puntos de vista y la imparcialidad, tradicionalmente reivindicada por los historiadores, es reemplazada por la parcialidad del narrador. La parcialidad corresponde a lo inacabado y a tomar partido.³

Frente a la historia documentada, la historia oral permite el acceso a ciertas áreas de la experiencia humana sólo accesibles a través de la oralidad, dado que por su naturaleza no quedan registradas en las fuentes escritas. De todos modos, las tendencias actuales indican que las fuentes orales no bastan *per se*, los investigadores deben tener capacidad para situar las experiencias relatadas en su contexto socio-histórico, para verificar los hechos y dialogar con otras fuentes, y para ello deben acudir a documentos escritos. La importancia de las fuentes orales consiste no tanto en su observación de los hechos, sino en su desviación de ellos, en cuanto permiten que la imaginación, el simbolismo y el deseo irruman. La

³ En palabras de A. Portelli: "... la historia oral nunca puede contarse sin tomar partido, ya que los 'partidos' existen en el relato. Y con independencia de sus historias y sus creencias personales, los historiadores y las 'fuentes' difícilmente estén en el mismo 'partido'. La confrontación de sus particularidades diferentes es una de las cosas que hacen interesante a la historia oral." (1991, 51)

subjetividad construye la historia y penetra en ella. De este modo, los textos se plantean el tema de la identidad. (Portelli, 1991)

Nuestra propuesta consiste entonces en trabajar con las producciones escritas académicas de la historia oral, tomar la escritura como objeto y ver la manera en que estos escritos constituyen su objeto y cómo esta puesta en texto específica hace emerger al *otro*. Para ello observaremos las estrategias empleadas: específicamente cómo los textos del corpus perciben sus propias condiciones de producción y cómo resuelven la inclusión de las fuentes orales.

En este punto, consideramos con R. Robin que el terreno de la escritura y el de la metodología son inseparables. "Al respeto por el *otro*, a la revolución de hacerlo existir como actor, como sujeto y no simplemente como objeto, corresponde el cuestionamiento sobre cómo escribir al *otro*, cómo escribir su palabra y hacerla emerger." (R. Robin, 1996, 65) Problemática común al tratamiento de todo tipo de fuentes, pero que en la historia oral adquiere especificidad.

El trabajo nos permitirá problematizar la enunciación escrita de la historia oral en la que el escritor se enuncia escribiendo y, dentro de su escritura, hace que se enuncien individuos. En ese sentido, algunas de las preguntas a responder son: ¿qué lugar y qué discurso le es otorgado al *otro*?; ¿qué lugar ocupa el autor, la voz que está en el texto, que narra, que juzga y que explica?; ¿cómo la historia oral hace hablar al otro y qué estrategias discursivas se utilizan en el discurso?; ¿cómo se escriben en los textos los diversos puntos de vista que existen en lo social, la multiplicidad de voces?

Para ello, nos proponemos identificar y caracterizar las marcas de inclusión del otro, el lugar que ocupa el enunciadador a partir de las estrategias discursivas empleadas. La información explícita que ofrecen los textos, y también las huellas enunciativas, los diferentes niveles de organización textual y su

relación con otros discursos; el discurso citado, la representación de las fuentes orales son algunos de los temas que abordamos.

Acerca del corpus

El discurso científico, académico o disciplinar ha sido caracterizado desde diversos lugares. M. Foucault en el *Orden del Discurso* (1992) prefiere el término *disciplinas* y las define como *principios de control y delimitación de los discursos*. Una disciplina se caracteriza por un ámbito de objetos, un conjunto de métodos, un corpus de proposiciones consideradas como verdaderas, un juego de reglas y de definiciones, de técnicas y de instrumentos. Se trata de un sistema anónimo a disposición de quien quiera o de quien pueda servirse de él, sin que su sentido o su validez estén ligados a aquellos que lo han propuesto. Pero también para que haya disciplina es necesario que haya posibilidad de formular y de reformular indefinidamente, nuevas proposiciones.

En el interior de sus límites, cada disciplina reconoce proposiciones verdaderas y falsas, y rechaza toda anomalía del saber. “Una proposición debe cumplir complejas y graves exigencias para poder pertenecer al conjunto de una disciplina; antes de poder ser llamada verdadera o falsa, debe estar, como diría Canguilhem, en 'la verdad'”. (Foucault, 1992, 30)

La disciplina es entonces un principio de control de la producción del discurso. Ella le fija sus límites por el juego de una identidad que tiene la forma de una reactualización permanente de las reglas.

Por su parte, Greimas (1991) define al *discurso científico* como un discurso modalizado por el saber y definido por dos discursos entrelazados entre sí: el del descubrimiento del cientista y el de la transferencia del saber adquirido a

la comunidad científica. El criterio adoptado por esa caracterización tipológica es el del sujeto epistémico, o sea, el discurso científico es visto como una producción y la transferencia de un saber nuevo, construido por el sujeto cientista.⁴

En efecto, un cientista no puede referirse a lo que comprendió como quiere, hay una formación discursiva que, si bien no se presenta como algo cerrado, determina lo que debe ser dicho y por esa razón es necesario considerarla también para una tipología de los discursos científicos. Así, es común que en determinadas secuencias del discurso científico se proceda partiendo de lo que Greimas llama el “camuflaje objetivante”: el discurso, para ser aceptado como verdadero, trata de aparecer “como si no fuera el discurso de un sujeto, sino como el puro enunciado de las relaciones necesarias entre las cosas, borrando, en la medida de lo posible, todas las marcas de la enunciación” (1989,128). En el camuflaje objetivante, a diferencia del camuflaje subjetivante⁵, el saber se enuncia como “verdadero” y el sujeto se oculta o borra de la superficie discursiva detrás de construcciones impersonales, o bien socializado por la instalación de los *se*, o bien por el uso de generalizaciones, definiciones, procedimientos todos estos destinados a connotar “objetividad”. En términos greimasianos, se trata de “...la construcción de un discurso cuya función no es decir-verdad, sino parecer-verdad.” (Greimas, op. cit., 127), o sea, no va dirigido a la adecuación con el referente sino que busca ser leído como verdadero por el destinatario.

Formalmente, la noción de formación discursiva envuelve dos tipos de funcionamiento: la paráfrasis y el saber preconstruido. Por la paráfrasis los enunciados del cientista retoman o reformulan los enunciados de otros cientistas, no como un cierre de fronteras para su saber nuevo, ya que la polisemia creada por el propio sujeto cientista, atribuye conceptos opositivos a sus menciones. Por el saber preconstruido, el cientista se remite a una construcción de saber anterior y

⁴ El sujeto epistémico, visto como productor de saber nuevo a partir del saber preconstruido de cierta forma fue tratado por Kuhn (1992).

⁵ En el camuflaje subjetivante, el sujeto de la enunciación se enuncia como un *yo* (aun cuando se sepa que el *yo* instalado en el discurso no es verdaderamente el *yo* empírico) responsable del decir.

exterior, por oposición al saber nuevo que él construye por el enunciado. El saber preconstruido está relacionado con la ideología, puesto que lo que se retoma es lo reconocido como saber, depende de lo que las clases científicas dominantes reconocen como saber.

Por otra parte, estos procedimientos enunciativos se manifiestan como regularidades, porque el discurso está sometido a *reglas*. No se trata de reglas gramaticales que gobiernan la correcta formación sintáctica de las oraciones; son más bien *estrategias* que deben ser aceptables pragmáticamente en el interior de una comunidad enunciativa. Michel Foucault era particularmente sensible a esta propiedad al afirmar que el discurso “es un conjunto de reglas anónimas, históricas, siempre determinadas en el tiempo y en el espacio que definen en una época dada, y para un área social, económica, geográfica o lingüística dada, las condiciones de ejercicio de la función enunciativa” (Foucault, 1996, 198).

Este orden del discurso, sin embargo, no es permanente ni estático; no debe hacernos olvidar que la relación entre los discursos no es pasiva sino tensionada y polémica y, por lo tanto, hay una lucha que contribuye en grados diversos a la reproducción o transformación del orden (legitimado) del discurso y de las reglas que rigen el ejercicio de la función enunciativa en cada esfera de la actividad humana.

Para trabajar entonces con las producciones escritas académicas de historia oral, es necesario tener en cuenta estas restricciones tipológicas señaladas, que nos marcarán ciertos límites pero también ciertas contaminaciones. Movimientos de adhesión y de separación de la historia como disciplina científica son los que irán definiendo las particularidades de la historia oral dentro de los discursos académicos. Le será necesario a esta disciplina destacar cuál es ese saber nuevo que construye y validarlo tanto en la investigación como en la escritura.

A partir, entonces, de la identificación de un orden de discurso particular, construimos el corpus⁶ con artículos científicos, ponencias y libros producidos entre 1980 y 2000, que tematizan las fuentes orales utilizadas a partir de un hecho histórico común: la guerrilla argentina de la década del 70.

El mundo de la militancia de los años 60 y 70 ha sido objeto de múltiples tratamientos discursivos, incluyendo los desarrollos de la historia oral. Las principales líneas apuntan a analizar la construcción y desarrollo de diversas culturas políticas a través de las experiencias de distintas generaciones de militantes y las perspectivas político-ideológicas que desplegaron y despliegan. Artículos científicos publicados en revistas universitarias tales como *Anuario de Historia*⁷, *Socioeconómica*⁸, *Estudios*⁹, *Taller*¹⁰; una publicación propia de la historia oral, *Voces Recobradas*¹¹, así como ponencias y algunos libros constituyen las fuentes principales. Algunos de los textos dan cuenta de temas relativos a lo que se ha dado en llamar “los setentistas”¹² como identificación de la

⁶ En Análisis del Discurso, es el corpus el que define el objeto de la investigación y no lo preexiste. Es el punto de vista el que construye el corpus. Los distintos modos de constitución del corpus no son un simple gesto técnico. La construcción de un punto de vista sobre discursos dados, comienza su realización primera y crucial en delimitar y construir en un mismo movimiento, dados y teoría del discurso en su relación con un exterior del discurso. (Charaudeau y Maingueneau, 2004)

⁷ El *Anuario de Historia* (Segunda Época) es una publicación de la Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario. Se publica desde 1985.

⁸ La revista *Socioeconómica*, *Cuadernos del CISH* pertenece al Centro de Investigaciones Socio Históricas de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. Se publica desde 1996.

⁹ La revista *Estudios* es realizada por el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba, desde 2000.

¹⁰ *Taller*, *Revista de Sociedad, Cultura y Política* que pertenece a la Asociación de Estudios de Cultura y Sociedad. Se edita en Buenos Aires desde 1996.

¹¹ *Voces Recobradas*. Revista de Historia Oral. Publicación del Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, se edita desde abril de 1998.

¹² Pozzi (2000, 7-8), siguiendo a J. Chesneaux (1981, *¿Hacemos tabla rasa del pasado?*, México, Siglo XXI), considera que la Argentina entre 1969 y 1976 experimentó un *momento histórico*. Este periodo se inició con las movilizaciones de Rosario y Córdoba en mayo de 1969, conocidas luego como Rosariazo y Cordobazo; insurrecciones obreras que marcaron el fin de la dictadura de Onganía y la Revolución Argentina. La situación prerrevolucionaria finalizó con el golpe de Estado de marzo de 1976. El periodo se caracterizó por una intensa actividad política, el auge de las masas y el crecimiento de la izquierda marxista y peronista. Una serie de fenómenos sociales, económicos y políticos caracterizados fundamentalmente por la intención de los sectores dominantes de cambiar el modelo social de acumulación del capital, la proscripción electoral de J.

guerrilla en la Argentina, en los años 90. En este caso los discursos dan cuenta de las particularidades de la militancia en los años 70, siempre desde una perspectiva fundamentalmente oral, apelan a la memoria. Si bien se tiende a una individualización de conflictos, personajes, los textos coinciden en dar cuenta de un clima de época ligado tanto a la participación y al compromiso político, como a los desacuerdos, desaciertos y la violencia generada.¹³

Por otra parte, se encuentran otros textos que remiten a algunos grupos políticos o guerrilleros: el PRT-ERP, los montoneros y el peronismo. O bien textos que remiten a determinadas acciones políticas llevadas a cabo en distintos

D. Perón y del peronismo en la escena política argentina que produjo un sentimiento de ilegitimidad, la Revolución Cubana y la extensión del proceso revolucionario en América Latina, la guerra de Vietnam, el Mayo francés. En la Argentina se observaba un creciente número de jóvenes cada vez más politizados y una clase obrera combativa en lo sindical politizada por la memoria de los gobiernos peronistas. En esos años el crecimiento de organizaciones guerrilleras y agrupaciones políticas de izquierda comenzó a tener influencia en la vida política y social. Estos grupos, productos de la época, trabajaron por conectar las reivindicaciones populares a su visión del socialismo. Comunistas, trotskistas, maoístas, guevaristas y peronistas revolucionarios atrajeron la atención y la imaginación de una camada de trabajadores y estudiantes, conocida hoy como la *Generación del '70*. En la misma confluyeron diversos activistas y militantes en diferentes situaciones históricas (la resistencia a la Revolución Libertadora, los enfrentamientos contra el gobierno de A. Frondizi, los planes de lucha durante la presidencia de A. Illia, la represión del Onganiato) y sus experiencias combinadas con los fenómenos señalados convergieron en este momento histórico.

¹³ Algunos de estos textos son:

Barela, Liliana y otros, "Los Setenta: Militancia, Participación, Compromiso y Violencia", en *Proceedings. XIth International Oral History Conference* (Rio de Janeiro: IOHA, 1998).

De Santis, Daniel, "Testimonio y memoria. La lucha obrera en Propulsora Siderúrgica (1974-1975)", en *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política*, 5, Buenos Aires, AECS, noviembre 1997

Gurevich, Estela, "Los Setenta, ¿una utopía?", en *Proceedings. XIth International Oral History Conference*, Rio de Janeiro: IOHA, 1998.

Pozzi, Pablo y Alejandro Schneider, 1999, *Los setentistas. Izquierda y clase obrera (1969-1976)*. Buenos Aires: Editorial de la Universidad de Buenos Aires, EUDEBA.

Pozzi, Pablo y Schneider, Alejandro, "Memoria y Socialismo. Historias de la militancia argentina. (1965-1975)", en *Taller, Revista de Sociedad, Cultura y Política*, Vol. 3, Nº 6, Buenos Aires, abril de 1998.

Salas, Ernesto José, "Uturuncos". La primera guerrilla peronista (1959-1960)", en *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política*, vol. 8, no. 20, Buenos Aires, abril 2003.

Pozzi, Pablo. "Los setentistas: hacia una historia oral de la guerrilla en Argentina", en *Anuario de Historia 16*, Rosario: Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Arte, Universidad Nacional de Rosario, segunda época 1993-1994, pp. 113-130.

Salas, Ernesto, 1990, *La resistencia peronista: la toma del frigorífico Lisandro de la Torre*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 2 vols.

Urbano, Leonel, "Historia de la Revolución Argentina: recuerdos del 'Mingo'", en *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política*, vol. 5, Nº 12, Buenos Aires, abril 2000.

lugares del país: el cordobazo, el chocón, entre otros.¹⁴ En estos casos, los textos describen la cultura, la vida cotidiana de los grupos a partir de la memoria de los militantes que desarrollaron diferentes roles dentro del movimiento.

Las distintas propuestas abordadas por los textos del corpus siempre van acompañadas por la reflexión acerca del uso de las fuentes orales y la especificidad que ellas aportan al conocimiento.

Así, en “Memoria y socialismo. Historias de la militancia argentina (1965-1975)”¹⁵, el texto se propone analizar la relación entre memoria y política a través de los recuerdos de militantes de izquierda de la década del 70 obtenidos mediante

¹⁴ Algunos de estos textos son:

Cevallos, Oscar. “Luces y sombras del Chocón”, en *Voces Recobradas*, Nº 5, agosto 1999, pp. 32-36.

Brenann, J. y Mónica Gordillo “Protesta obrera, rebelión popular e insurrección urbana en la Argentina: el Cordobazo”, en *Estudios*, Nº 4, julio-diciembre 2004, Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba.

Águila, Gabriela y Cristina Viano. “Identidad política y memoria en los militantes de dos expresiones de la nueva izquierda peronista en el Gran Rosario”, *Sociohistórica*, Cuadernos de CISH, Centro de investigaciones Socio Históricas, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, 2004.

Águila, Gabriela y Cristina Viano. “Trabajador@s y militantes: sobre algunas vertientes de la izquierda peronista del norte al sur del cordón industrial del gran Rosario entre 1969 y 1976. Una aproximación desde la historia oral.” *Anuario de Historia 16*, Rosario, Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Arte, Universidad Nacional de Rosario, segunda época 1993-1994.

Carnovale, Vera “Jugarse al Cristo: mandatos, formas de sacralización y construcción identitaria en el PRT-ERP”, en *VI Encuentro Nacional de Historia Oral*, 15-17 de octubre de 2003, Buenos Aires.

Gómez, Hugo A. “Montoneros en Morón. Militantes y militancia. 1973-1976”, en *VII Encuentro Nacional de Historia Oral*, Buenos Aires, 13 al 15 de octubre, 2005.

Merenson, S. y Cecilia Plano, “Nos-otros- los peronistas. Relatos de unicidad polifónica en torno a la identidad y la memoria peronista”, en *Voces Recobradas*, Nº 11, abril 2002.

Pozzi, Pablo. “Los Perros. La cultura guerrillera del PRT-ERP”, en *Taller. Revista de Cultura, Sociedad y Política*. Vol. 1, No. 2, Buenos Aires, Asociación de Estudios de Cultura y Sociedad, noviembre 1996, pp. 101-124.

Pozzi, Pablo, “El norte revolucionario e indoamericanista antes del PRT-ERP; el FRIP”, en *Voces Recobradas. Revista de Historia Oral* Año 5, No. 13 (julio 1999), Buenos Aires, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, pp. 24-40.

Pozzi, Pablo, 2001, *Por las sendas argentinas... El PRT-ERP. La guerrilla marxista*. Buenos Aires: Editorial de la Universidad de Buenos Aires (EUDEBA).

Rodríguez, Laura, “Militancia y memoria. Los montoneros en Misiones (1970-74), en *Voces Recobradas*, N 9, diciembre 2000, pp. 32-42.

¹⁵ Pozzi, Pablo y Schneider, Alejandro. “Memoria y Socialismo. Historias de la militancia argentina. (1965-1975)”, en *Taller, Revista de Sociedad, Cultura y Política*, Vol. 3, Nº 6, Buenos Aires, abril de 1998.

entrevistas. Son las similitudes entre los testimonios las que dan cuenta de una cultura de izquierda a partir de la memoria de los setentistas.

En "Testimonio y memoria: La lucha obrera en Propulsora Siderúrgica (1974-1975)"¹⁶, la propuesta es el análisis de una experiencia de activismo fabril que planteaba posiciones combativas y se contraponía a las direcciones surgidas en los planes de lucha de la CGT.

"Los setentistas: hacia una historia oral de la guerrilla argentina"¹⁷ se pregunta acerca de la identidad de los jóvenes que se incorporaron a la guerrilla y de la inserción de la guerrilla entre los sectores sociales y entre los trabajadores. Para responder acude a la historia oral ya que existen pocas fuentes escritas que puedan dar cuenta a la problemática planteada. "Lejos de idealizar, la historia oral permite una aproximación a una visión más humana de nuestros sujetos históricos, permite incorporar una vez más al ser humano en la historia".¹⁸

"Los setenta, ¿una Utopía?"¹⁹ presenta relatos de experiencias de quienes actuaron en los años 73 y 74 en el marco del Departamento de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires. A partir de esos relatos se analiza la no linealidad de los acontecimientos y las diversidades que se juegan en las acciones humanas y sociales. Las fuentes orales no permiten conocer "la verdad" sino que permitirían entender cómo lo social es producto de un proceso de múltiples procesos imbricados, cómo cada momento debe ser ubicado en sus coordenadas para poder comprenderlo en su multidimensionalidad, como fenómeno de cultura.

¹⁶ De Santis, Daniel, "Testimonio y memoria. La lucha obrera en Propulsora Siderúrgica (1974-1975)", en *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política*, 5, Buenos Aires: AECS, noviembre 1997.

¹⁷ Pozzi, Pablo. "Los setentistas: hacia una historia oral de la guerrilla en Argentina"; *Anuario de Historia* 16, Rosario: Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Arte, Universidad Nacional de Rosario, segunda época 1993-1994, pp. 113-130.

¹⁸ Op. cit. p. 120.

¹⁹ Gurevich, Estela. "Los Setenta, ¿una utopía?" *Proceedings. XIth International Oral History Conference*, Rio de Janeiro, IOHA, 1998.

La propuesta consiste entonces en reconocer y discutir el estatus epistemológico de las fuentes orales configurado a partir de cómo se escribe al *otro*, cómo se escribe su palabra y se la hace emerger, en la construcción discursiva “guerrilla”. De este modo podemos evaluar el desarrollo alcanzado en la producción crítica de la historia oral, particularmente en la producción argentina.

Orientación metodológica y marco teórico

La orientación metodológica de este trabajo consiste en el tratamiento discursivo de los textos que conforman el corpus, y el análisis de las estrategias de construcción textual, particularmente las estrategias que permiten la construcción del lugar del *otro*. Para ello se utilizarán algunas herramientas que provee el análisis del discurso, entendido como análisis textual y como análisis de las condiciones de producción de los mismos textos.

El análisis del discurso define el lenguaje como un sistema integrado con el conocimiento de los hablantes acerca del mundo y la sociedad. Este sistema debe ser descrito en términos lingüísticos, cognitivos y sociales junto con las condiciones en las cuales lo usan los hablantes. Se trata de un instrumento que permite entender las prácticas discursivas que se producen en todas las esferas de la vida social en las que el uso de la palabra forma parte de las actividades que en ella se desarrollan.

De acuerdo con Charaudeau y Maingueneau (2004), algunos ven el análisis del discurso solo un espacio de transición, un campo parasitario de la lingüística, de la sociología o de la psicología; estas sí serían verdaderas disciplinas. Otros, inspirados en particular por la Escuela Francesa, la ven como una especie de espacio crítico, lugar de interrogación y de experimentación en el

que se pueden formular los problemas que las disciplinas constituidas encuentran, en este último caso, su estatuto se aproxima a la filosofía. Tanto en un caso como en otro se trata menos de una verdadera disciplina que de un espacio de problematización. Pero la historia del análisis del discurso desde los años 60 muestra que su carácter disciplinar se reforzó. Si bien es indiscutible que en sus orígenes el análisis del discurso tuvo una mirada crítica, progresivamente extendió su campo de estudio hacia el conjunto de las producciones verbales, desarrolló un aparato conceptual específico, hizo dialogar cada vez más a sus múltiples corrientes y definió métodos distintos a los del análisis de contenido y de los abordajes hermenéuticos tradicionales.

“La propia existencia de una disciplina como el análisis del discurso constituye un fenómeno que no es banal, por primera vez en la historia, la totalidad de los enunciados de una sociedad, tomada en la multiplicidad de sus géneros, es convocada a tornarse un objeto de estudio. Movimiento que implica, en sí mismo, que existe un orden del discurso específico.” (Charaudeau y Maingueneau, 2004, 46)

De acuerdo con Lozano, Peña-Marín y Abril (1982), actualmente, prevalece una concepción del discurso como una práctica entre otras prácticas y la preferencia analítica no es por lo que el discurso dice, sino más bien por lo que hace. En el discurso hay acciones, luchas sometimientos y pactos. Como ha señalado Foucault, los discursos no solo traducen los conflictos o los sistemas de dominación, sino que son también aquello por lo que y por medio de lo cual se lucha.

Son numerosas las disciplinas implicadas en el análisis del discurso. Algunas escuelas o teorías surgen separadas por motivos ajenos a los fundamentos teóricos, no se excluyen entre sí sino que se complementan. La filosofía, la

sociología, la psicología han aportado su reflexión al estudio del lenguaje. El origen del lenguaje, su relación con el pensamiento, la manera en que las palabras permiten o dificultan el acceso a las ideas y a su expresión son algunos de los temas que en forma recurrente han aparecido en el pensamiento filosófico. Se utilizan los instrumentos de las corrientes citadas para realizar un análisis en profundidad que permita trascender los propios datos para contribuir a la elaboración de una teoría social basada en el tipo de análisis empírico y situado, pero que pueda explicar desde un punto de vista social los comportamientos comunicativos, los valores, los supuestos y los conflictos que se producen entre quienes participan en una interacción. (Cfr. Lozano Peña-Marín y Abril, 1982, 247-253)

El corpus construido da cuenta de diversas estrategias usadas para referir a las fuentes orales que hemos distinguido en tres grupos. Esas estrategias suponen un diseño de instrumentos aportados por la lingüística del discurso. En primer lugar, las estrategias que nos permiten distinguir cómo los textos hacen referencia a las fuentes orales, cómo las diferencian, cómo las evalúan; en segundo lugar, las estrategias de inclusión de las fuentes orales en los textos y el espacio que se les otorga; y en tercer lugar, las estrategias para definir al *otro* a partir de lo que el otro es y de lo que el otro hace.

En el primer grupo acudimos a la teoría de la enunciación, en particular, el estudio del fenómeno de la subjetividad y la modalización que nos permiten identificar las formas de la enunciación en los textos y la función que cumplen.

Encontramos en Benveniste (1993) el fundamento de la subjetividad que se determina por el estatuto lingüístico de la persona e implica el contraste entre el 'yo' y el 'tú' y la posibilidad de reciprocidad, pues el diálogo es condición para la constitución de la persona.²⁰ Benveniste considera fundamentalmente el acto

²⁰ "Es en y por el lenguaje como el hombre se constituye como sujeto, porque el solo lenguaje funda en realidad, en su realidad que es la del ser, el concepto de 'ego'. La 'subjetividad' de que aquí tratamos es la capacidad del locutor de plantearse como 'sujeto'. Se define no por el

mismo de la enunciación y los instrumentos que la consuman en los pronombres personales y en los indicadores de las relaciones espaciales y temporales.²¹ A ello debe añadirse la expresión de la temporalidad marcada por la flexión verbal y organizada sobre el eje del presente.²²

La modalización se inscribe en la problemática de la enunciación. Designa la actitud del sujeto hablante en relación con su propio enunciado, actitud que deja marcas de distintos tipos. La modalización puede ser explicitada o mantenerse en lo implícito del discurso, pero está siempre presente, indicando la actitud del sujeto hablante frente a su interlocutor, a sí mismo y a su propio enunciado.

En el segundo grupo, nos detenemos en cómo las fuentes orales son incluidas en los textos, qué espacio se les da y cuánto mantienen de aquellas. Aquí, anclamos en las remisiones al interdiscurso del discurso a partir del concepto de heterogeneidad discursiva introducido por J. Authier-Revuz (1984). Este concepto como fenómeno enunciativo da cuenta de la introducción de voces de otros enunciadores a través de la palabra del locutor, actos polifónicos que dan lugar a estrategias discursivas y metadiscursivas. Tales mecanismos rompen o alteran la imagen de un mensaje monódico revelando huellas de otros discursos y de sus enunciadores.

La problemática del discurso citado trata sobre los diversos modos de representación en el discurso de las palabras atribuidas a otras instancias

sentimiento que cada quien experimenta de ser él mismo (...) sino como la unidad psíquica que trasciende la totalidad de las experiencias vividas que reúne, y que asegura la permanencia de la conciencia. (...) Es ego quien dice ego". (Benveniste, É., 1988, 180)

²¹ "Los pronombres personales son el primer punto de apoyo para este salir a luz de la subjetividad en el lenguaje. De estos pronombres dependen a su vez otras clases de pronombres, que comparten el mismo estatuto. Son los indicadores de la deixis, demostrativos, adverbios, adjetivos, que organizan las relaciones espaciales y temporales en torno al 'sujeto' tomado como punto de referencia: 'esto, aquí, ahora', y sus numerosas correlaciones 'eso, ayer, el año pasado, mañana', etc. Tienen como rasgo común definirse solamente por relación a la instancia de discurso en que son producidos, es decir bajo la dependencia del 'yo' que en aquélla se enuncia". (Benveniste, É. op. cit., 183)

²² " (...) no tiene como referencia temporal más que un dato lingüístico: la coincidencia del acontecimiento descrito con la instancia de discurso que lo describe. El asidero temporal del presente no puede menos de ser interior al discurso. (...) El tiempo en que se está es el tiempo en que se habla." (Benveniste, É. op. cit., 185)

diferentes a las del locutor. Esta problemática supera la tradicional tripartición entre discurso directo, discurso indirecto y discurso indirecto libre, ya que concierne a las formas híbridas y el discurso directo libre, y fenómenos como la colocación entre comillas o itálica, la modalización por remisión a otro discurso y las múltiples formas de alusión a discursos anteriores.

Finalmente, en el tercer grupo, definimos al otro a partir de lo que el otro es y de lo que el otro hace. Aquí con el modelo sintáctico-semántico de Hodge y Krees (1993), en la construcción de la subjetividad, revisamos las actitudes del enunciador para con las fuentes orales; y las acciones que se realizan por la vía del lenguaje.

En el Análisis Crítico del Discurso, el discurso, además de ser un modo de representación, es un modo de acción, una forma en que los sujetos pueden actuar sobre el mundo y, especialmente sobre los demás. El discurso como materia textual es formado y constreñido por la estructura social en todos los niveles: por las relaciones sociales en general, por las relaciones específicas de instituciones particulares, por sistemas de clasificación, por normas y convenciones de naturaleza discursiva y no discursiva y, a su vez, influye sobre éstas.

Aquí es importante la visión de Halliday (1978, 1985) quien considera las diferentes formas o variaciones del lenguaje como opciones que tiene el hablante para decir y para situarse frente a lo que dice y que piensa que estas concepciones son significativas de la función y el lugar social que el hablante ocupa en el momento de la enunciación. Las formas dentro de una estructura gramatical son vistas como portadoras de las diferentes funciones que el mensaje tiene. La gramática de la lengua funciona entonces consolidando las estructuras sociales existentes. Los procesos de gramaticalización no son meramente procesos lingüísticos, sino reafirmaciones de concepciones del mundo, las que no serían naturales sino sociales.

En síntesis, el recorrido propuesto tiene la pretensión de señalar -a partir de estrategias metodológicas del análisis del discurso- particularidades de las fuentes orales cuando son escritas por la historia oral académica con la sospecha de que esa escritura cuestiona o problematiza las convenciones propias del género académico. Probado ello, se abriría la reflexión a otros modos discursivos.

Estructura de la tesis

En el capítulo 1, “Recorridos de la Teoría”, reflexionamos, en primer lugar, acerca del lugar que ocupa la historia oral dentro de las ciencias sociales y desde allí revisamos la relación que establece con otras manifestaciones de la historia, su origen y desarrollo, y algunas cuestiones teórico-metodológicas que son fundamentales en la construcción de la escritura.

Luego, en segundo lugar, discutimos con P. Ricoeur, H. White, R. Barthes y de Certeau sus concepciones respecto a la narración en la historia y cómo se piensa la relación de la escritura con lo real; finalmente, examinamos cómo algunos lingüistas y semiólogos han trabajado con el discurso histórico. Desde estos desarrollos teóricos, nos proponemos pensar la escritura de la historia oral.

Puesto que todo discurso particular constituye un fragmento de práctica discursiva y esta es, a su vez, una forma particular de la práctica social, resulta de interés el concepto de *interdiscurso*²³ del análisis del discurso francés como una entidad estructural, una configuración, un “orden del discurso” que rige cada evento discursivo particular (Foucault, 1992).

²³ Aquí daremos lugar a la interdiscursividad que atraviesa todo discurso. Es la propiedad de estar en relación multiforme con otros discursos. Llamamos interdiscurso al conjunto de las unidades discursivas (que pertenecen a discursos anteriores del mismo género, de discursos contemporáneos de otros géneros) con los cuales un discurso en particular entra en relación implícita o explícita.

En el capítulo 2, “La guerrilla en los setenta y la producción discursiva”, nos ocupamos, por un lado, del contexto histórico en el que se desarrolló la guerrilla argentina en los 70. Por otro lado, hacemos un recorrido por las producciones escritas de la historia, la historia oral y el periodismo de investigación acerca de la guerrilla.

En el capítulo 3, “Los *otros* y la enunciación en la Historia Oral”, analizamos, en primer término, la forma enunciativa que adquiere la escritura de la historia oral y la ponemos en relación con las diferentes formas de “hacer historia”. En segundo término, con el fin de dar cuenta del estatus de verdad del discurso de la historia oral, el análisis se centra en las modalidades enunciativas en los textos del corpus.

En el capítulo 4, “El discurso de los *otros* en la Historia Oral”, a partir de concepto de discurso representado, nos proponemos reconocer la relación que se establece entre el discurso que cita y el discurso citado. De este modo, podemos discutir el estatus epistemológico de las fuentes orales en la construcción de la historia.

En el capítulo 5, “Discurso y representación de las fuentes orales”, nos ocupamos de la configuración del sentido discursivo y la construcción de las representaciones de las fuentes orales en el corpus. Para ello nos detendremos en algunos de los mecanismos sintácticos-semánticos que nos permitan reconocer los roles asignados en los textos a las fuentes orales, los tipos de procesos adjudicados a los testimonios, y los procedimientos para evaluar dichos procesos. La representación de las fuentes orales resulta significativa para determinar la concepción de ciencia que subyace en los textos del corpus.

Finalmente, en la conclusión, ensayamos definir el discurso académico de la historia oral como una clase textual particular, y lo ponemos en diálogo con otras ciencias sociales que problematizan la escritura a partir de la entrada de las fuentes orales en el conocimiento.

CAPÍTULO 1: Historia Oral y discurso: recorridos de la teoría

Los discursos son susceptibles de ser analizados con el fin de encontrar no solo cómo están configurados, no solo qué práctica social vehiculizan, no solo qué se pretende con ellos, sino -como lo propio de la discursividad- qué hay debajo de ellos, ya sea en el momento de su configuración, ya sea en el momento de su estructura, ya en el momento de su acción.

¿Cuál es la especificidad propia del discurso de la historia oral? Para responder, debemos dar cuenta no solo de las marcas enunciativas sino también de la idea de que existe una producción del discurso que como tal está sujeta a diversas determinaciones y requiere de ciertas garantías. En este sentido, son las tipologías las que permiten los reconocimientos y la posibilidad de delimitaciones. Con respecto a las prácticas sociales, será necesario establecer cómo los discursos hacen esa práctica y así co-constituyen la realidad.

En este capítulo, plantearemos los recorridos propuestos desde la historia, la narratología, la filosofía y el análisis del discurso para dar cuenta del discurso de la historia.

La primera parte está destinada a contextualizar el lugar de la *historia oral* dentro del campo de la historia. Desde allí revisaremos el origen y desarrollo de la historia oral (1.1) y algunas cuestiones teórico-metodológicas (1.2) que son fundamentales en la construcción de su escritura. Abordaremos también la relación entre historia y memoria (1.3) puesto que, como veremos, la memoria es un tópico recurrente en los discursos de la historia oral.

Luego, en la segunda parte, la temática será la discursividad. Por un lado, trataremos, entonces, la concepción de diferentes corrientes de pensamiento respecto a la narración en la historia y a cómo se piensa la relación de la escritura

con lo real (2.1). En este sentido, P. Ricoeur, H. White, R. Barthes y de Certeau serán quienes guíen nuestro discurrir. Por otro lado, examinaremos el tratamiento discursivo que ha recibido el discurso histórico (2.2) en algunos lingüistas y semiólogos. La referencia será a autores que han propuesto abordajes discursivos respecto del discurso de la historia. Desde este lugar, nos proponemos pensar la escritura de la historia oral.

1. La Historia Oral

1.1. Origen y desarrollo de la historia oral

El uso de testimonios orales es una práctica de larga trayectoria en el desarrollo de la historiografía. Con el positivismo decimonónico la centralidad que adquirieron las fuentes escritas implicó un proceso de exilio y/o marginación de las fuentes orales. Será recién en pleno siglo XX, sobre todo después de la segunda guerra mundial, cuando se crea el primer centro de historia oral del mundo en la Universidad de Columbia en Estados Unidos. (Aceves Lozano, 1993) Este centro fue creado con el fin de recolectar testimonios de personalidades importantes de la política y la sociedad norteamericanas.

En este caso, el criterio consistía en obtener el registro de personalidades destacadas o de testigos de hechos importantes a través de la grabación de sus testimonios con el fin de salvarlos para la posteridad. Solo se aspiraba a la creación de una fuente. La historia oral era vista como un instrumento para hacer biografías orales y como un medio para recolectar información para futuros investigadores. No se planteaban problemas metodológicos, tampoco había un distanciamiento con respecto a la historia tradicional. (Schwarszstein, 1991)

Hay coincidencia en señalar cuatro generaciones de historiadores orales (Joutard, 1995, 155-170). La primera generación nacida en EEUU, en los años 50, situada al lado de las ciencias políticas, se limita sólo a los notables y es considerada una herramienta para biógrafos. Es también el trabajo que hacen sin reflexión metodológica en Francia los correspondientes departamentos del Comité de Historia de la Segunda Guerra Mundial junto a los jefes de la Resistencia. En México, desde 1956, los archivos sonoros del Instituto Nacional de Antropología recogen las memorias de los jefes de la revolución mexicana. En Italia, sin embargo, sociólogos como Ferrarotti y antropólogos como de Martino o Bosio, próximos a partidos de izquierda, utilizan la investigación oral para reconstruir la cultura popular. Son los precursores de la segunda forma de historia oral que aparece con la segunda generación de historiadores orales, a finales de los años 60.

Esta nueva generación desarrolla un concepto más ambicioso: no solo se trata de una simple fuente complementaria a los materiales escritos, sino ciertamente de otra historia, cercana a la antropología, que da la palabra a los pueblos sin historia, iletrados, que revaloriza a los vencidos, a los marginados, obreros, negros, mujeres. Esta historia se considera frecuentemente militante y se sitúa fuera del mundo universitario. Es practicada por los no profesionales, feministas, educadores, sindicalistas. Nació en el clima de los movimientos del 68, con la voluntad de un no conformismo sistemático, incluso en relación a las estructuras tradicionales de los partidos de izquierda; en su forma más radical es una historia alternativa, no sólo en relación a la historia académica, sino en relación a todas las construcciones historiográficas basadas en lo escrito. Así es como en Italia se desarrolla en los medios que disputa la izquierda comunista, con una voluntad de expresión básica, en relación con aparato del partido. Se inscribe también en forma profunda en el espacio, junto con la investigación denominada territorial, ligada a los municipios o a las provincias. En definitiva, se basa implícitamente en la idea de que gracias al testimonio oral se alcanza la verdad del

pueblo. Se extiende de forma más amplia en Inglaterra con Paul Thompson y también en América Latina, en Argentina, con un Instituto privado, influenciado por la Universidad de Columbia, que encuentra el espíritu de la primera forma de historia oral con entrevistas de sindicalistas y de dirigentes peronistas.²⁴ En Francia como en España, es durante mucho tiempo labor de personas aisladas. Sin embargo a mediados de los 70, dos encuentros internacionales marcan una primera afirmación de una corriente: el XIV Congreso Internacional de Ciencias Históricas y el Primer Coloquio Internacional de Historia Oral. (Joutard, 1999, 315)

Estos encuentros pueden considerarse el punto de partida de una tercera etapa, en el momento en el que se constituyen los verdaderos grupos junto a las experiencias individuales. La década del 80 también se caracterizó por la multiplicación de los coloquios internacionales que permiten la creación de una verdadera comunidad de historia oral. Fue también la época en la que frente a las universidades, los museos y archivos sentían la necesidad de asociarse a programas de historia oral o incluso impulsarlos. La investigación oral se convierte al mismo tiempo en Francia, después en Italia, en un medio pedagógico eficaz para sensibilizar a los alumnos sobre la historia, haciéndoles tomar conciencia de las relaciones que el pasado mantiene con el presente.

Es el tiempo de las reflexiones epistemológicas y metodológicas que reacciona contra una cierta ingenuidad según la cual la entrevista permitiría directamente alcanzar la realidad, con la voluntad de una profesionalización más afirmada de los proyectos de investigación oral y de su explotación. Estadio necesario, pues la generalización del grabador conduce generalmente a

²⁴ En el Archivo Oral que funcionó en el Instituto Di Tella, en el primer año se registraron testimonios de dirigentes sindicales y políticos argentinos de la década de 1930, y en el segundo sobre el Peronismo (1945-1955). Durante el tercer año, ya sin el apoyo financiero de la Universidad de Columbia, se registraron testimonios sobre la historia de la empresa Siam Di Tella, vinculada a la familia cuya Fundación controlaba el Instituto. El proyecto terminó en 1973. (Schwarzstein, 1995, 2.)

operaciones mal preparadas que debilitan los resultados de la historia oral y alimentan la acusación de sus detractores.

En la década de 1990, se señala la aparición de la cuarta generación, que vive en forma natural en un mundo de sonido y oralidad, influenciada en EEUU por los movimientos críticos posmodernistas, lo que se traduce en la revalorización de la subjetividad, el fin de la historia oral. También es la caída del muro de Berlín y la reintroducción de Europa del Este en la democracia, ofreciendo a la investigación oral las condiciones de libertad necesaria y nuevos campos de estudio. También es el momento en el que las grabaciones en video permiten la multiplicación de videogramas que completan o incluso ocupan el lugar de los fonogramas.

En América Latina, la historia oral tiene una larga tradición que se remonta, particularmente, a la creación en 1956 del Archivo Sonoro del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) de México; proyecto que sin duda establecía los cimientos para el desarrollo de la historia oral y sería el antecedente indiscutible del Archivo de la Palabra que el propio INAH estableció en 1972. Asimismo, podemos destacar el valor del trabajo que se ha realizado en Brasil, fundamentalmente partiendo del esfuerzo del programa de historia oral CPDOC en la Fundación Getulio Vargas, sin dejar de lado los importantes desarrollos en toda la década de 1980 en países como Venezuela, Guatemala, Nicaragua, Cuba, Perú, y Puerto Rico. Reflejo de este desarrollo fue el Primer Encuentro de Historiadores Orales de América Latina y España organizado en México (1988). En el caso argentino, si bien la historia oral se remonta a la constitución del archivo oral del Instituto Di Tella, la realidad es que esta se conforma como subrama de los estudios históricos recién a mediados de la década de 1980. En ese momento, la investigación de Dora Schwarzstein sobre el exilio republicano español en el Río de la Plata, la de Ernesto Salas sobre la Resistencia Peronista, y la de Pablo Pozzi sobre la actividad de los trabajadores durante la dictadura de 1976-1983, constituyeron los primeros esbozos de una actividad académica en

torno a la historia oral. Schwarzstein junto con Pablo Yankelevich conformaron en 1988 el primer proyecto institucional argentino al encarar la Historia Oral de la Universidad de Buenos Aires. El notable desarrollo de este proyecto fue presentado en el Primer Encuentro de Historiadores Orales donde ambos investigadores presentaron el trabajo “Historia Oral y Fuentes Escritas en la historia de una institución. La Universidad de Buenos Aires 1955-1966” que daba cuenta del esfuerzo coordinado por ambos en la Universidad de Buenos Aires, el cual logró reunir más de cien entrevistas y editar algunas publicaciones. Posteriormente, Dora Schwarzstein dio cuenta de este desarrollo señalando: “Es recién en la década del 80 que la historia oral alcanza un desarrollo significativo [...], con vinculaciones más o menos intensas a los ámbitos universitarios, asociada a una preocupación creciente por la cultura obrera, la historia de las mentalidades...”. (Schwarzstein, 1995, 42)

En la década de 1990, la historia oral se constituyó como un área de estudios con entidad propia desarrollando una serie de proyectos en distintos niveles, tanto universitarios como locales, tanto públicos como privados. A modo de ejemplo podemos mencionar el “Archivo de la Palabra” del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba; el Archivo Oral de la Asociación “Memoria Abierta”; el Centro de Documentación de H.I.J.O.S.; el Archivo Oral del Archivo Histórico Municipal de la Ciudad de Córdoba; el Programa de Historia Oral de la Municipalidad de Villa María, Córdoba; y el Centro de Información y Relevamiento de Fuentes Orales de la Universidad Nacional de la Patagonia Austral, Unidad Caleta Olivia que edita la *Revista Patagónica de Historia Oral*. De todos los programas existentes el más importante actualmente es el Programa de Historia Oral del Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires (IHCBA) que edita regularmente la publicación *Voces Recobradas* y que, conjuntamente con el Programa de Historia Oral de Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, organiza el *Encuentro Nacional de Historia Oral*. Cada uno de estos esfuerzos ha constituido acervos parciales de fuentes

orales de los cuales los más importantes son el de Historia Oral de los Barrios de Buenos Aires, en el IHCBA, y el archivo de entrevistas que constituyen la Historia Oral de la Universidad de Buenos Aires ubicado en el Centro Cultural "Ricardo Rojas" de la UBA. (Pozzi, 2003)

Desde el principio la historia oral ha tenido un doble carácter. Primero existió una historia oral política en la que la entrevista aparecía como un completamiento de documentos escritos ya recopilados y que investiga a los principales actores. Más tarde se desarrolla una historia oral antropológica alrededor de los temas que se hallan a través de las diversas experiencias nacionales. Sin concertarse los autores vuelven a tomar los mismos temas: los temas laborales, los fenómenos migratorios, la problemática de los géneros, la construcción de las identidades. El predominio de la segunda tendencia dio a la historia oral toda su dimensión y su riqueza metodológica. La historia oral antropológica influyó incluso en la primera tendencia de varias formas, llevando a la historia política a no contentarse con sólo interrogar a los principales actores sino a interesarse por los ejecutantes o incluso por los testigos.

La situación de marginalidad de la historia oral debe matizarse y desde el principio no existe en EE.UU. ni en los proyectos de América Latina influidos por la historiografía norteamericana ni más ampliamente en la tendencia cercana de las ciencias políticas. En cambio la historia oral cercana a la antropología que da la palabra a los excluidos y trata de temas de la vida cotidiana no solo sorprende a la historia académica por su fuente sino por su objeto y sus problemáticas. A estas reticencias se añaden las de la archivística clásica, basada en la conservación de documentos oficiales "producidos espontáneamente y no con vistas a informar", el papel del archivo estaba en la materia pasiva a diferencia del investigador oral quien crea el documento.

Un sector de historiadores orales, lejos de deplorar la incompreensión, se glorifican por esa marginalidad y ven en ello la garantía de la creación de una verdadera historia alternativa democrática, una historia que da voz a los vencidos.

Se trata de una verdadera acción política generalmente sustituta de la acción tradicional que rechaza cualquier preocupación disciplinaria académica asimilada al poder de las clases dominantes.

Durante algunos años los historiadores profesionales ansiosos por renovar su disciplina y los militantes de la marginalidad coexistieron en los grandes encuentros de historia oral. Desde principios de los años 80, los historiadores italianos, como Luisa Passerini, realizan la crítica al espontaneísmo, del localismo. E insisten cada vez más en que la investigación “concierna a la memoria en calidad de productora de representaciones y pone en evidencia las mentalidades”, alcanzando el interés de numerosos historiadores.

Los itinerarios de la historia oral contemporánea no han sido unívocos y, más aún, ya desde sus momentos inaugurales estuvieron abiertos a las influencias, ritmos y preocupaciones de otras disciplinas sociales. En esta dirección, resulta significativo señalar el decurso de la llamada "historia de vida" en el marco de la práctica sociológica, ya que se encuentra en un territorio común al del historiador oral, pero al que se ha llegado por diferentes direcciones. Para una disciplina como la sociología que no posee una herencia tan poderosa y arraigada a la que oponerse, si la comparamos con la historia, las cosas tampoco han resultado ni resultan sencillas. Daniel Bertaux (1989) ha sostenido que un doble imperialismo incidió en la fuerte tendencia al abandono de la metodología cualitativa con material biográfico e historias de vida: el funcionalismo de la sociología norteamericana y el estructuralismo de origen europeo. Éste, al negar la subjetividad, la experiencia humana y la historicidad, reducía a los hombres a ser soportes pasivos de las estructuras; por su parte, el empirismo cuantitativo, obsesionado por la confiabilidad de los datos y la representatividad de la encuesta desplazaba a la historia de vida a un rincón oscuro y marginal del conocimiento sociohistórico.

Recién en el curso de los años setenta, el descrédito frente a las metodologías cualitativas fue reemplazado paulatinamente por un renacimiento y

posterior revalorización de las historias de vida, aunque los motivos de tal renovación provinieron principalmente de los procesos sociales abiertos en los años sesenta. La emergencia de nuevos movimientos sociales contribuyó a abrir las compuertas a una pluralidad de corrientes teóricas que portaban la fuerza de las subjetividades emergentes, la valorización de las experiencias humanas y la crítica al fetichismo del dato. En el centro de la escena teórico/política se colocaba no sólo a sujetos sociales que adquirirían en el terreno histórico-concreto visibilidad colectiva, como las mujeres, las minorías étnicas o sexuales, entre otros, sino que paralelamente se alumbraban nuevas regiones de la actividad humana que requerían, para su desciframiento, de una ampliación y renovación del arsenal metodológico de las ciencias sociales.

1.2. Cuestiones teórico-metodológicas

La oralidad revela lo no escribible, una serie de realidades que raramente aparecen en los documentos escritos, ya sea porque se las considera demasiado insignificantes, inconfesables o intrasmitibles a través de un texto escrito. El relato oral permite discernir con mayor claridad los verdaderos motivos de una decisión, dar valor a unas redes tan eficaces como las estructuras oficialmente reconocidas y visibles, penetrar en el mundo del imaginario y lo simbólico, que es tan motor y creador de historia como el mundo del universo racional. Los archivos escritos, por abundantes que sean, no bastan para describir ni para comprender una realidad. La historia oral constituye una vía privilegiada hacia una historia antropológica.

Pero, para cumplir su papel, la historia oral tiene que conocer sus límites y transformarlos en virtud. Sus puntos débiles son los de la propia memoria: su selectividad y su formidable capacidad de olvido, que puede variar en función del tiempo presente, sus deformaciones y sus errores, su tendencia a construir

leyendas y posibles mitos. Sus omisiones, voluntarias o no, sus deformaciones, las leyendas y los mitos a los que sirven de vehículo son tan útiles para el historiador como las informaciones que demuestran ser precisas. Nos introducen en el núcleo central de las representaciones que cada uno se crea de la realidad y señalan una evidencia que actuamos mucho más en función de dichas representaciones de lo real que no de lo real mismo. Lo que los historiadores positivistas consideran como el defecto fundamental del testimonio oral no sólo permite comprender mejor la vivencia de los testigos sino que también se pueden captar los móviles de la acción. Dichos errores nos permiten acceder a una forma de verdad más amplia.

¿Cómo definen los historiadores la historia oral? ¿Qué problemas teórico-metodológicos se les presentan? Desde que existe la historia, los historiadores han hecho uso de testimonios orales, pero el uso sistemático de estas fuentes, así como la aparición de la historia oral, es reciente. La historia oral ocupa un lugar importante frente a la vieja historiografía puramente descriptiva de héroes y acontecimientos. En efecto, aquella se ocupa más de los procesos que de los personajes destacados. “En principio uno de los objetivos de esta historia es el estudio de las mayorías que tradicionalmente han sido marginadas del poder: presta atención a los actores anónimos y a esferas diversificadas de la actividad humana, su interés no es sólo los actores políticos, también las fuerzas contestatarias de oposición, los movimientos sociales.” (Schwarzstein, 1991, 7)

El desarrollo de otras ciencias sociales como la sociología, la antropología, la lingüística, el psicoanálisis ha permitido entender la lógica del lector desde una perspectiva interdisciplinaria. Ellas han aportado a la historia métodos, conceptos, marcos teóricos y la posibilidad de un entendimiento más comprensivo de las instituciones, los actores y la vida social en general.

Las cuestiones relativas a la memoria, la conciencia y el significado de las entrevistas de historia oral se centran en dos puntos metodológicos interrelacionados: el rol del historiador/entrevistador en la creación del documento y la interpretación del mismo.

Al ponerse el acento en el poder de la historia oral para cambiar la tarea tradicional del historiador, se ha dejado de lado tomar en consideración el modo en que el discurso disciplinar, sus suposiciones y su contexto influyen esa práctica. “Se hace necesario, en cambio, reflexionar sobre la naturaleza de la entrevista y el papel desempeñado por entrevistador y entrevistado. La entrevista es un producto intelectual compartido mediante el cual se produce conocimiento, tiene como objetivo el recuerdo del entrevistado. Pero, por otro lado, es la intervención del historiador y lo que éste pone en términos de preguntas lo que sirve como impulsor para la producción de información histórica. (Schwarzstein, op. cit., 12)

La presencia del historiador impregna el discurso del informante y por lo tanto el resultado final, la fuente. La superposición del historiador como entrevistador, transcriptor y analista produce problemas teóricos. Al ser el historiador parte inseparable de la fuente, los documentos orales no son el lugar donde los sujetos hablan por sí mismos. No es la mera presencia del historiador la que altera la naturaleza del discurso del sujeto, son sus objetivos, sus preguntas, sus diferencias sociales y culturales con los entrevistados.

La segunda cuestión es cómo utilizar la fuente oral una vez creada. Aquí surge el problema del discurso histórico como narrativa. Además, la fuente, como resultado de los testimonios orales, tiene sus especificidades; la principal se refiere a la presencia de la memoria y de la subjetividad en la construcción de la fuente. En la entrevista se mezclan dos tipos de significados, por un lado la información explícita y por otro la manera en que está contada revela estructuras mentales, culturales e ideológicas. Las fuentes orales dicen no solo lo que hizo la gente sino lo que deseaba hacer, lo que creían estar haciendo y lo que en la actualidad piensan que hicieron. Las fuentes orales pueden no agregar mucho a lo que se sabe, pero dicen mucho sobre lo psicológico. El modo en que los materiales de la historia son ordenados por los narradores para contar la historia,

la organización de la narrativa revela mucho de las relaciones de los hablantes con su historia. (Portelli, 1991)

El historiador que trabaja con historia oral construye sus propias fuentes²⁵, esta característica lo determina y a su vez abre a una serie de cuestiones de orden metodológico. Así, puede observarse una ruptura de la escisión sujeto/objeto tal como fue concebida la ciencia hacia la segunda mitad del siglo XIX. La historia oral tiene un punto de partida muy distinto al de quienes trabajan exclusivamente con fuentes escritas. "¿Cómo situar en la posición de "objeto" / "objeto de conocimiento" a quien/es tenemos junto/frente a nosotras/os y con quienes inexorablemente tenemos que construir una relación basada en la confianza mutua? La práctica de la historia oral comporta una dimensión personal, subjetiva, afectiva, que se despliega en el trabajo de campo y que supone un intercambio constante y un constante movimiento de roles entre los sujetos involucrados en él, que lo diferencian cualitativamente del trabajo con 'fuentes muertas'". (Águila y Viano, 2002)

De acuerdo con Daniel Bertaux (1989), el método o modo particular para estudiar un problema sociológico o histórico compromete a la persona que hará la investigación a una determinada relación de campo, a ciertas prácticas que contienen ciertas formas de pensamiento y excluyen necesariamente otras²⁶. En

²⁵ Los entrevistados son seleccionados porque tipifican procesos históricos. Así, las preguntas a formular son relativas al concepto de un historiador de un proceso histórico (su propia concepción de la historia) y la relevancia de la información acopiada para ese proceso particular. A diferencia de las fuentes tradicionales escritas, las entrevistas de la historia oral son construidas mediante la intervención del historiador. Son una creación colectiva e inevitablemente llevan incorporados ordenamiento, selección e interpretación históricos preexistentes. (Grele, 1975, 1991, 123-126) El historiador es parte inseparable de la fuente, aunque no es su sola presencia la que altera la naturaleza del discurso de los sujetos, son sus objetivos, sus preguntas, sus diferencias sociales y culturales con los entrevistados. La entrevista es una situación conflictiva donde se enfrentan dos universos ideológicos, pero es el historiador quien escoge los testimonios y decide así a quién le da la palabra. Formula preguntas y orienta el discurso; interpreta los hechos y fija la historia escrita para los demás. (Schwarzstein, 1991, 13-14)

²⁶ Ello también ha sido admitido en el ámbito de la antropología por dos innovadores en este terreno: tanto Sidney Mintz en *Worker in the cane. A Puerto Rican life history* (1ª ed. W.W. Norton & Company Inc., New York, 1974) como Oscar Lewis en *Los hijos de Sánchez. Autobiografía de una familia proletaria* (1ª edición en inglés 1961) señalan la importancia de las

ese sentido, Alessandro Portelli afirma que el trabajo de campo es una forma de intervención política porque alienta un esfuerzo de autoconciencia, de crecimiento y cambio en todos los involucrados no importando si el diálogo tiene éxito o fracasa por completo. Recuerda que: "en nuestros años de militancia política más intensa y activa el deseo de cambiar el mundo estaba conectado con nuestra disposición a cambiarnos a nosotros mismos. Pronto nos dimos cuenta que nuestra disposición era también un requerimiento metodológico para el trabajo de campo serio: a diferencia de los datos duros y los archivos la gente no va a hablar con uno a menos que uno hable con ellos, no se va a revelar a menos que uno se revele antes". (Portelli, 1999, 105-106) Concluye que no se enseña nada a menos que uno esté también aprendiendo y uno no aprende nada si no sabe escuchar.

A partir de la década del '80, Ronald Fraser (1993) observa el desarrollo de distintas metodologías en Francia, Italia, Estados Unidos y Alemania.²⁷ Una de ellas es la vertiente francesa, el método etnosociológico²⁸ que cuestiona la estructura rígida de las encuestas, destinada a "verificar hipótesis". El interés está puesto en recoger relatos de vida con la finalidad de indagar en las relaciones, normas y procesos de la vida social, en un campo donde se mueve lo micro y lo macrosocial.

La investigación empírica recorre diferentes fases. En la primera, la fase exploratoria, se reúnen un conjunto de historias de vida haciendo de ellas un uso extensivo, y de las cuales se extraen algunos rasgos generalizables que son reorientados constantemente. Se plantea que el hilo de los descubrimientos no debe ser codificado de antemano, sino que sólo cuenta el resultado que deviene de la emergencia de líneas de fuerza o "nudos" del campo. En la segunda fase, el eje ya no es la exploración sino el análisis que posee dos momentos: el de la

relaciones que comparten con sus informantes y que va más allá de lo mencionado e involucra no sólo confianza reconocida sino también una amistad profunda.

²⁷ Seguimos aquí la clasificación de Fraser retomada por Águila y Viano (2002).

²⁸ El sociólogo Daniel Bertaux y la historiadora Isabelle Wiame, del Centre d'Etudes des Mouvements Sociaux de París, se cuentan entre sus principales impulsores. (Águila y Viano 2002.)

comparación de los fenómenos, el esbozo de tipologías, de ideas a hipótesis, en resumen el momento de la construcción de teoría; y el momento de la verificación, es decir de la consolidación empírica de las proposiciones descriptivas y de las interpretaciones avanzadas. Finalmente, la fase expresiva en el estadio de la síntesis aparece como el atajo adecuado para regenerar un estilo de escritura histórico-sociológica, a partir de la recuperación biográfica. Para esta vertiente son cruciales los "niveles de saturación" –cuando se logra la identificación de un fenómeno social- a fin de construir un modelo de interpretación de lo social, donde se tratará de encontrar casos negativos que contradigan o reafirmen el modelo provisionalmente saturado. De este modo se llega a la posibilidad de generalizar sobre el funcionamiento de lo social sin necesidad de muestra representativa. (Berteaux, 1989)

La otra vertiente es la hermenéutica, desarrollada sobre todo en Italia y Francia. Pone el acento más en las narraciones que en las historias de vida, más en la significación de los hechos que en los hechos mismos, de esto se deduce que el "desciframiento" de los textos (las fuentes orales) ocupa un lugar central. La historiadora Luisa Passerini (1978) sostiene que no se debe olvidar que la materia prima de la historia oral consiste no solo en información de hechos sino que es básicamente expresión y representación de cultura y por lo tanto incluye no solo narración literal sino dimensiones de la memoria, la ideología y los deseos inconscientes.

Aunque las concepciones de las vertientes etnosociológica y hermenéutica parecen irreconciliables, tanto una como otra han mostrado su capacidad para recurrir a las aportaciones del campo opuesto, de hecho la vertiente etnosociológica no desconoce las formas de la narración, y la vertiente hermenéutica no ignora los datos recogidos en las entrevistas.

Una línea que goza de un importante desarrollo en algunas áreas de América Latina y que aparece vinculada a la literatura²⁹ es aquella en la que las historias de vida -como opción dentro de las ciencias sociales- presentan la posibilidad de mantenerse "siempre vivas", a lo que se articula un fuerte énfasis en la capacidad comunicativa, en la posibilidad de devolución que el producto cultural construido posee en relación con las personas anónimas que son sus centros de indagación.

Respecto de la historia reciente, mencionemos que un problema que el cientista social enfrenta para abordarla no es precisamente el de la escasez de fuentes sino el de la saturación; la proliferación de distintos tipos de fuentes que constituyen un universo inabarcable requiere realizar una opción metodológica: en este sentido trabajar con fuentes orales es elegir algunos caminos y descartar otros. La historia oral produce críticos y transformadores de la práctica historiográfica; lo oral informa sobre la existencia de documentos tradicionales pero también modifica su lectura. De hecho un segmento nada desdeñable de historiadores orales reconoce la necesidad de acudir a otras fuentes más tradicionales.

La posibilidad, devenida amenaza, de que un enorme e indiscriminado flujo de palabras habladas termine por expulsar a las consagradas palabras escritas impide, en la mayor parte de los casos, poder establecer un juicio más equilibrado acerca de cuáles son las ventajas que las fuentes orales pueden proveer; de hecho el abanico de posibilidades se ha desplegado entre quienes las conciben como meros apoyos de las fuentes escritas o bien como una estrategia con la enorme capacidad de resolver todos los problemas.

²⁹Mauricio Archila Neira ha señalado particularmente para el caso de Colombia, donde los estudios sobre la violencia constituidos desde hace varias décadas han sido prolíficos en el uso de testimonios orales, que un segmento importante se ha deslizado hacia parámetros narrativos que se acercan cada vez mas a la literatura. Mencionemos a *El Karina* de Germán Castro, *Siguiendo el corte*, *Selva adentro* y *Aguas arriba* de Alfredo Molano o *No nacimos pa' semilla* de Alonso Zalazar. (Águila y Viano, 2002)

La supervivencia de una fase populista de la historia oral, signada por el precepto de "dar voz a los que no tienen voz", puede terminar por convertirla en un nuevo fetiche que impida desarrollar una vocación crítica y disruptiva. El culto a la oralidad que, entre otros elementos, se manifiesta en la anulación de la presencia del cientista social para permitir que esas voces silenciadas emerjan y hablen por sí mismas, implica entre otras cosas que la tarea se vea reducida a la de ser un mero "posibilitador". Una tentación de signo contrario la constituye el sometimiento absoluto de esos "otros", convertidos en marionetas cuyos hilos están enteramente bajo el control del historiador. "Más bien nos parece oportuno posicionarnos en una dinámica centrada en la búsqueda del diálogo y del equilibrio, donde las fuentes orales puedan ser interpretadas, transpuestas, pero también puedan hablar y 'defenderse por sí mismas'" (Águila y Viano, 2002).³⁰

Finalmente, y aún abonando la perspectiva que la historia oral constituye un campo que no puede ser apropiado con exclusividad por ninguna disciplina social y que rompe las barreras a veces sólo convencionalmente establecidas entre unas y otras, esta forma particular de producción del conocimiento sociohistórico plantea diferencias sustanciales frente a otras búsquedas de conocimiento histórico. Por sus motivaciones, por sus explícitas premisas, por colocar en un lugar central un horizonte social donde los destinos de recepción trascienden a las del mero marco académico, porque implica necesariamente "tomar partido"³¹, el ejercicio de la historia oral aleja al cientista social de lugares pretendidamente asépticos signados por la búsqueda de la imparcialidad, la objetividad y la distancia entre el investigador y su objeto.

³⁰Tzvetan Todorov plantea una perspectiva similar para otro problema: el de la conquista de América. Ver del autor *La conquista de América. La cuestión del otro*, Siglo XXI, México, 1987. A su vez Ronald Fraser advierte que "no hay nada más irónico que ver estas experiencias reducidas a una fuente de análisis exánime por el historiador, que como un Jehová, se erige en juez implacable del sentido profundo de las vivencias, devolviendo a sus interlocutores una realidad en la cual se les silencia ora vez". Ver "La historia oral como historia desde abajo", op. cit., p. 92.

³¹En el sentido planteado por Alessandro Portelli en "Lo que hace diferente a la historia oral", op. cit.

1.3. Historia Oral y memoria

El movimiento de escritura del historiador no es un reflejo de la investigación documental, sino una escritura permeada por los desafíos y cuestiones de su presente, asociados a los referenciales teóricos que dan soporte a sus análisis.

En este apartado haremos referencia a un concepto que ronda continuamente a la historia y que se define de un modo particular en la historia oral. Nos referimos a la memoria.³²

De acuerdo con Torres Montenegro (2005), siempre que se reflexiona sobre el significado de los relatos orales producidos por proyectos historiográficos supone alinearse al rico debate acerca de la temática historia/memoria.

No olvidemos que –para algunos historiadores de la escritura– esta aparece justamente para salvar las dificultades o límites de la memoria: una forma de fijar la memoria y / o de seleccionarla.³³

Los historiadores siempre se han preocupado por establecer una distinción entre historia y memoria. Jacques Le Goff (1991), en su trabajo sobre la memoria, identifica la memoria colectiva como equivalente a la historia. Esta visión es una ruptura con la tradición que se estableció en la historiografía francesa a partir de los trabajos de Halbwachs, en que los términos memoria e historia se presentan como antinómicos. Según este último autor, la historia comienza solamente en el punto donde acaba la tradición, el momento en el que se apaga o se descompone la memoria social. (Halbwachs, 1990) La memoria entonces es sinónimo de “recuerdo vivo”, se trata de una memoria presente en la vida de las personas y grupos, por ello sería inútil transformarla en registro escrito. Así, en el momento

³² Como categoría, la memoria está intrínsecamente relacionada con la psique individual y su terminología básica deriva del psicoanálisis freudiano. Gran parte de los argumentos favorables a la necesidad de la memoria actúan sobre la base de una analogía metafórica directa con las afirmaciones psicoanalíticas acerca del impacto saludable del trabajo de la memoria sobre la elaboración del trauma inconsciente: en lugar del analizante individual hay que leer sociedad colectiva. (James, 2003)

³³ Ver, por ejemplo, Tusón, J., 1997, *La escritura*. Barcelona, Octaedro.

en que la memoria se transforma en escritura es porque ya operó el pasaje a la historia. De acuerdo con Halbwachs, entonces, no hay como establecer una unión entre dos términos que expresen significados opuestos, aunque ambos operen en el campo de la memoria social.

En esta línea encontramos también el libro de Yosef Yerushalmi, *Zajor. La historia judía y la memoria judía*. (2002) En él, la memoria se identifica como una forma primitiva y sagrada de conocimiento del pasado, en oposición a la conciencia histórica moderna.

Siguiendo esta tradición, Pierre Nora desarrolla sus reflexiones en *Los lugares de la memoria*. (1984,1992) Con el fin de las sociedades, la memoria verdadera, social, se aleja de la historia. La memoria es la vida y está en permanente evolución. La memoria es siempre sospechosa para la historia, cuya verdadera misión es destruirla y repelerla.

Regine Robin en “Literatura y biografía” (1989) llama memoria colectiva a todo el dominio de la apropiación social del pasado, de la retrospección colectiva, de la gestión, del control del pasado; en oposición, la memoria erudita construida por los historiadores que es un trabajo de elaboración de rastros.

La historia cuenta, explica, es la ciencia de la inteligibilidad del pasado. Pone en interrogante acciones, fenómenos complejos, relaciones. La historia como disciplina institucionalizada está inmersa en coyunturas históricas cambiantes, formada, informada, deformada por la memoria nacional (pero a su vez, trata igualmente de ella); escuchando memorias colectivas de las que reniega, niega o deniega o que por el contrario contribuye a poner en la plaza pública, que toma a su cargo y a las cuales da una nueva legitimidad.

La memoria colectiva es la memoria viviente de lo vivido, no es ni cronológica ni distante. Puede estar informada por el saber histórico, pero tiene su propio dominio específico, lo legendario del grupo, una memoria tenaz y borrosa a la vez. Ella también conserva, guarda, conmemora los rastros, su temporalidad

es cíclica y/o acrónica, simbólica, mezcla los lugares y las fechas, los confunde. La memoria colectiva yuxtapone la agudeza del detalle en la cotidianidad y el vacío de la memoria sobre el acontecimiento preciso. Es acrónica porque el recuerdo desplaza los decorados, los vestuarios, los acontecimientos. Al contrario de la historicidad cronológica, la memoria colectiva funciona por asociaciones o por movilizaciones de un sentido preexistente. En efecto, sólo cuenta el sentido a dar al pasado. De ahí el gusto por los símbolos, las alegorías de la memoria colectiva, guardiana de los valores, de la tradición y de la interpretación del pasado del grupo.

En oposición a ello, el saber histórico desarrolla un espacio multidimensional y una temporalidad cronológica y/o personalizada con un efecto de distanciamiento entre el pasado y el presente. Se trata del cronotopo de un discurso explicativo, argumentativo, racional.

El concepto de memoria no es algo acabado, se hace necesario estudiar el significado social que los recuerdos adquieren en función de temas y cuestiones puestas por el presente, y así evaluar la dimensión de experiencias individuales y colectivas que ponen la memoria en constante movimiento a partir de los desafíos sociales, políticos y culturales. La necesidad de memoria es pues una necesidad de la historia.

La memoria plantea, al canon de la historia, un compromiso y un desafío similares a los de la historia oral: se propone humanizar, dar algo de calidez a la árida y fría objetividad del análisis histórico. Por esa razón, el auge del estudio de la memoria y la práctica de la historia oral contemporánea no constituyen una casualidad, se encuentran estrechamente imbricadas.

2. Discursividad

2.1. Historia y discurso

El estatuto de *discurso histórico verdadero*, *historia real*, *la narración en la historia* y la distinción entre *historia* y *ficción* son algunos de los temas que han producido el desarrollo de debates en el seno de diferentes disciplinas, particularmente en las discusiones de la narrativa en la teoría histórica que han tenido lugar en Occidente en las tres últimas décadas.

Entre las cuestiones puestas en juego se encuentra la pregunta acerca de la función de la narración en la historia: ¿se trata de una explicación, de una representación de la realidad, de una ideología? La narración ¿debe formar parte de la ciencia histórica?, ¿constituye un género más amplio? En los debates se pueden distinguir cuatro tendencias. (White, 1992)

En primer lugar, la representada por ciertos filósofos analíticos anglonorteamericanos (Walsh, Gardiner, Dray, Gallie, Morton, White, Danto, Mink), que han intentado establecer el estatus epistemológico de la narratividad considerado como un tipo de explicación especialmente apropiado a la explicación de los acontecimientos y procesos históricos, frente a las naturales.

En segundo lugar, la de ciertos historiadores orientados hacia las ciencias sociales, ejemplo de los cuales puede considerarse el grupo francés de los *Annales*. Este grupo (Braudel, Furet, Le Goff, Le Roy-Ladurie, etc.) considera la historiografía narrativa como no científica, siendo necesaria su extirpación para transformar los estudios históricos en una verdadera ciencia.

En tercer lugar, la de ciertos teóricos de la literatura y filósofos de orientación semiológica (Barthes, Foucault, Derrida, Todorov, Kristeva, Benveniste, Genette, Eco), que han estudiado la narrativa en todas sus

manifestaciones, considerándola simplemente un código discursivo entre otros, que puede ser o no apropiado para la representación de la realidad.

Y por último, la de ciertos filósofos de orientación hermenéutica, como Gadamer y Ricoeur, que han considerado la narrativa como manifestación en un discurso de un tipo específico de conciencia temporal o estructura del tiempo.

El grupo de los *Annales* se ha mostrado muy crítico respecto a la historia narrativa, pero de una forma más polémica que teórica. Para sus miembros, la historia narrativa era simplemente la historia de la política del pasado y además, la historia política concebida como conflictos a corto plazo, dramáticos que se prestan a representaciones novelísticas, de carácter más literario que propiamente científico.

Un análisis más amplio y de construcción de la narratividad fue el realizado en los años sesenta por los estructuralistas y posestructuralistas quienes se propusieron demostrar que la narrativa no era solo un instrumento ideológico sino el paradigma mismo del discurso ideologizante en general. Para ellos la historia en general y la narratividad en particular eran meramente prácticas representativas por las que la sociedad producía un sujeto humano peculiarmente adaptado a las condiciones de vida.

Por su parte los filósofos analíticos defendían la narrativa tanto por ser un modo de representación como por ser un modo de explicación, en contraste con los ataques formulados en Francia. En el mundo anglófono se consideraba la historiografía narrativa no como una ideología sino como “un antídoto de la nefasta filosofía de la historia de Hegel y Marx, el presunto recorte ideológico de los sistemas políticos autoritarios” (White, 1992, 56).

En tanto, Gadamer y Ricoeur consideran que el método de las ciencias histórico-genéticas es la hermenéutica, concebida menos como desciframiento que como interpretación, literalmente una traducción, una traslación de significados de una comunidad discursiva a otra.

En la medida en que la escritura de la historia oral recurre a fuentes orales obtenidas a partir de entrevistas narrativas, nos será de interés revisar la posición de White, Ricoeur y Barthes. Estos autores desarrollan su concepción acerca de la función de la narración en el discurso histórico.

Paul Ricoeur (1999) asigna a la narrativa histórica la categoría del discurso simbólico, un discurso cuya fuerza principal no deriva de su contenido informativo ni de su efecto retórico sino más bien de su función formadora de imágenes. Al contar una historia, el historiador necesariamente revela una trama que simboliza los acontecimientos mediando entre su estatus, en tanto que cosas existentes “dentro del tiempo”, y su estatus de indicadores de la “historicidad” en la que participan estos acontecimientos. Como esta historicidad solo puede ser indicada y nunca representada directamente, la narrativa histórica como todas las estructuras simbólicas, dice algo distinto de lo que dice.

Más específicamente, existe una necesidad en la relación entre la narrativa, concebida como estructura discursiva simbólica o simbolizante, y la representación de los acontecimientos específicamente históricos. Esta necesidad se desprende del hecho de que los acontecimientos humanos son o fueron producto de las acciones humanas, y estas acciones han tenido consecuencias que tienen la estructura de textos, más específicamente, la estructura de los textos narrativos. La comprensión de estos textos, considerados como productos de la acción, depende de que seamos capaces de reproducir los procesos por los cuales se produjeron, es decir, narrativizar esas acciones. Como estas acciones son en efecto narrativizaciones efectivamente vividas, de ahí se sigue que la única forma de representarlas es mediante la propia narrativa. Aquí la forma del discurso es perfectamente adecuada a su contenido, pues la una es narrativa y el otro aquello que ha sido narrativizado. El maridaje de forma y contenido produce el símbolo, que dice más de los que dice pero en el discurso histórico siempre dice lo mismo: historicidad.

Otra concepción es la de Hyden White (1992). En la narrativa histórica, los sistemas de producción de significado peculiares a una cultura y sociedad se contrastan con la capacidad de cualquier conjunto de acontecimientos “reales” de producir esos sistemas. La narrativa histórica no disipa falsas creencias sobre el pasado, la vida humana, la naturaleza de la comunidad, lo que hace es comprobar la capacidad de las ficciones que la literatura presenta a la conciencia mediante su creación de pautas de acontecimientos imaginarios. En la medida en que la narrativa histórica dota a conjuntos de acontecimientos reales del tipo de significados que por lo demás solo se halla en el mito y la literatura, está justificado considerarla como un producto de *allegoresis*. Por lo tanto, en vez de considerar toda narrativa histórica como un discurso de naturaleza mítica o ideológica, se debe considerar como alegórica, es decir como un discurso que dice una cosa y significa otra.³⁴

De acuerdo con White, lo que distingue a las historias narrativas de las ficcionales es el contenido no su forma. El contenido de las historias históricas son los hechos reales, hechos que sucedieron realmente, en vez de hechos imaginarios inventados por el narrador. Esto implica que el futuro narrador encuentra la forma en que se le presentan los acontecimientos históricos en vez de construirla. La forma del discurso, la narrativa, no añade nada al contenido de la

³⁴ Ya en un debate de los años setenta protagonizado por Stone y Hobsbawm, L. Stone (“The revival of narrative: Reflections on a new old history”, en *Past and Present*, núm. 85, 1979) registra, luego de la crisis de la narración histórica, indicios de una contracorriente que está arrastrando de nuevo a muchos «nuevos historiadores» prominentes hacia alguna forma de narrativa. La historia total sólo parece posible si se toma como objeto un microcosmos y los resultados a menudo han hecho más para iluminar y explicar el pasado que todos los estudios anteriores o actuales que se basan en los archivos del gobierno central.

Hobsbawm (“The revival of narrative: some comments”, en *Past and Present*, num. 86, 1980) en respuesta a la postura de Stone, reconoce cambios en la escritura de la historia pero se niega a afirmar que eso se debe a un regreso a la historia narrativa, porque es difícil de determinar.

Se puede reconocer que ciertos historiadores han pasado de las «circunstancias» a los «hombres» - lo que incluye a las mujeres-, o que han comprendido que el modelo simple base/superestructura, así como la historia económica, no es suficiente; incluso muchos se han convencido de la incompatibilidad entre su función «científica» y su función literaria. Pero, concluye Hobsbawm, no es necesario analizar los modos actuales de la historia enteramente como el rechazo del pasado.

Como vemos, la tensión entre una historia narrativa y una historia estructural empieza a ocupar, por esa época, la atención de los historiadores. En ese momento, pareciera que no es necesario ser muy radical, Hobsbawm prefiere sostener la existencia y validación de ambas. (Lozano, 1987)

representación; más bien es un simulacro de la estructura y procesos de los acontecimientos reales. Y en la medida que esta representación se parezca a los acontecimientos que representa, puede considerarse una narración verdadera. La historia contada en la narrativa es una mimesis de la historia vivida en alguna región de la realidad histórica. Y en la medida que constituye una imitación precisa ha de considerarse una descripción fidedigna.

En este sentido, White ha sostenido un debate con Roger Chartier en la revista *Historia y Grafía*³⁵. Allí, Roger Chartier defiende la narrativa como modelo legítimo de representación histórica e incluso como modo válido de explicación subrayando la función comunicativa. Según esta concepción, la forma narrativa del discurso no es más que un medio del mensaje, sin más valor de verdad o contenido informativo que cualquier otra estructura formal. Esto significa que el código narrativo no añade nada en cuanto a información o conocimiento que no pueda transmitirse por otro sistema de codificación discursiva. En la narrativa histórica lo único que tiene valor de verdad es el contenido. Todo lo demás es ornamento. Por su parte White hace hincapié en la función poética del discurso narrativo. Su preocupación es la construcción del mensaje. Este hecho permite que las interpretaciones se multipliquen, que el discurso histórico no sea importante por su valor de verdad. El lugar dado a la imaginación como portadora de verdad lo confirma. Sin embargo, White no reniega de la función explicativa que conlleva el proceso de narrativización, considerado como la operación mediante la cual un conjunto de acontecimientos se constituye como fenómeno histórico específico. Este proceso permite la interpretación por parte de uno u otro de los modos de explicación disponibles en

³⁵ Chartier, R., 1994, "Cuatro preguntas a Hayden White", *Historia y Grafía* 3, pp. 231-246.

Chartier, R., 1997, "Al borde del acantilado", *Pluma de ganso, libro de letras, ojo viajero*, México, Universidad Iberoamericana, 1997.

White, H., 1995, "Respuesta a las cuatro preguntas del profesor Chartier", *Historia y Grafía* 4, pp. 317-329.

White, H., 1987, "La cuestión de la narrativa en la teoría historiográfica actual", *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992.

las ciencias sociales, generalmente reconocidos como canónicos en una configuración cultural dada.

Finalmente, las ideas de Roland Barthes (1970). El objetivo principal de este autor es atacar la presunta objetividad de la historiografía tradicional. Los estudios históricos son víctimas de lo que se denomina *falacia de referencialidad*.

Para Barthes, por su propia estructura y sin apelar a la sustancia del contenido, el discurso histórico es esencialmente elaboración ideológica o imaginaria, si es verdad que lo imaginario es el lenguaje por medio del cual el enunciador de un discurso llena el tema de la enunciación. Se llega así a esa paradoja que marca todo el discurso histórico; el hecho nunca tiene sino una existencia lingüística y sin embargo todo ocurre como si esa existencia fuera solo la copia pura y simple de otra existencia situada en un campo extra-estructural, lo real. Se trata de un discurso en que el referente es considerado exterior al discurso y sin embargo nunca es posible encontrarlo fuera de ese discurso. Entonces ¿qué lugar ocupa lo real en la estructura discursiva? La historia “objetiva”, lo “real”, no es nunca más que un significado no formulado, oculto detrás de un referente aparentemente omnipotente. Esta situación caracteriza a lo que se denomina el *efecto realista*.

De esta manera, la historia al negarse a asumir lo real como significado llegó a convertirse en género, en el siglo XIX al ver en la relación pura simple de los hechos la mejor prueba de esos hechos y a instituir la narración como significante privilegiado de lo real. Se cierra así un círculo paradójico: la estructura narrativa elaborada en el crisol de las ficciones se convierte a la vez en signo y prueba de la realidad.

Entre las críticas al trabajo de Barthes se encuentra la que le dirigió Michel de Certeau (1993). Este autor ve como un riesgo postular la homologación entre el discurso histórico y el literario, y tomar los ejemplos más próximos de la narración alejado de las investigaciones contemporáneas. Toma el discurso fuera

del *geste* que lo constituye en una relación específica con la realidad pasada de la que se distingue y no tiene en cuenta los modos sucesivos de esa relación. Niega el momento actual que hace de este discurso científico exposición de las condiciones de su producción mucho más que la narración de los acontecimientos pasados.

2.2. El discurso histórico

Las categorías enunciativas propuestas por E. Benveniste (1993) y H. Weinrich (1974), la distinción entre enunciación y narración histórica, los efectos de objetivación y subjetivación en el discurso de la historia, mundo narrado y mundo comentado, y el estatus de verdad entre ambos, son algunas de las herramientas que nos permitirán definir el discurso de la historia oral con su complejidad.

Por otro lado, discutiremos el concepto de *ilusión referencial* propuesto por R. Barthes (1970) con respecto al discurso histórico. Asimismo, los conceptos de *hacer verdadero* y *hacer persuasivo* propuestos por A. J. Greimas (1989) completarán el panorama.

Finalmente, de Certeau (1993), en el campo de la historia, definirá la función de la escritura de la historia con respecto a sus lectores.

En primer lugar, revisaremos la definición de Benveniste (1959) sobre narración histórica como el género de enunciación que excluye toda forma lingüística autobiográfica, caracterizada por la narración de los acontecimientos pasados. Se trata, para el autor, de la presentación de los hechos acaecidos en un determinado tiempo, sin ninguna intervención del hablante en la narración. En la historia, a diferencia del discurso, el locutor no está implicado. Por esa razón el presente no

es el tiempo de base de la narración histórica, ya que este tiempo es solidario con el carácter autorreferencial del discurso. En el discurso, no en el relato, se encuentran todo tipo de modalizaciones que subrayan el aspecto subjetivo.

En la narración histórica, los hechos y acontecimientos son enunciados tal y como se han producido en el horizonte de la historia. Todas las marcas de la subjetividad son canceladas de la expresión textual. El sistema de coordenadas sujeto-espacio-tiempo tiene su punto de origen por contraposición a la enunciación discursiva en el contexto compartido por los interlocutores; el sujeto enunciator no se manifiesta explícitamente en el texto.

En tanto Weinrich (1968), incluye en el discurso histórico la narración de hechos pasados, pero al mismo tiempo su explicación, interpretación, comentario. De este modo todo tratado histórico presenta este doble aspecto: cuenta y comenta. En la historiografía se puede reconocer en líneas generales una estructura expositiva según la cual la narración aparece inserta en el comentario. Con respecto al estatus de verdad entre mundo contado y mundo narrado, el primero tiene su propia verdad (su contrario es el error y la mentira) y el mundo narrado tiene su propia verdad, cuyo opuesto es la ficción.

Aun cuando el trabajo de Roland Barthes (1970)³⁶ parece postular la univocidad del género histórico a través de los tiempos, considerándolo solamente como narración de los acontecimientos pasados, consideraremos en particular la caracterización que realiza con respecto a la relación entre enunciación y enunciado histórico (según lo definimos en el apartado anterior).

Para Barthes, el historiador en su enunciación recoge un afuera de su discurso y lo dice. Es decir, designa toda mención de fuentes y testimonios, toda una referencia a su modo de escuchar. Por otra parte, el enunciator organiza su

³⁶ Roland Barthes (1970) se pregunta si la narración de los hechos pasados sometida a la sanción de la "ciencia" histórica, colocada bajo la imperiosa garantía de lo real, justificada por principios de exposición racional, difiere realmente por algún rasgo específico de la narración imaginaria tal como se la encuentra en la epopeya, la novela o el drama.

propio discurso, lo retoma, lo modifica, le asigna referencias explícitas. La entrada de la enunciación en el enunciado histórico por medio de los embragadores tiene por finalidad dar a la historia no tanto una posibilidad de expresar su subjetividad, como complicar el tiempo crónico de la historia enfrentándolo a otro tiempo que es el del discurso mismo; en suma, la presencia de signos explícitos de enunciación en la narración histórica apuntaría a descronologizar el hilo histórico y a restituir, aunque más no fuera por reminiscencia o nostalgia, un tiempo complejo, paramétrico, no lineal, cuyo espacio profundo recordara el tiempo mítico de las viejas cosmogonías ligado por esencia a la palabra del poeta o del adivino. Los embragadores de organización atestiguan, en efecto, la función predictiva del historiador en la medida en que sabe lo que no se ha narrado aún, el historiador tal como el agente del mito tiene necesidad de agregar al devanamiento crónico (cronológico) de los sucesos, referencias al tiempo específico de su palabra.

A nivel de discurso, la objetividad o carencia de signos del enunciador aparece como una forma particular de lo imaginario, el producto de lo que podría llamarse *la ilusión referencial*, puesto que el historiador sostiene que deja hablar solo al referente.

El discurso histórico supone una operación complicada. Primero el referente está separado del discurso, se vuelve exterior a él, debe fundarlo, regularlo; pero luego el significado mismo es desplazado, confundido con el referente; el referente entra en relación directa con el significante y el discurso encargado de expresar lo real considera posible eliminar el significado. En la historia objetiva, lo real es siempre solo un significado no formulado que se refugia tras la apariencia omnipotente del referente. Tal situación define lo que podría llamarse *efecto de realidad*. La eliminación del significado produce un nuevo sentido, sentido que es lo real en sí mismo: el discurso histórico no sigue a lo real, solo lo significa.

La concepción de discurso histórico de Greimas (1989) refiere a la relación que establece el discurso histórico con la verdad de los hechos y con el enunciatario.

Este autor caracteriza al texto de historia científico como aquel que incluye en el relato el comentario, es decir, aquel que introduce modalizaciones que desvían de la supuesta aserción de la modalidad de la verdad del discurso histórico. La verdad en el discurso no es una representación de una verdad exterior, sino una construcción. Por lo tanto, no basta con describir las marcas de inscripción de la verdad en el discurso, para que la verdad pueda ser dicha y asumida debe desplazarse a la instancia del enunciador y del enunciatario. Entonces la operación de producción de verdad, realizada por el enunciador, consiste más que en producir discursos verdaderos, en generar discursos que produzcan un efecto de sentido, al que se puede llamar “verdad”. Desde este punto de vista, Greimas ha indicado que la producción de verdad corresponde al ejercicio de un hacer cognitivo, *hacer parecer verdadero*; es decir, se trata de la construcción de un discurso cuya función no es el decir-verdad, sino el *parecer verdadero*³⁷.

El historiador que construye un texto histórico aspira a que ese texto sea reconocido como verdadero y por tanto histórico. Para conseguirlo no sólo hace saber la verdad como acontecimientos pretéritos (y/o sobre las interpretaciones de los acontecimientos pretéritos) sino que prueba que es verdad. El historiador tiene que hacer creer que lo que dice es verdad.

Por otra parte, el hacer del enunciador se dirige a garantizar la adhesión de su interlocutor. A este hacer, Greimas lo llama *hacer persuasivo* basado en hacer creer (verdad); al hacer persuasivo se le atribuye la función de establecer el contrato de veredicción³⁸. El historiador en su comunicación textual no se limita a

³⁷ Greimas, 1980; Lozano, Peña-Marín y Abril, 1982.

³⁸ Las modalidades de veredicción están centradas sobre la interacción cognitiva de los sujetos en relación con un mismo objeto de conocimiento, que en tanto que tal está ausente en el modelo.

transmitir un objeto verdadero, sino que debe conseguir la adhesión del destinatario para que se acepte que es verdadero. Como todo proceso de comunicación, la transmisión de información requiere de persuasión: un hacer creer para que el destinatario crea.

Por último, desde la historia, Michel de Certeau en *La escritura de la historia* (1993) trabaja con el pasaje de la investigación a la escritura de la historia.

La representación como escenificación literaria es histórica cuando se apoya en un lugar social de la operación científica y cuando está institucional y técnicamente ligada a una práctica de la desviación referente a modelos culturales o teóricos contemporáneos. Hay, entonces, relato histórico cuando está explicitada la relación con un cuerpo social y con una institución del saber.

Partiendo de la distinción de Benveniste entre discurso y relato, de Certeau define la historiografía como un relato que funciona de hecho como discurso organizado por el lugar de los interlocutores y fundado sobre el lugar que se da el autor respecto a sus lectores.

El discurso histórico bajo la forma de narración busca ofrecer un contenido verdadero sustituyendo la verificabilidad por la verosimilitud, y deslizándose desde la categoría de causalidad propia de la explicación científica hacia la sucesividad. La legitimación del discurso histórico reside en la verosimilitud de los enunciados y en las relaciones de coexistencia que determinan la coherencia del discurso. Es la relación entre los objetos, actores, prácticas, que establece el historiador la que está sometida a prueba. En tanto que la operación historiográfica se define fundamentalmente en la configuración de esas relaciones.

Así se produce un desplazamiento desde el modelo explicativo fundado en la necesidad de causación a una explicación que se apoya en la contingencia de la sucesión temporal.

Para de Certeau, la historia se comprende a partir de la tensión entre su inscripción en el relato y su pretensión de legitimidad científica. La escritura de la historia plantea pues el problema de la verdad que constituye su límite, al tiempo que marca la distancia del relato de ficción.

La historiografía separa en primer lugar su propio presente de un pasado. El corte es pues el postulado de la interpretación (que se construye a partir de un presente) y su objeto (las divisiones organizan las representaciones que deben ser re-interpretadas). El trabajo determinado por este corte es voluntarista. Opera en el pasado del cual se distingue, una selección entre lo que puede ser comprendido y lo que debe ser olvidado para obtener la representación de una inteligibilidad presente. Pero todo lo que esta nueva comprensión del pasado tiene por inadecuado –desperdicio abandonado al seleccionar el material, resto olvidado en una explicación- vuelve, a pesar de todo, a insinuarse en las orillas y en las fallas del discurso.

La historiografía trata de probar que el lugar donde se produce es capaz de comprender el pasado, por medio de un extraño procedimiento que impone la muerte y que se repite muchas veces en el discurso, procedimiento que niega la pérdida, concediendo al presente el privilegio de recapitular el pasado en un saber. Trabajo de la muerte y trabajo contra la muerte.

Este procedimiento paradójico se simboliza y efectúa con un gesto que tiene el valor de mito y de rito a la vez: la escritura. En efecto, la escritura sustituye a las representaciones tradicionales que autorizaban al presente con un trabajo representativo que articula en un mismo espacio la ausencia y la producción. En su forma más elemental, escribir es construir una frase recorriendo un lugar que se supone en blanco: la página. Pero la actividad que recomienza, a partir de un tiempo nuevo separado de los antiguos y que se encarga de reconstruir una razón en el presente, ¿no es acaso la historiografía?

Hasta ahora inseparable del destino de la escritura en el Occidente moderno y contemporáneo, la historiografía conserva, sin embargo, la particularidad de captar la creación por medio de la escritura en su relación con los elementos que recibe, de operar en el sitio donde lo dado debe ser transformado en construido; de construir representaciones con material del pasado, de situarse finalmente en la frontera del presente donde es necesario convertir simultáneamente la tradición de un pasado (excluirlo) y no perder nada de ella (explorarla con métodos nuevos).

La construcción de una escritura es un paso extraño. Nos conduce de la práctica al texto. Una transformación asegura el tránsito desde lo indefinido de la “investigación” a lo que H. I. Marrou llama la “servidumbre” de la escritura. Servidumbre porque la fundación de un espacio social lleva consigo una serie de distorsiones en lo referente a los procedimientos de análisis. Con el discurso parece imponerse una ley contraria a las reglas de la práctica.

Por otra parte, ese autor señala tres desviaciones constitutivas de la escritura historiadora. La primera es la que organiza el discurso invirtiendo el orden de la práctica, el desarrollo temporal de la investigación; la segunda es la que constituye el discurso histórico como un desplazamiento de la explicación hacia la narración; y finalmente, la desviación respecto del pasado para instaurar el presente.

La escritura en el pasaje desde la práctica impone restricciones. Primero, prescribe como comienzo lo que en realidad es un punto de llegada y hasta un punto de fuga en la investigación. Mientras que esta comienza en la actualidad de un lugar social y de un aparato institucional o conceptual determinados, la exposición toma un orden cronológico. Toma lo más antiguo como punto de partida.

La escritura de la historia queda controlada por las prácticas de las cuales resulta, es ella misma una práctica social que fija a su lector un lugar determinado

redistribuyendo el espacio de las referencias simbólicas e imponiendo así una lección, es didáctica y magistral.

Toda historiografía supone un tiempo de las cosas como contrapunto y condición de un tiempo discursivo. La escritura conduce el tiempo hacia el momento del destinatario. Cualquiera sea el contenido la historiografía trabaja para reunirse con un presente que es el término de un recorrido más o menos largo sobre un trayecto cronológico. El presente, postulado del discurso, surge de la operación escrituraria: el lugar de producción del texto se transforma en lugar producido por el texto.

Se plantea como historiográfico el discurso que comprende su otro –la crónica, el archivo, el documento-, es decir que se organiza en forma de texto con intercalaciones, una de cuyas mitades se apoya en la otra y se confiere el poder de decir aquello que la otra significa sin saberlo. A través de las citas, las referencias, las notas y todo el aparato de remisiones y de llamadas permanentes a un lenguaje primero, se erige en saber de lo otro.

Al citar, el discurso histórico transforma lo citado en fuente de fiabilidad y en léxico de un saber. Pero también ubica al lector en la posición de lo que cita; lo introduce en la relación entre un saber y un no-saber. El discurso produce un contrato enunciativo entre el enunciador y el destinatario. Funciona como discurso didáctico y tanto mejor como que disimula el lugar desde donde habla, cuenta más que razona y toma a sus lectores donde están. La estructura interna del discurso produce un tipo de lector: un destinatario citado, identificado y mostrado por el hecho mismo de que lo ubica en la situación de la crónica ante un saber. Al organizar el espacio textual, establece un contrato y organiza también el espacio social. A ese respecto, el discurso hace lo que dice. Es performativo. La astucia de la historiografía consiste en crear “un discurso performativo amañado en el cual el

constatativo aparente no es, en realidad, sino el significante del acto de habla como acto de autoridad”.³⁹

2.3. Historia Oral y discurso

Frente al nuevo posicionamiento de las ciencias sociales a partir de la inclusión del otro en su escritura, la historia oral “aparece” como una de las disciplinas que han enfrentado ese desafío. La cuestión de hacer hablar al otro, cuestionada y conflictiva, viene a constituirse en un punto de reflexión en la historia oral. En este sentido no solo se trata de poner en escena a los excluidos, de “dar voz a los que no tienen voz”, sino que esa inclusión permite la reflexión de los problemas teórico-metodológicos que esta tarea suscita.

Desde esta perspectiva, el discurso histórico atraviesa dos desafíos. En primer lugar, la relación que se establece entre el discurso y lo real. Hay consenso en señalar el estatus diferente de uno y otro, ya sea que se considere al discurso como alegoría, símbolo o metáfora. En segundo lugar, la discusión acerca de la naturaleza del discurso histórico: ¿es narración?, ¿solo narración?, ¿narración e interpretación? El largo e inconcluso debate sobre la historia como narración minimiza la importancia de la interpretación de este discurso que forma parte de su naturaleza. Y como afirma de Certeau (1993), si bien hay una historia narrativa y hay una historia interpretativa, hay una tendencia generalizada a que una y otra confluyan en un mismo discurso.

Nos interesa aquí la relación que se establece entre estos modos de “hacer historia” en el momento de la escritura. En este sentido, rescatamos la posición de Jacques Rancière (1992) frente a la escritura historiográfica. Para este autor hay

³⁹ Barthes en de Certeau, 1993.

una especie de canon y no hay ningún esfuerzo por encontrar los modos de escritura de las grandes ciudades, de las diversa formas de subjetivación y de los nuevos espacios de enunciación. A pesar de todo un desarrollo técnico moderno, se continúa escribiendo la historia como en el siglo XIX. Y para Rancière, este desarrollo no modifica en nada la problemática de la narrativa. Lo que habría que inventar es una poética de la historia y para ello habría que ir a ver un poco del lado de la revolución literaria, por el lado de Flaubert, Virginia Wolf, Joyce o Claude Simon.

Rancière afirma:

“La historia parecería encontrarse ante dos alternativas. O bien se aferra en primer lugar a consolidar su reconocimiento 'científico' proporcionando su historia a la sociedad de los vencedores, o bien se interesa en primer lugar por la exploración de los múltiples caminos por los cuales pueden ser aprehendidas la experiencia de lo visible y de lo decible que constituyen la singularidad.” (1992: 125)

La segunda alternativa es en la que ubicaríamos a la historia oral, con la particularidad de que esos matices, en esta disciplina, son aprehendidos a partir de la voz de los testimonios. En este trabajo nos propondremos examinar los alcances y los límites de una escritura que desde su enunciación se presenta en los bordes de la otra historia, de la historia científica.

CAPÍTULO 2: La guerrilla en los setenta y la producción discursiva

1. Contexto histórico: La guerrilla argentina en los 70

En la Argentina, entre 1966 y 1976, la vida política, ideológica y social se ve protagonizada por la movilización popular. Estudiantes, obreros y sectores medios iniciaron una gran variedad de formas de lucha que confluyeron en la insurrección popular conocida como el “Cordobazo” (1969). A partir de ese momento, el auge obrero y popular se vio acompañado del crecimiento de organizaciones armadas que hasta ese momento habían sido marginales a la vida política nacional. Entre 1969 y 1977, cuando la represión dictatorial logró derrotarlas, surgieron múltiples organizaciones armadas que se nutrieron de -y a su vez alimentaron- la movilización obrero popular. Desde la dictadura del general Juan Carlos Onganía, pasando por la apertura democrática de 1973 que llevó a Juan Domingo Perón a la Presidencia de la Nación por tercera vez en la historia argentina, hasta la dictadura del general Jorge Videla en 1976, los cambios en la estructura socioeconómica, la falta de canales de expresión popular y la crisis orgánica argentina que comienza con la caída de Perón en 1955, son algunos de los factores más importantes que ponen en cuestionamiento las características globales del sistema capitalista en el país.

El desarrollo de la guerrilla en la Argentina durante la década de 1970 fue complejo. De las diecisiete organizaciones existentes, cinco tuvieron mayor relevancia en el panorama político nacional. Estas últimas fueron: Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), Fuerzas Armadas de Liberación (FAL), Montoneros y el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP). En 1975, sobre la base de la fusión de varios grupos menores se conformó la Organización

Comunista Poder Obrero, cuyo brazo armado fue las brigadas Rojas del Poder Obrero.

Todas estas organizaciones tenían trabajo de masas, frentes legales, organismos sindicales, prensa y organizaciones juveniles y estudiantiles. La actividad militar de la guerrilla fue notable para la época. La guerrilla inclusive desarrolló una industria de armamentos autóctona que produjo ametralladoras, granadas, bazookas. También tuvo una notable participación en la vida política y sindical. Todas ellas tuvieron delegados gremiales, agrupaciones sindicales y llegaron a conducir comisiones internas de fábrica. En síntesis, se trata de un vasto fenómeno cuya complejidad aún no ha sido cabalmente investigada. (Pozzi, 1993, 1994; Hilb y Lubtzky, 1984; Anzorena, 1998)

1.2. Origen y desarrollo de la guerrilla: algunas interpretaciones

A partir de los años 60, en Argentina, grupos, partidos y organizaciones político-militares comienzan a cuestionar la capacidad de los partidos tradicionales para proponer cambios profundos en la sociedad.

Las dos primeras presidencias de Perón, entre 1946 y 1955, permiten señalar a Hilb⁴⁰ algunos elementos que fueron preparando ese surgimiento. El descreimiento de los partidos no-peronistas frente a los mecanismos de representación parlamentaria y la presión ejercida sobre diferentes sectores del aparato estatal. En el peronismo, el Parlamento no cumple el rol de caja de resonancia de las demandas, sino que estas se organizan desde y hacia el aparato estatal. Un hecho remarcable es la inclusión de importantes sectores sociales hasta

⁴⁰ En *La nueva izquierda argentina: 1960-1980 (Política y violencia)*, Hilb y Lutzky (1984) se ocupan en mostrar el universo ideológico-político de lo que llaman la *nueva izquierda*, destacando sus componentes autoritarios. Los autores incluyen dentro de esa categoría a aquellos que creían en la lucha armada o a través de la vía insurreccional.

entonces marginados que hacen su entrada en la vida política al margen de las mediaciones institucionales de la democracia parlamentaria.

Es en el periodo abierto por el derrocamiento de Perón que comienzan a perfilarse los elementos más importantes de la llamada nueva izquierda.⁴¹ En primer lugar, el peronismo - como expresión simbólica de una gran parte de la sociedad argentina frente al régimen político - está formalmente excluido de la escena. Los gobiernos que se suceden entre 1955 y 1973 no logran rehacer la unidad nacional, establecer reglas ni formas de legitimación aceptables para el conjunto de la sociedad. Así, todo gobierno aparece como ilegítimo para un amplio sector de la población; el modelo de democracia parlamentaria como marco de resolución de conflictos y como mecanismo de acceso al gobierno está en crisis.

La caída de Perón acelera el proceso de fragmentación de los partidos no-peronistas. Estos, que se habían opuesto al peronismo en nombre de las libertades públicas y la democracia, se encuentran aceptando su proscripción y así avalan una idea restrictiva de la democracia. Pero al mismo tiempo, esa proscripción les plantea la posibilidad de intentar captar su electorado que se encontraba sin representación legal.

Paralelamente, la intervención de las fuerzas Armadas irá aumentando. Dentro del propio peronismo, el golpe de Estado del 55 marcará el comienzo de una crisis profunda. Las organizaciones gremiales fluctúan entre dos actitudes opuestas: o bien se oponen frontalmente a todo régimen proscriptivo o bien intentan reacomodarse en el sector estatal.

Comienzan a surgir sectores dentro del peronismo que cuestionarán la capacidad de la dirigencia de ponerse a la cabeza de la lucha por el retorno de

⁴¹ Matilde Ollier en *La creencia y la pasión* (1986) prefiere llamar la *izquierda revolucionaria* que considera parte de la llamada nueva izquierda latinoamericana del Cono Sur, surgida entre el 60 y el 70, años en los que las élites políticas sufrieron una creciente polarización y la instalación de los regímenes más represivos de toda la historia. (pp. 13-26)

Perón y que denunciarán las estrategias independientes de ciertos dirigentes sindicales y políticos.

En este panorama, la lucha armada comenzará a ser planteada por algunos sectores como la única vía para asegurar el retorno de Perón al gobierno. Del seno de la juventud peronista surge un núcleo liderado por Gustavo Rearte, que fundará el Movimiento Revolucionario Peronista (MRP).

En el ámbito de la Unión Cívica Radical, el sector Intransigente de Frondizi, parecía encarnar en la elecciones de 1958 una política que garantizaba a la vez las libertades cívicas y el mantenimiento y la profundización de las conquistas sociales. En ese momento, contó con el aval del peronismo, con la fuerza propia de su partido y con el apoyo de los sectores progresistas de las capas medias.

Frondizi, sometido a presiones de todo signo, se apartó sustancialmente de las expectativas del peronismo y de los sectores de izquierda. La represión ejercida contra sus antiguos aliados y la modificación del programa económico original provocaron la hostilidad del peronismo y el alejamiento de los sectores de izquierda.

Los partidos de la izquierda tradicional —el Partido Socialista y el Partido Comunista— también serán afectados en su homogeneidad con la caída de Perón.

En un contexto de crisis de las corrientes reformistas y de izquierda se comienza a diseñar los puntos de fractura a partir de los cuales surgirá gran parte de los grupos de nueva izquierda. Diferentes sucesos internacionales jugarán un papel catalizador: la Revolución Cubana, la victoria del FLN de Argelia, la ruptura entre China y la Unión Soviética y posteriormente la guerrilla del Che Guevara en Bolivia. Los ejemplos revolucionarios del exterior aparecerán como modelos de participación política alternativa, sustituyendo a los modelos tradicionales complacientes o insuficientes. En particular, una forma de esa

influencia será el predominio de la acción sobre la teoría tomada de la Revolución Cubana.

Del PS Argentino, una de las ramas del PS, surge más tarde el PS de Vanguardia, una parte del cual confluirá luego en el ELN, concebido este como una columna de apoyo a las fuerzas de Guevara en Bolivia. Si bien nunca llega a confluir con las fuerzas del Che, dará lugar a las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias), que se unirán a Montoneros en 1973. También del PSA surgirá el núcleo de lo que será más tarde Vanguardia Comunista (VC). Otro componente del ELN provendrá del PC, del cual a su vez se desprende el PCR. De este a su vez saldrá una nueva escisión en 1968, las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL).

El Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), que creará luego el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) como su brazo armado, surge en 1963 como confluencia de un grupo del noroeste, el Frente Revolucionario Indoamericano Popular, FRIP, dirigido por los hermanos Santucho, con el grupo Palabra Obrera de N. Moreno, que acababa de romper con el peronismo. En 1968 el PRT se dividirá alrededor del tema de la creación de un ejército, separándose un grupo liderado por Moreno, que confluirá con un sector que se desprende del PSA y formará el Partido Socialista de los Trabajadores (PST), que participará en las elecciones de 1973.

En el mismo periodo se desprenden diversos sectores de izquierda de los partidos tradicionales, de la UCR, de la UCRI, de la Democracia Progresista o de grupos cristianos que se acercan a los núcleos existentes, o que buscan acercarse a sectores de izquierda del peronismo. Así, por ejemplo, la organización nacionalista Tacuara dará lugar a una escisión, el MNRT, que se acerca al peronismo y del cual surgen gran parte de los primeros integrantes de Montoneros.

Paralelamente sectores cercanos del PSRN y de la UCRI darán lugar a la conformación de grupos preponderantemente teóricos, como Praxis, MALENA, etc.

La nueva izquierda (NI) emergerá de la crisis del sistema político -y pondrá en duda su legitimidad en conjunto -, de la crisis de la izquierda tradicional - sin respuesta frente a la democracia restringida-, de los golpes de Estado y del peronismo de oposición combativo.

Entre 1955 y 1968 es tiempo de crisis y reordenamiento de fuerzas políticas, entre 1968 y 1973 se manifestará con fuerza la NI, como emergente de la crisis.

En el contexto de crisis política del que venimos dando cuenta, el golpe de estado encabezado por el Gral. Juan Carlos Onganía pretenderá representar una solución, al plantear un modelo de articulación diferente entre el rol del Estado y las demandas sociales; en los hechos llevará a una profundización de la crisis.

El impacto del golpe del 66 en los sectores medios urbanos. El congelamiento oficial de toda actividad política, la represión contra la Universidad, la censura. La privación de los canales de expresión de los sectores medios urbanos tradicionalmente antiperonistas que se habían desarrollado entre 1958 y 1966, hace que importantes grupos de las clases medias y de la intelectualidad pasarán a la oposición al gobierno militar.

A comienzos de 1968 se constituye el "Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo", que pone en evidencia un sector de la Iglesia preocupado por los problemas sociales.⁴² A partir de su influencia, importantes grupos de la juventud cristiana y del nacionalismo católico se acercarán al peronismo.

⁴² Al respecto, cabe mencionar que en 1967 apareció un Manifiesto de 18 Obispos del Tercer Mundo que se presentó como una aplicación del Concilio Vaticano II y de la encíclica *Populorum Progressio* a los países de Asia, África y América Latina. Encíclica, Concilio y Manifiesto expresaban una doble realidad: la del contexto sociopolítico a escala mundial y nacional y su repercusión en la Iglesia Católica. Los papas progresistas de los años 60, Juan XXIII y Paulo VI, decidieron liberar inquietudes, y su reflejo principal fue el Concilio Vaticano II. En Latinoamérica

La NI surge y se desarrolla en un periodo en que las formas de representación tradicional del movimiento obrero también se hallan en un proceso de crisis y de cambio. El auge del sindicalismo llamado combativo, de enfrentamientos violentos y de la lucha antiburocrática, será el marco en el cual la NI intentará erigirse en alternativa para el movimiento obrero, y a partir del cual justificará y extrapolará sus diferentes estrategias de toma del poder.

De acuerdo con Hilb, los diferentes grupos que actúan a partir de 1969 se gestan en un mismo clima y muchas veces provienen de un mismo tronco. Por eso habla de la NI como un todo. Tal vez, en el primer momento, la diferencia mayor se encuentra en Montoneros, cuyo núcleo primero proviene del nacionalismo católico. Pese a ello, tanto Montoneros como también los grupos que vienen directamente de la Juventud Peronista, como el MRP o las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), incorporarán en esos años a núcleos provenientes de la izquierda y se verán fuertemente influidos por el clima reinante.

A partir de 1968/1969 la diferenciación dentro de la NI comienza a hacerse más clara. Fundamentalmente, la diferencia pasa por la definición del método de lucha; las distintas organizaciones que plantean la necesidad de desarrollar la guerrilla urbana enmarcada en una estrategia de guerra popular se consideran, hasta 1972, formando parte del mismo proceso, el de construcción de una vanguardia. Así encontramos a Montoneros, FAR, PRT, FAP y FAL. Otros, sin desarrollar estructuras militares, comparten la idea de la guerra, como el PCR y Vanguardia Comunista. Y finalmente los partidos que adherirán al trotskismo, como Política Obrera (PO), que condenan abiertamente la violencia.

A este panorama, cada vez más heterogéneo debemos agregar el efecto producido por las elecciones de 1973, que provocará un alejamiento entre las organizaciones armadas peronistas y no peronistas.

estas ideas y fuerzas sociales en movimiento se conjugaron en la Conferencia de Medellín, que reunió a los obispos del subcontinente en julio de 1968.

Hasta entonces, la guerra aparece para la NI como la forma más válida y eficaz de intervención. En un contexto de crisis de legitimidad del sistema político, la NI opone la verdad de la guerra.

La crisis de la NI después del 73, con la vuelta al sistema democrático representativo mediante elecciones sin proscriptos, no es ajena a la imposibilidad de ésta de pensar la política como otra cosa de engaño. Al existir otra forma de legitimidad, la violencia ya no puede aparecer como único recurso para dirimir los conflictos.

Esta crisis se evidencia por un lado con la división de algunas de las organizaciones: del PRT se desprende ERP 22, que apoya al peronismo en las elecciones. Montoneros sufre la escisión de la JP Lealtad, que propone el acatamiento de la política de Perón, y más tarde la escisión de la columna de Sabino Navarro, que propone por el contrario acentuar las críticas a la gestión del gobierno. Las FAP se dividen también sobre la conducta a adoptar frente al gobierno, las FAL se subdividen en varias columnas. El crecimiento de los diferentes grupos parece detenerse hacia 1974, y decrecer regularmente en 1975. Es en ese momento, se puede percibir un aislamiento progresivo de la organizaciones de la NI. De ser un componente importante de la oposición al régimen militar y gozar de un consentimiento relativamente amplio, estas aparecerán cada vez más como estructuras militares enfrentadas a la policía o a las Fuerzas Armadas. El tipo mismo de acciones que desarrollarán Montoneros y el ERP a partir de 1974 evidencian una lógica cada vez más clara de guerra de aparatos a la que la población asiste como espectadora.

Lo que la NI no pudo pensar fue la efectividad de otras formas de representación y de legitimación que no fueran las propias, las de la guerra. La recreación de una escena política reintrodujo nuevas instancias de debate, de negociación, de adhesión y de identificación del individuo a la sociedad. Dentro o fuera del peronismo, la NI solo reprodujo su misma lógica de guerra, de enemigos y terminó aislándose cada vez más.

Este fenómeno se agudiza con la aparición de grupos terroristas de derecha, por la persecución y el asesinato de gran cantidad de militantes sindicales de la NI por el solo hecho de oponerse a las estructuras sindicales tradicionales y alimentado por las características autoritarias del Peronismo. La lógica autoritaria y de exclusión, la de la NI y de sectores del peronismo, la de la NI y de sectores del peronismo, la de la NI y la de las fuerzas de represión, se realimentará continuamente en esta guerra, en la que la banalización de la violencia abrirá el camino para la exterminación física de los integrantes de la NI a partir de 1976.⁴³

La NI creyó inventar un lenguaje, una nueva forma de tomar posiciones frente a la política. Sin embargo, en gran parte su lenguaje fue el espejo de la sociedad en la cual emergió: una sociedad en la que el otro era el enemigo, como lo fue sucesivamente la oposición en 1945/55; el peronismo entre 1955 y 1973; las fuerzas opuestas al régimen militar entre 1966 y 1973. Una sociedad en la que la política es pensada como instrumento en manos de quienes gobiernan, ya sea para acallar el otro, para excluirlo, o para fijar las condiciones de su admisión. Una sociedad en la que cada definición encuentra necesariamente su contrario en el otro, y que no admite más que dos enunciadores: peronismo / antiperonismo, imperialismo / nación, unitarios / federales, civilización / barbarie, burguesía / proletariado, pueblo / oligarquía, y en la que la única actitud resultante es la eliminación del contrario.

Entre 1968 y 1973 la NI intentó ocupar y por momentos ocupó, el lugar de contraenunciador radical ante el gobierno militar. El peso que adquirió no fue dado por el hecho de que se inscribiera en una lógica diferente. En todo caso, llevó la lógica de exclusión a una expresión extrema - incluso desde el punto de vista material, la eliminación física del otro-. Y fue la radicalidad de su propuesta,

⁴³ Esa exterminación se inició en 1973 con la Triple A, organización de ultraderecha, que llevó a cabo numerosos atentados contra personalidades de izquierda. El primer atentado registrado de la Triple A tuvo lugar el 21 de noviembre de 1973, cuando —como represalia por el asesinato del sindicalista conservador José Ignacio Rucci a manos de los Montoneros un mes antes— colocó una bomba en el automóvil del senador radical Hipólito Solari Yrigoyen.

frente al otro -el régimen militar- igualmente radical, la que la hizo aparecer como alternativa.

Al reproducir una lógica de guerra, de exclusión, la NI contribuiría a la profundización de la crisis de la que emergiera.

2. Las producciones escritas de la Historia, la Historia Oral y el periodismo de investigación: otras lecturas

Demostrando que la historia es política, varios fueron los caminos que adoptó la historiografía para reflejar a su modo el complejo período conocido como "Los 70".

Hubo una versión oficial de los hechos producida por los actores del golpe de Estado del 76 y hubo una versión corregida desde el oficialismo a la hora de la primera revisión, ocurrida durante la administración alfonsinista. Hubo relatos acrícos de reivindicación y homenaje desde la perspectiva de las víctimas y hubo intentos críticos tanto desde el campo de los vencidos como de los vencedores del conflicto armado.

La mayoría de los escritos sobre el período se basan principalmente en impresiones, mitos y discusiones, y pocas veces se encuentran investigaciones de los hechos históricos que construyan interpretaciones. La historiografía existente describe la guerrilla setentista como de clase media y peronista y es difícil encontrar estudios de la izquierda guerrillera. Así, de acuerdo con Pozzi (2000), es escasa la investigación sobre la clase obrera, el movimiento estudiantil y las organizaciones políticas revolucionarias; cuando aparecen están ligadas a la violencia o se las considera ajenas a la sociedad.

Sólo dos obras se produjeron en los primeros años del revisionismo de los 70 que pueden considerarse como historias globales. Una de ellas es el trabajo de Richard Gillespie, *Montoneros -Soldados de Perón*, que se conoció en Argentina en 1987. La otra, *Tiempo de violencia y utopía* de Oscar Anzorena (1998), que es ampliación y revisión de un trabajo anterior, realizado con modestos medios.

Con una metodología de investigación ortodoxa y rigurosa, el libro de Gillespie posee un poderoso aparato erudito que abunda en fuentes primarias y secundarias. El historiador británico para poder dar a conocer su libro en el país, debió someterse a dos condiciones que no alcanzaron a empañar la calidad de la investigación. La primera fue la de darla a traducir a intérpretes españoles -no argentinos-, que incorporaron giros idiomáticos improcedentes y hasta ridículos. La segunda, fue prologar el libro con un texto de Félix Luna que, al glosar sin sutilezas la "teoría de los dos demonios", contradice de manera flagrante los contenidos conceptuales de la obra.

Al libro de Gillespie se lo considera la historia más completa que se haya escrito sobre el surgimiento y desarrollo de los Montoneros. El periodo 1970-1973 es abordado esencialmente bajo el ángulo de la creciente actividad militar de Montoneros, la descripción de los operativos de mayor envergadura -el asesinato de Aramburu, el copamiento de La Calera-, y la progresiva confluencia alrededor de Montoneros de otros grupos armados peronistas, a medida que crece el impacto de su acción, y pese a la precariedad de su estructura y al reducido número de sus integrantes hasta 1971/1972. Analiza también la progresiva identificación JP-Montoneros, cuya importancia estará dada por el enorme desarrollo de la Juventud en el año 1972.

Gillespie subraya la gran capacidad de movilización de la izquierda peronista en este periodo, recalcando que esta es mucho más marcada entre los sectores juveniles de las capas medias que en el seno de los sectores obreros. Para el autor, Montoneros no advirtió a tiempo cuál era la verdadera política que proponía Perón, y siguió explicando las diferencias entre el gobierno y su propia

propuesta como resultado de un error, o del cerco a que Perón era sometido por la derecha del Movimiento.

El interés mayor del libro es la documentación de primera mano de las diferentes vertientes de la izquierda peronista, de los grupos católicos de los años 60, así como de un gran número de informaciones confidenciales recogidas en Argentina durante dieciséis meses entre 1975 y 1976, y referidas a la biografía de numerosos dirigentes Montoneros o a discusiones y documentos internos de esta organización. Es una fuente de información de primer orden sobre el surgimiento y la destrucción de la organización armada no estatal de mayor magnitud de la Argentina del siglo XX.

En *Tiempo de violencia y utopía*, Oscar Anzorena adopta una clara posición ética frente al terrorismo de Estado y sus víctimas, pero no se deja ganar por el discurso excluyente enunciado desde los panegiristas actuales de las organizaciones armadas. Y debe destacarse además que, por su consecuencia con el razonamiento a que lo conduce el análisis de la abundante documentación que cita, Anzorena se instala en una posición muy polémica respecto de las versiones corrientes sobre el tema, que tienden a olvidar al movimiento de masas como principal actor del proceso político de la época.

Tiempo de violencia y utopía es un trabajo constante de inducción, que relaciona los discursos políticos de diversos actores del drama histórico con los hechos que cada uno de ellos produce. Con ellos, construye la trama histórica que identifica con rigor al período. Y, sin abrir juicios de valor, deja librado al lector el balance sobre los aciertos y errores tácticos y estratégicos de las fuerzas políticas comprometidas en el conflicto: no se deja ganar por el subjetivismo de los protagonistas que analizan su propio pasado.

Daremos cuenta ahora de otras obras que han contribuido al estudio de la guerrilla desde distintas disciplinas y con distinto rigor de acuerdo con intenciones académicas o periodísticas.

En "Anomia social y violencia o la lucha armada como actitud", su autor, Peter Waldman, analiza lo que él denomina un aspecto parcial del surgimiento de esa violencia. La lucha armada resulta de una determinación del campo cultural, de una degradación de las normas, valores tradicionales y pautas de conducta. Degradación que el autor va a explicar por las tensiones entre modernización y factores ideológicos tradicionales, de frustraciones colectivas o de estancamiento económico.

Para el autor, la guerrilla no representa ninguna novedad, sino la culminación momentánea de esa tendencia agresiva que también puede observarse en muchos otros sectores sociales. Hay que partir de la premisa de que su aparición era probable y previsible mientras que no se le interpusieran factores que la frenaran y la controlaran.

Para mostrar que la lucha armada fue resultado de una degradación de las normas, valores tradicionales y pautas de conducta, va a tomar tres aspectos que supone especialmente receptores: la evaluación de la criminalidad violenta, la frecuencia de divorcios y la cantidad de seminaristas y ordenaciones sacerdotales.

Una vez planteadas las condiciones morales, Waldman analiza las condiciones políticas para el desencadenamiento: el régimen militar 1966-1973. La violencia del régimen produjo, según el autor, la violencia de abajo, para decir que fue la polarización del conflicto social entre los militares y el conjunto de la sociedad, el apoyo de Perón a estos movimientos -franqueando el abismo que separaba a estos grupos de los sectores moderados- y el levantamiento popular en Córdoba lo que constituyeron esas condiciones políticas.

La liberación relativa del régimen militar y los cambios de rumbo en el gobierno peronista en 1973-74 estimularon el desarrollo de la violencia armada. Para el autor, era improbable que la guerrilla se convirtiera en un gran movimiento revolucionario dadas las características de los argentinos y la represión de derecha. El análisis introduce un tema poco estudiado: la cultura de

la violencia. Un factor que estaría olvidando el autor es la depreciación real imaginaria de la democracia y de lo político como campo de resolución de los conflictos. Las distintas formas de interpretar la sociedad no pueden ser deducidas en forma directa de condiciones morales, sociales económicas o políticas. Deben ser estudiadas en sus relaciones específicas con el mundo exterior a ellas mismas, las derivaciones a priori pueden dar integraciones falsas al invertir el análisis.

Montoneros, la soberbia armada de Pablo Giussani es un libro publicado en 1984 fue escrito por un difusor de las ideas que luego tomaron las organizaciones armadas. Pablo Giussani fue el fundador y director de la revista *Che* a principios de los años 60.

El libro es una crítica mordaz e irónica de los distintos aspectos de las expresiones ideológico-políticas de los Montoneros. Sitúa la contraviolencia como causante del cambio autoritario, de promoción del fascismo en los regímenes latinoamericanos. Para el autor, gran parte de la violencia que ensangrentó a la Argentina en los años 60 y en la década del 70 fue una contienda entre dos simétricos totalitarismos militares, que asimilaban toda actividad política a las leyes de la guerra y que mantenían utilitariamente regimentadas a sus respectivas civilidades en el papel de escuderos.

Muchas preguntas deja abiertas el texto. Se trata de un trabajo interesante construido a partir de recuerdos de alguien que observó el fenómeno desde un ángulo lateral, el de la cultura de izquierda peronista, con sus aspectos estimulantes y las falencias que pueden resultar de este ángulo de análisis.

También encontramos el libro *Los hechos armados. Un ejercicio posible* (1984) del sociólogo Juan Carlos Marín, que tiene como objetivo demostrar por medio de las cifras de enfrentamientos, muertos y heridos, acciones violentas que la oposición entre partidarios de la muerte –la guerrilla- y partidarios de la vida – la burguesía, el enemigo- no solo oculta la realidad de la guerra, sino que es estadísticamente falsa. Las premisas de las que parte el autor es que todo

conflicto, todo enfrentamiento expresa más allá de su forma, un sentido que los trasciende –en enfrentamiento entre la burguesía y el proletariado-. El trabajo de Marín no es muy útil porque es, sobre todo, un estudio producido en CICSO, sociológico, va de la teoría a los datos, acomodando los últimos a la primera. Pero representa todo un sector de analistas.

En *Los deseos imaginarios del peronismo. El fascismo de izquierda* (1983), Juan José Sebreli analiza la ideología de izquierda peronista a la que el autor caracteriza de fascismo de izquierda. El libro hace su aporte en el análisis del autoritarismo. No se explica por qué surgieron los montoneros. Otro problema es el de la asimilación de la categorización de fascismo de izquierda a la organización montoneros, derivándolo solamente de su pasado en la derecha nacionalista; en organizaciones de origen no peronista, como el PRT, encontramos ideas que no difieren de las de los Montoneros. La caracterización de fascismo de izquierda puede parecer así poco explicativa de un fenómeno tan complejo como el de la existencia de los Montoneros.

Otra socióloga María Matilde Ollier, en *El fenómeno insurreccional y la cultura política (1969-1973)*, estudia el lenguaje de la guerrilla peronista en el que encuentra un fuerte contenido autoritario. En tanto en *La creencia y la pasión. Privado público y político en la izquierda revolucionaria* (1986), tiene como objetivo entender las instancias que favorecieron el desarrollo de la identidad revolucionaria de los jóvenes de las décadas del 60 y del 70. Con el fin de realizar un microanálisis, recurre para ello a las historias de vida⁴⁴ y así explora la subjetividad de los actores del conflicto para dar cuenta de cuál fue la intervención de las dimensiones privadas, públicas y políticas en el aprendizaje radical que los sobrevivientes atravesaron en la formación de su identidad política revolucionaria.

⁴⁴ De acuerdo con G Magrassi y M Rocca (1990), la historia de vida es una metodología cualitativa típica dentro del vasto campo de los estudios de documentos personales en las ciencias antropológico-sociales.

En *Los del 73. Memoria Montonera*, Gonzalo Leonidas Cháves y Jorge Omar Lewinger (1998) exponen una visión de la militancia con el método de la lucha armada en la organización Montoneros. Las historias personales de Gonzalo Cháves y Jorge Omar Lewinger son aportes sobre las fuentes, la formación, los bagajes conceptuales, los héroes, que confluyeron desde el activismo de la Resistencia Peronista y desde la izquierda marxista, para construir los aportes de la tendencia revolucionaria del peronismo. Los autores se conocieron en Montoneros, traían un bagaje de experiencias políticas y culturales diferentes.

Marta Diana (1996) en *Mujeres guerrilleras. La militancia de los setenta en el testimonio de sus protagonistas femeninas*, rastrea, a partir de la búsqueda de historias personales los motivos que llevaron a tantas mujeres argentinas en la década del 70 a ser guerrilleras. Se trata del testimonio de mujeres que dan cuenta no solo de acciones en la lucha armada sino también su condición femenina en su lucha contra conceptos arraigados en jefes, compañeros y maridos.

Gabriel Rot (2000), en *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina. La historia de Jorge Ricardo Masetti y el Ejército Guerrillero del Pueblo*, parte de la idea de oscuridad que rodea a los orígenes de la izquierda armada argentina, particularmente presenta la experiencia del Ejército Guerrillero del Pueblo que lideró Masetti en 1964 en el norte argentino. G. Rot reconstruye el itinerario de la vida del Comandante Segundo, con el fin de entender el proceso histórico en el que esa vida se inscribe. El libro ofrece a partir de muchos testimonios, fuentes de primera mano, registros fotográficos y documentos transcritos todo el dossier sobre Masetti y los orígenes del guevarismo en la Argentina. El relevamiento documental aparece subordinado a una narrativa que alterna con el relato de los hechos con la reflexión política.

El proyecto de Masetti es visto como uno de los momentos liminares de la estrategia continental de Ernesto Guevara. Aplicación casi en estado puro de la teoría del foco del Che, la trágica experiencia de Masetti en Salta anticipa en menor escala la tragedia del Che en Bolivia.

En 1996, Bonasso analiza, con elementos ensayistas/ficcionales, los 40 días del gobierno de Cámpora que estuvieron muy vinculados a la acción de los Montoneros. En 1998, Eduardo Anguita y Martín Caparrós, en *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*, cuentan historias de vida de diferentes militantes de la izquierda, desde sus orígenes hasta 1973. En este caso, los tres tomos de la obra constituyen una reconstrucción novelada, ponen el acento en la estructuración del relato. A partir de testimonios de protagonistas de los años 60 y 70, con ausencia de documentos de las organizaciones que protagonizaron las acciones de mayor significación política, se hace presente una historia a-valorativa de sucesos y testimonios.

De acuerdo con Pablo Pozzi en “Los perros” (1996), existen básicamente cinco estudios del PRT-ERP realizados por antiguos miembros. Los menos valiosos de estos cinco son los de Enrique Gorriarán Merlo, Julio Santucho y el Partido Revolucionario de los Trabajadores. El libro de Gorriarán Merlo, un ex dirigente del PRT-ERP, toma la forma de una larga entrevista por el periodista Samuel Blixen y es notable tanto por lo que dice como por lo que calla. Su principal argumento es que el PRT-ERP nació alejado de las tradiciones nacionales y fue, por lo tanto, incapaz de entender la realidad argentina, para ser eventualmente derrotado. El libro de Julio Santucho, un hermano del Secretario General del PRT Mario Roberto Santucho, contiene una serie de anécdotas interesantes, postulando que el principal problema de la organización fue el haber sido trotskista. Finalmente, los restos del PRT publicaron su versión, que concuerda en términos generales con la de Julio Santucho, pero llega a la conclusión de que el PRT puede ser reconstruido sobre la base distinta de una confluencia entre el nacionalismo y el marxismo. Los tres trabajos son de naturaleza más bien política y no académica, basados principalmente en memorias y en documentos partidarios publicados con anterioridad. (Pozzi, 1996)

Presentan mayor interés los estudios de ex Secretario General del PRT, y sucesor de Santucho, Luis Martín, y el de la periodista María Seonae. La obra de

Martín se basa en su experiencia personal, como uno de los principales cuadros del PRT, y en una gran cantidad de documentos no publicados que se encuentran en su posesión. Aunque su análisis es muy rígido –por ejemplo, se lanza en una larga discusión sobre si el PRT era una organización marxista o no, para llegar a la conclusión de que representaba la democracia revolucionaria tal como la define la Academia de Ciencias de la URSS-, el libro es útil para comprender los cambios en la línea política, para seguir los debates internos, para reconstruir la estructura del PRT y para registrar muchas de sus actividades a través de veinte años. Sin embargo y a pesar del título, esta riqueza informativa no alcanza a los hombres y mujeres que se organizaron en el PRT-ERP.

Martín es también una de las fuentes usadas por Seoane para su biografía periodística del líder del PRT. Esta biografía logra hacer de Santucho un ser humano comprensible, aunque no logra explicar las debilidades y fortalezas del PRT. La obra de Seoane contiene riqueza informativa sobre la vida cotidiana en el PRT. Esta información fue obtenida, en gran parte, a través de extensas entrevistas con los sobrevivientes de la familia Santucho, con el mismo Martín, con algunos otros cuadros del PRT y con políticos tradicionales y oficiales del Ejército.”(Pozzi, 1996)

Más allá de las memorias personales y los ensayos periodísticos, la investigación sobre la guerrilla argentina ha tardado en llegar.⁴⁵ Los trabajos, que circulan, responden a distintas orientaciones ideológicas, a distintas áreas del conocimiento, pero fundamentalmente, al trabajar en su mayoría con fuentes escritas, no dan cuenta de algunos interrogantes que sí se hacen los historiadores orales a la hora de ir en busca de testimonios que aporten conocimiento acerca de su experiencia en los distintos grupos.⁴⁶ Se trata de aquellos temas relacionados con la identidad

⁴⁵ Hemos dado cuenta de los textos de historia oral sobre la guerrilla en la introducción.

⁴⁶ Aquí distinguimos la historia oral de los relatos de vida y de las investigaciones periodísticas de las que dimos cuenta más arriba.

de las organizaciones guerrilleras: cómo estaban conformadas, quiénes eran los guerrilleros, qué expectativas tenían, cómo se relacionaban con la sociedad, cómo era la cultura partidaria.

Particularmente, en los últimos años, los desarrollos de la historia oral en la Argentina exhiben, junto a una gran capacidad de expansión, algunas fuertes marcas de identidad. Una de ellas remite a un campo de problemas que ha sido y continúa siendo intensamente transitado bajo aquel prisma: el del mundo de la militancia de los años 60 y 70. Las principales líneas apuntan a analizar la construcción y desarrollo de diversas culturas políticas a través de las experiencias de distintas generaciones de militantes y las perspectivas político-ideológicas que desplegaron y despliegan; abocados en general al estudio de grupos y organizaciones de izquierda marxista y peronista.

Así, esa controvertida década de 1966-1976 se hace propicia para la incursión de la historia oral, en la búsqueda de nuevas visiones historiográficas que den cuenta de la militancia como fenómeno social. Los discursos producidos en ese sentido tienen como objeto de estudio la militancia guerrillera en los años setenta, y desde allí se construyen y re-construyen la memoria, la violencia, el compromiso, la cultura de esa etapa de la historia argentina.

CAPÍTULO 3: Los “otros” y la enunciación en la Historia Oral

La historiografía (es decir “historia y escritura”) lleva inscrita en su nombre propio la paradoja –y casi el oxímoron- de la relación de dos términos antinómicos: lo real y el discurso. Su trabajo es unirlos, y en las partes en que esa unión no puede ni pensarse, hacer como si los uniera. (de Certeau 1993, 13)

¿De qué está hecho el discurso de la historia oral? Esta pregunta nos remite a la cuestión sobre la especificidad del discurso histórico. Narración vs. explicación / interpretación pareciera constituir un debate superado. Especialistas en historia y en discurso coinciden en afirmar que, en la mayor parte de las producciones históricas, confluyen ambas formas.

Si bien el carácter narrativo de la historia es un elemento determinante en la construcción de un texto histórico, la explicación e interpretación no pueden estar ausentes. La narración permite hacer inteligible un acontecimiento cuya existencia como acontecimiento histórico viene dada por su inclusión y pertenencia a alguna narración (crónica, leyenda, prensa escrita, narración oral). En la narración los acontecimientos se seleccionan, se incluyen, se excluyen, se silencian y adquieren significación. Pero, también la explicación e interpretación "se establecen en la inteligencia sintagmática del discurso y finalmente en su puesta en discurso que lleva a su reconocimiento. En este nivel, adopte la forma que adopte, el texto necesita ser reconocido como texto de historia".⁴⁷ (Lozano, 1994,173)

Para de Certeau (1993), la historia como proceso científico toma como objeto “lo real” en dos sentidos. Puede referirse a lo *conocido* (lo que el

⁴⁷ Es necesario diferenciar aquí el sistema de construcción del texto de divulgación histórica. Los textos de divulgación son los que podrían con más derecho corresponder a la categoría de *historia*, ya que se trata de un relato histórico en el que están ausentes aquellos mecanismos textuales que manifiestan los procedimientos de investigación que el historiador establece. (Lozano 1994, 91)

historiador estudia, comprende o “resucita” en una situación pasada) y lo real como *implicado* por la operación científica (la sociedad actual a la que se refieren la problemática del historiador, sus procedimientos, sus modos de comprensión y finalmente una práctica de sentido).

Por una parte, lo real es el *resultado* del análisis, y por otra, es su *postulado*. Estas dos formas de la realidad no pueden ni eliminarse ni reducirse la una a la otra. La ciencia histórica se apoya precisamente en su relación mutua. Su objetivo propio es el desarrollo de esta relación en un discurso. (de Certeau, 1993, 51)

En distintos períodos o grupos, la ciencia histórica se moviliza de preferencia hacia uno de los dos polos. De Certeau reconoce que hay dos especies de historia, según la atención que prevalezca con respecto a lo real, sin embargo los casos en que hay mezcla de las dos especies superan a los casos puros.

Entre las dos formas hay tensión, pero no, oposición. El historiador se halla en una posición inestable. Si da la prioridad a un resultado “objetivo”, si intenta colocar en su discurso la realidad de una sociedad pasada y si desea devolver la vida a un desaparecido, reconoce siempre en toda reconstrucción el orden y el efecto de su propio trabajo. El discurso destinado a decir *lo otro* sigue siendo *su* discurso y el espejo de su operación. Por el contrario cuando vuelve a sus prácticas y examina sus postulados para renovarlos, el historiador descubre presiones que se originan más allá de su presente y que se remontan a organizaciones anteriores, de las cuales su trabajo es el síntoma no la fuente.

Fundada en el rompimiento entre un pasado, que es su objeto, y un presente, que es el lugar de su práctica, la historia no cesa de encontrar al presente en su objeto y al pasado en sus prácticas. Está poseída por la

extrañeza de lo que busca, e impone su ley a las regiones lejanas que conquista y cree darles la vida. (de Certeau, 1993, 51-52)

Weinrich (1974) afirma que como todo historiador no se contenta con contar el pasado, sino que también quiere comprenderlo, explicarlo, interpretarlo, enseñarlo, todo texto histórico presenta un doble aspecto: contar y también comentar. (Weinrich, 1968: 89-90)

El texto de historia científica utiliza el comentario mediante el cual el historiador muestra su actitud y posición, frente a otras interpretaciones o comentarios sobre los mismos hechos que narra, sanciona resultados, orienta al lector sobre el significado de los hechos y de las interpretaciones, modaliza expresiones que apuntan a la certeza, la duda, la incertidumbre y alterna enunciados constatativos y enunciados performativos, variando la fuerza ilocucionaria de los enunciados, según sus afirmaciones y argumentaciones.

Weinrich también hace referencia al estatus de verdad del mundo comentado y del mundo narrado. El mundo comentado tiene su propia verdad, su contrario es el error y la mentira; y el mundo narrado tiene su propia verdad, cuyo opuesto es la ficción. Así, cuando el historiador narra hechos, su verdad se constata con la ficción; cuando comenta, su verdad se opone al error y a la mentira: universos cognitivos diferentes que coexisten en un mismo texto.

Estas “dos historias” que inevitablemente confluyen en el discurso plantean la presencia de dos universos cognitivos, con estatus de verdad –en principio- propios y diferentes.

Narración e interpretación, lo real como resultado y como postulado, narración y comentario, todos ellos modos de describir el discurso de la historia. ¿Son también los modos del discurso de la historia oral? ¿También ella, al poner en relación lo real con el discurso, hace un *como si*? Se trata de describir una escritura que trae algunas sospechas de científicidad porque *muestra* en lugar de

ocultar. Interesa entonces la relación que el historiador / enunciador establece con lo que estudia, pues aquí los *otros* son los entrevistados y su memoria, testimonios que se convierten en fuente documental.

La propuesta del presente capítulo es, en primer término, examinar qué lugar ocupan ambas formas de “hacer historia” en los materiales de investigación, de modo que esta indagación nos permita explicar la naturaleza de la historia oral en cuanto a la forma enunciativa que adquiere su escritura. En segundo término, a partir del análisis de las modalidades enunciativas en los textos del corpus, nos proponemos reconocer cuál es la relación que el enunciador establece con lo que dice para observar el estatus de verdad del discurso de la historia oral.⁴⁸

1. Los planos de la enunciación: Historia y Discurso

Para iniciar el análisis de la forma en la historia oral, revisaremos las propuestas de autores que, desde Benveniste, han distinguido en la enunciación diferentes planos.

Benveniste (1966) distingue dos sistemas que son la manifestación de dos diversos planos de enunciación: *historia* y *discurso*. Con estos conceptos, el autor afronta la definición de los procedimientos textuales de objetivación y de subjetivación.

La *enunciación histórica* caracteriza la narración de los acontecimientos pasados. Se trata de la presentación de los hechos acaecidos en un determinado tiempo sin ninguna intervención del hablante en la narración. Desde el momento que son registrados y enunciados en una expresión temporal histórica se

⁴⁸ En este capítulo, el análisis estará centrado en la distribución de las formas enunciativas en los textos y la relación que esas formas establecen entre sí.

encuentran caracterizados como pasados. En cambio la *enunciación discursiva*, se caracteriza por la copresencia de dos o varios interlocutores que lo elaboran conjuntamente, en una relación intersubjetiva presente y real. En tanto, la *historia* reduce la subjetividad a través de la persona del narrador, es un discurso cerrado que se presenta como escena radicalmente extraña a la instancia de la enunciación.

Los estudios de enunciación posteriores a Benveniste (Lozano, 1994: 192) han mostrado que la mayoría de los textos no presentan formas puras de discurso o de historia, sino que alternan ambas, según se propongan producir efectos de objetivación o subjetivación del discurso.

El aporte de Weinrich (1974) sobre el tema es valioso porque estudia el uso de los tiempos verbales en los textos desde una perspectiva comunicativa. Coincidiendo con la orientación enunciativa de Benveniste, defiende el estatuto subjetivo del tiempo en la lengua.

Para Weinrich, el verbo con sus morfemas de tiempo y modalidad tiene el valor de poder ser usado para organizar la predicación como no se puede hacer con ninguna otra categoría gramatical, ya que proporciona pistas recurrentes de los dos modos fundamentales de representar la realidad: como *relato* o como *comentario*.

El hablante selecciona un origen y en principio se adecua al uso de unos tiempos y modos verbales que concuerdan con este origen a lo largo del texto. Así un texto narrativo es fácilmente identificable por su anclaje enunciativo en la deixis temporal de la narración. De esta manera, la aparición recurrente de un grupo de tiempos verbales en un texto funciona como una llamada a la conciencia del oyente o lector para que considere aquello que se representa a través del discurso como algo que lo implica (*mundo comentado*) o como algo que lo libera

de la coerción de la situación y que lo emplaza en un escenario distinto (*mundo narrado*).⁴⁹

Según Weinricch, los tiempos verbales más allá de su valor deíctico estricto en relación con el momento de la enunciación, tienen un valor simbólico y estructurador de los diferentes tipos de discurso. Mientras que la narración es el espacio de los juegos de los tiempos del pasado, en la explicación tiende a dominar el presente, así como en la descripción, aunque, en este último caso, depende de cuál sea el entorno en el que se sitúa una descripción. Para la argumentación, el futuro y el condicional son los tiempos más apropiados.

J. Simonin-Grumbach (1975), en la tradición de la lingüística francesa, avanza sobre los trabajos de Benveniste proponiéndose aportar con sus reflexiones a una “tipología de los discursos”. Punto de partida de este enfoque es la distinción establecida por Benveniste entre *discurso* e *historia*.

La autora observa que hay numerosos textos que no pueden reducirse a esa distinción tan tajante. La propuesta de la autora se basa en las diferentes relaciones que pueden establecerse entre enunciado y enunciación. Para ello parte de una reformulación de la hipótesis de Benveniste, distinguiendo entre situación de enunciación y situación de enunciado; llama *discurso* a los textos en que hay una referencia a la situación de enunciación e *historia* a los textos en que la referencia remite al texto mismo, es decir, a la situación de enunciado. Según la autora, no se trata de que haya o no deícticos en la superficie textual sino de que estas formas remitan a la situación de enunciación o al texto mismo.

Simonin-Grumbach (1975) argumenta que el criterio definitivo para clasificar un texto como discurso o como historia no es ni la presencia o ausencia de deícticos aparentes (los deícticos sólo son auténticos cuando la situación de enunciación queda implícita) ni los tiempos verbales predominantes, sino el que

⁴⁹ Weinrich (1968) afirma que el locutor usando los tiempos del comentario da a entender que para él es oportuno que el receptor, al recibir aquel texto en cuestión, asuma una actitud de tensión, mientras que con los tiempos narrativos da a entender por oposición que el texto en cuestión debe ser recibido en estado de distensión. (pp. 71-75)

los acontecimientos están localizados por referencia a la situación de enunciación “real”, productora del texto, o por referencia a una situación de enunciación interna al texto, producida, representada.

Así, debido a los anafóricos, que remiten a una situación de enunciación textual, prácticamente todo texto escrito queda -para esta autora- incluido en la categoría de “historia”, pues incluso cuando pone un ejemplo que califica “típico del discurso”, demuestra que la situación de enunciación está totalmente implícita en la presentación de los verbos de modalidad.

Con esta preocupación por la situación de enunciación “real” o “ficticia”, las diferencias de procedimiento fundamentales en la estructuración del texto y determinantes de las modalidades de recepción por el aspecto relacional que implican, quedan borradas o relegadas a un aspecto secundario, mientras que un aspecto para nosotros secundario resulta el único determinante pues esa localización “real” pasa por alto también la construcción de un espacio, tiempo y personas propios de cada texto.

Se podría además argumentar contra la conclusión de Simonin-Grumbach que si nos atenemos al criterio de “objetividad”, no de ausencia de marcas de presencia del sujeto en el texto, ningún texto podría en pureza adscribirse a la categoría de *historia*.

Las formas textuales, sean categorías verbales, adverbiales, pronominales u otras, se engarzan para formar el entramado de un discurso personalizado o despersonalizado: aquel en que el sujeto se presenta a sí mismo o aquel en que se borra de la superficie discursiva. En el primero, junto al anclaje de los hechos o acontecimientos de que se habla respecto al /yo, aquí, ahora/, se da también la representación en el texto del /tú/ interlocutor. A esta representación textual de la enunciación se ha llamado enunciación enunciada (Greimas y Courtés, 1982, 128) y las personas /yo/ y /tú/ que aparecen en estos textos no son sino personajes del enunciado, no de la enunciación. Si identificamos al sujeto enunciador con el /yo/

del texto autobiográfico o conversacional tendríamos que pensar que en los textos despersonalizados (enunciación objetivada) no hay tal sujeto cuando lo que falta en realidad es su manifestación, así como la manifestación de actitudes respecto a lo enunciado (modalizaciones enunciacionales). (Lozano, Peña-Marín y Abril, 1982)

Como consecuencia de la distinción de Benveniste se habló de relato más que de historia y especialmente se reformuló la oposición *discurso/historia* ampliando la oposición a un *plano de enunciación anclado* y un *plano no anclado*. Desde esta perspectiva enunciados no anclados pertenecen al plano del relato aunque no sean narrativos. Esta postura implicó una serie de equívocos porque espontáneamente se interpreta “relato” como “narración”. Asimismo, la restricción de *discurso* a los enunciados anclados es inadecuada, porque excluye del campo del *discurso* a los enunciados no anclados. Para remediar esta doble dificultad, Maingueneau (1993) propone distinguir entre plano anclado (el ex discurso) y plano no anclado (el ex relato) y reservar el término de *relato* para los enunciados no anclados narrativos.⁵⁰

En la tarea de reconocer los modos de funcionamiento discursivos de la historia oral⁵¹, nos interesan los procedimientos de localización, las formas verbales, las modalizaciones, porque conjuntamente definen estos textos. No podemos considerar central la localización deíctica o no deíctica para determinar el tipo de enunciación. Por ello, si bien utilizaremos los términos *historia* y *discurso*, lo haremos en un sentido amplio tal como lo concibe D. Maingueneau.

⁵⁰ Un proverbio, una definición de diccionario, no anclados, también pertenecen al plano no anclado, pero no al *relato*. (Maingueneau, 1993)

⁵¹ Esos modos son los que dejan intranquila a la comunidad científica puesto que cuestionan la producción canónica del discurso histórico. (Véase capítulo 1)

1.1. Los planos enunciativos

Los textos de nuestro corpus no presentan formas puras de *discurso* o de *historia*, sino que pasan de una a otra, aunque prevalezca una de ellas. En este sentido podemos hablar de producción de conocimiento histórico “científico”, tal como lo entendimos en la introducción de este capítulo.

Las sucesivas aproximaciones a los textos del corpus nos han mostrado que la historia oral se despliega con las características del discurso científico. Es decir, se encuentran en los textos aquellos mecanismos de demostración, explicación o posición del historiador frente a otras interpretaciones que requieren de la enunciación discursiva. Entonces, ¿cuál es la particularidad de este discurso? Vamos a examinar aquí las formas enunciativas.

Los textos del corpus, si bien heterogéneos en cuanto a su organización interna, despliegan una estructura enunciativa compleja, motivados –según sostenemos- fundamentalmente por la conjunción de la temática que desarrollan (la memoria de) y el uso de fuentes orales. Nos detendremos ahora en el estudio de los planos de enunciación de los textos con el fin de observar la construcción de los mismos.

En cuanto a la organización de los textos, en primer lugar, la introducción que constituye el marco de los artículos remite al nivel de la *historia*. Luego, una vez explicitada la enunciación enunciada, esta comienza a alternar con la enunciación objetivada en la que el primer marco constituye sólo una de las formas que adquiere.

Veamos las primeras líneas de algunos artículos⁵². Aquí observaremos como el marco se establece invariablemente en el nivel de la *historia*.

⁵² En adelante, el destacado de los ejemplos es nuestro. La referencia a los textos del corpus se da abreviada.

1. La década de 1966 a 1976 **fue** un período de crisis en la historia argentina contemporánea. **Comenzó** con la dictadura del general Juan Carlos Onganía y **terminó** con el golpe de estado del general Jorge Rafael Videla. (Pozzi, P., “Los Perros”, p. 101)

2. La década de 1966 a 1976 **se vio** signada por una intensa actividad política, un auge de masas y el crecimiento de la izquierda marxista y peronista. Este período **se inició** a grandes rasgos con la instauración... (Pozzi y Schneider, “Memoria y socialismo”, p. 40)

3. El período de movilización de masas que **se inicia**⁵³ hacia finales de la década de 1960 **fue** escenario de la emergencia de un conjunto de organizaciones político-militares de izquierda cuyos postulados y prácticas **atrajeron** a importantes sectores de una juventud que de diversas maneras **participaba** de un proceso contestatario sin precedentes. (Carnovale, V., “Jugarse al Cristo”, párrafo 1)

4. Hacia mediados de la década de 1960 **se habían consolidado** algunas tendencias que, íntimamente relacionadas, **dotaron** de una particular fisonomía a la región de Rosario –que, junto a Córdoba, **representaba** uno de los dos polos de desarrollo industrial más significativos del interior de la Argentina. (Águila y Viano, “Trabajador@s y militantes”, p. 179)

5. Estudiantes, trabajadores y empleados **protagonizaron** una amplia gama de luchas que **sintetizaron** en la insurrección popular conocida como el *Cordobazo* (1969). A partir de ese momento las luchas populares **fueron**

⁵³ Presente histórico.

acompañadas por una creciente actividad de organizaciones guerrilleras.
(Pozzi, P., "Los Perros", p. 101)

En los ejemplos, la ausencia total de marcas del locutor crea un efecto de objetividad y de verosimilitud debido a que se activa verbalmente el mundo de referencia. En este caso los elementos más claros de la expresión lingüística son la presencia de sintagmas nominales con referencia léxica y el uso de la tercera persona gramatical como indicación de que aquello de lo que se habla es un mundo referido, ajeno al locutor. Con la "no persona" o tercera persona no hay referencia a los responsables de la enunciación en la superficie del enunciado. También con el uso de construcciones impersonales o construcciones pasivas sin expresión del agente. Se trata de recursos que esconden o borran la presencia del hablante dando relevancia, por contraste, al universo de referencia.

Estos textos comienzan a construirse entonces en el nivel de la *historia*. Este nivel, en el que se da cuenta del contexto histórico (nivel 3 dentro de la enunciación objetivada), lo vamos a distinguir en adelante porque se construye a partir de fuentes escritas. Si bien no siempre se las explicita, los datos históricos que este nivel aporta provienen de fuentes escritas.⁵⁴

Los artículos necesitan entre dos y tres largos párrafos para dar cuenta del contexto histórico al que referirán. Se demora así el nivel del *discurso*. Pero, cuando este llega, lo hace para instalarse definitivamente. En adelante, su vigilancia atenta no deja que la *historia* regrese sin antes ponerle su marco, y aunque la *historia* que regresa ya no es la de las fuentes escritas (salvo pocas excepciones), ahora son los testimonios los que tienen la palabra con las particularidades que señalaremos.

⁵⁴ En efecto, fechas, nombres históricos y acontecimientos corresponden a la historia documentada.

En efecto, los textos del corpus, una vez desprendidos del contexto histórico (nivel 3⁵⁵), combinan el plano de la enunciación enunciada con el de la enunciación objetivada fundamentalmente de las fuentes orales.

6. Es probable que el paso de los años haya acentuado la dimensión crítica de muchos militantes a la hora de revisar su propio pasado y ello **puede evidenciarse** no sólo en los testimonios anteriores, sino también en el caso de aquellos que **estaban** firmemente encuadrados en la estructura de Montoneros aunque sus percepciones y sus cuestionamientos **apuntaron** en otras direcciones. (Águila y Viano, "Trabajador@s y militantes", p. 187)

7. Varios informantes **recuerdan** sesiones de "crítica y autocrítica" en su célula por cosas como ir al cine a ver la película equivocada ("escapismo"), o escuchar un tipo de música errado ("enajenación pequeño-burguesa"). Cuán generalizado **era** esto **es** difícil de juzgar. Sin embargo, al mismo tiempo, **existen** una gran cantidad de anécdotas sobre algunos cuadros de dirección, especialmente el mismo Santucho, que **parecen** demostrar un esfuerzo por tratar de ampliar los criterios culturales dentro de la organización. Por ejemplo, una militante **recuerda** con afecto que al regreso de un viaje partidario Santucho le **preguntó** si había ido a museos, al cine, o hecho turismo. **Dijo...** (Pozzi, P., "Los Perros", p. 109)

8. También encontramos expresiones que **se repiten** de una organización a otra como elementos de identidad y cohesión. Cada militante **habla** de *el partido* refiriéndose al propio y retomando una definición que **se inicia** con los comunistas de la década de 1920. Este lenguaje y estas tradiciones **fueron**, a su vez, marcadas por el cristianismo y por el peronismo. Para

⁵⁵ En general, este nivel no vuelve a ocupar lugar en el desarrollo de los artículos.

muchos la imagen del Che Guevara, muerto en Bolivia, **evocaba** un parecido con las representaciones religiosas de Cristo encontrando su explicación política en el concepto del *hombre nuevo*. El vínculo entre cristianismo y marxismo, a nivel de lo cultural, **fue** expresado por un obrero ferroviario:... (Pozzi y Schneider, “Memoria y socialismo”, p. 46)

Este ida y vuelta de los planos de la enunciación marca continuamente la progresión textual, de modo que raramente se encuentran párrafos puros que se instalen en un solo plano.

Abundan los ejemplos en que la enunciación enunciada (*discurso*) se conmuta⁵⁶ en enunciación objetivada (*historia*). Enunciación enunciada que no siempre está marcada por el deíctico de persona, sino con otros deícticos (lugar, tiempo) y modalizaciones, que se ocupan de mimetizar la contemporaneidad con el presente de la enunciación y de la recepción.

9. ... **nuestra** propuesta apunta a poner en discusión algunos planteos que revisten un carácter exploratorio sobre las prácticas de las/los militantes de dos de las más significativas expresiones de esta nueva izquierda peronista en el mundo del trabajo en la región Gran Rosario, en el período de intensa conflictividad social que se abrió en el país todo hacia 1968/69. (Águila y Viano, “Trabajador@s y militantes”, p. 179)

⁵⁶ Conmutación: cambio de nivel que supone tanto el embrague como el desembrague. Al cambio de nivel de la actitud de comentar a la de narrar (o del discurso a la historia) se ha llamado desembrague de la enunciación al enunciado y embrague al proceso inverso que va del enunciado a la enunciación. Al adoptar una u otra forma se instaura un distinto tipo de relación interlocutiva que afecta al sentido de lo enunciado, concretamente al modo en que es percibido.

10. [...] **esta** investigación se ha centrado en testimonios orales y en la más tradicional investigación de archivo. En términos de oralidad **hemos buscado** cuatro tipos de informantes. (Pozzi, P., “Los Perros”, p. 106)

Aún resta explicitar qué ocurre dentro de la enunciación objetivada. En ella hay que distinguir tres niveles. Estos refieren a:

T1- el momento de las entrevistas, año 1989 en adelante;

T2- los testimonios, entre los años 1966-1976; y

T3- el contexto histórico en que sucedieron los hechos, 1966-1976, construido a partir de fuentes escritas. (Ejemplos 1-4)

		T1: Tiempo 1 (Pretérito)
Enunciación enunciada Presente ⇨	Enunciación objetivada Pretérito ⇨	T2: Tiempo 2 (Pretérito)
		T3: Tiempo 3 (Pretérito)

Esta complejidad sin duda trae consecuencias en el momento de la lectura y comprensión. En el análisis, se hacen presentes varios interrogantes: ¿cuál es la función de cada nivel?, ¿qué aporte al conocimiento histórico realiza cada uno de ellos?, ¿se establece una jerarquía entre ellos?

En primer lugar podemos ordenarlos de acuerdo con su relación con la enunciación enunciada. El nivel de las entrevistas (T1), más cercano al tiempo de la enunciación enunciada, es el que da lugar al de los testimonios (T2). Aquel

transcurre en un pretérito cercano al tiempo de la enunciación y el de los testimonios (T2); anclado en el presente de las entrevistas, hace referencia al pretérito del nivel 3 con importantes diferencias, dadas por el mundo de referencia al que aluden. El nivel 1 constituye el marco histórico del nivel 2 y a su vez el nivel 3 también enmarca enunciativamente al nivel 2.

Con respecto al nivel 2, en palabras de Courtés (1997: 367-374), se trata de una enunciación citada, simulacro de enunciación. La enunciación citada es posible por el sincretismo de roles que pueden asumir los actores en el relato. Estos pueden pasar de la dimensión pragmática, de ser actores que realizan acciones de diversa índole en el nivel de lo enunciado, a la dimensión cognoscitiva, en tanto pueden volverse momentáneamente sujetos de una enunciación citada. Este simulacro de enunciación pone en escena la construcción del conocimiento tal como es pensada por la historia oral.

En los ejemplos que siguen se pueden observar diferentes enunciaciones citadas en las que la referencia al pasado se realiza desde el presente de la enunciación y la primera persona.

11. [T2] El vínculo entre cristianismo y marxismo, a nivel de lo cultural, fue expresado por un obrero ferroviario:

[T1] “El socialismo **era** para mí una forma de compartir las cosas, de distribuir bien las riquezas del país, una idea muy sencilla del socialismo. Yo todavía **tenía** una idea muy este... **se puede decir** que no **era** un marxista porque no **conocía** a fondo el marxismo, y mi problemática dentro de las ideas cristianas en cierta manera se fueron adaptando, no **era** una contradicción para mí.” (Pozzi y Schneider, “Memoria y socialismo”, p. 46)

12. [T enunciación]Para el PRT-ERP, entonces, héroe es el guerrillero que cae en el combate, es aquel que muere asesinado a sangre fría, es aquel que muere luego de conocer las formas extremas del sufrimiento físico, la tortura. Sin algunos de esos componentes, definitivamente, no hay héroes.

[T1] *Dentro de los cánones del Partido, ¿quiénes eran los héroes?*

[T1] “Héroe es el que lo mataban, ése era el héroe... los héroes de Trelew. O el Che Guevara. Esos eran los héroes. Más héroes que los que triunfaban (...) bueno, una tortura donde el tipo muere sin cantar a nadie, porque lo revientan, también es un héroe (...) Pero una persona que no canta a nadie y se salva ... no es un héroe. (...) Eso es lo esperable de un compañero.”⁵⁷ (Carnovale, V., “Jugarse al Cristo”, p. 4)

13. [T1] (...) los entrevistados expresaron no tener miedo a la violencia guerrillera. Al decir de un informante, [T2]“a mí no me iban a hacer nada, el problema era el jefe de personal”. [T1] Sin embargo varios mencionaron que el accionar de la guerrilla sirvió como desencadenante de la represión en el lugar de trabajo. Al decir de uno, [T2] “venían los guerrilleros, tomaban la fábrica por un rato, repartían volantes y se iban. Después venía el ejército apretaba a todo el mundo y se llevaba a alguno”. (Pozzi, P., “Los Perros”, p. 118)

14. [T2] En general, la aproximación hacia la clase obrera comenzaba detectando un simpatizante dentro de la fábrica, al cual se incorporaba a la organización y se apoyaba desde afuera, a través de una tarea de agitación no sólo en la fábrica sino también el barrio, tratando de

⁵⁷ Uso del presente en la narración.

resignificar la identidad peronista con los contenidos propios de la organización:

[T2] “[nosotros desde afuera] **volanteábamos** la zona, **organizábamos** actos, [ellos desde adentro] **participaban** junto con nosotros en los actos, **aprovechábamos**, qué [T3] sé yo, [T2] los actos históricos del peronismo como **podían** ser el 26 de julio o el 1° de mayo, para organizar actos donde nos **diferenciábamos** de otros sectores del peronismo, de lo que **era** el sector oficial, o la ortodoxia como **decíamos** nosotros, la patria metalúrgica...”. (Águila y Viano, “Trabajador@s y militantes”, p. 185)

Como se puede distinguir, esta es la “otra historia” que no narra lo acontecido sino que describe los cómo y por qué de lo acontecido. Los testimonios responden a cuestiones relativas a formas de ser, modos de actuar y de concebir los hechos de los militantes de cada partido. Los hechos en sí pueden servir para ejemplificar un modo de actuar pero no constituyen el foco de la “historia”.

Con respecto al marco en el que se presentan los testimonios, se observa una gran diversidad. Refieren al tiempo de la entrevista (11; 13), a la enunciación enunciada (12) e incluso al tiempo al que refieren las entrevistas (14). En cambio, en los testimonios predomina el pretérito imperfecto, casi sin excepción son descriptivos.

En 12 se puede observar la aparición de tiempos no concordantes con la narración, valores de comentario aparecen en un contexto que no les corresponde y adquieren una significación metafórica. En efecto, la aparición de tiempos del grupo del comentario en el contexto de los tiempos de la narración constituye metáforas que intensifican la apariencia de validez del discurso, aportando matices de tensión, dramatismo, o simplemente compromiso. Se narra como si se

comentase y con ello se insiste sobre la validez de lo que se dice, aportando dramatismo: "Pero una persona que no **canta** a nadie y **se salva**... no es un héroe. (...) Eso es lo esperable de un compañero."⁵⁸ Este recurso es utilizado a menudo en los testimonios, no así en los restantes niveles enunciativos.

El testimonio en 14, a diferencia de los anteriores, está enmarcado por una generalización que refiere a T2, por lo tanto no le corresponde el nivel de la enunciación enunciada sino al de la enunciación objetivada con apariencia de T3 debido a la referencia al contexto histórico que contiene. En realidad, al no haber mención a ninguna fuente escrita, se trata de una generalización (tarea realizada por el investigador) a partir de los testimonios recogidos en las entrevistas.

Con respecto al nivel referido al momento de la entrevista apenas se encuentra explicitado en los textos (T1). El pretérito lo distingue del presente de la enunciación aunque siga refiriéndose al *hoy*⁵⁹, se encuentran algunas marcas enunciativas del momento histórico aludido (véase 11; 13):

15. Un solo testimoniante **nos brindó** una visión diferente, y levemente crítica: "Santucho era un guerrero. Marx era un filósofo. Lenin un intelectual. Ho Chi Minh un poeta. Nosotros teníamos un guerrero. Quizás hubiera hecho falta un poeta". La fraseología escogida revela distintas cosas. Primero que hace veinte años el entrevistado probablemente opinara que hacía falta un guerrero y que esa característica era positiva; sólo en el contexto de la derrota ("quizás hubiera hecho falta un poeta"), y desde la **visión de hoy**, es que "guerrero" adquiere un leve tono negativo. Sin

⁵⁸ En este caso, el conector adversativo *pero* permite el cambio.

⁵⁹ Deixis espacial. Con ella se organiza el lugar en el que se desarrolla el evento comunicativo. Señala los elementos de lugar en relación con el espacio que "crea" el yo como sujeto de la enunciación.

Una función de tipo metafórica que tiene la deixis espacial es la de marcar el territorio, el espacio público y el privado y como consecuencia para señalar la imagen y la distancia de las relaciones sociales.

Deixis temporal. Indica elementos temporales tomando como referencia el "ahora" que marca quien habla como centro deíctico de la enunciación.

embargo, y contradictoriamente, lo pone a la altura de los revolucionarios míticos, por lo que termina incluyendo a Santucho en el panteón revolucionario. (Pozzi y Schneider, "Memoria y socialismo", p. 51)

La distancia entre el tiempo de las entrevistas y el *hoy* de la enunciación no siempre incluye una clara diferenciación deíctica. En este caso (15) es la interpretación de lo dicho que hace el enunciador lo que permite distinguir uno de otro. El *hoy* en T1 también es *hoy* en la enunciación enunciada. Esta cercanía reduce la distancia entre ambos niveles de modo que la investigación, el análisis y finalmente la escritura, también son parte de un proceso iniciado en el momento de las entrevistas que continúa hasta el presente de la enunciación.

Finalmente, la enunciación enunciada, no siempre señalada por deícticos, se distingue por lo que "hace" el enunciador: la interpretación y valoración de lo aportado en los testimonios. Así las interpretaciones que se resaltan en los siguientes ejemplos:

16. Estas características fueron comentadas por distintos vecinos de zonas en las que organizaba el PRT-ERP. "Sabían tomar mate.": expresó una mujer. La expresión implica toda una serie de cosas. Para los trabajadores argentinos el *saber tomar mate* expresa un espíritu colectivo, **significa no sólo que uno se lleva bien con la gente, sino también que se es respetuoso de las tradiciones y por ende se lo reconoce como una referencia solidaria.** (Pozzi, P. "Los Perros", p. 108)

17. Lo anterior es dicho en tono de autocrítica en función de la derrota, pero un gran orgullo subyace al testimonio: "éramos duros". **Aquí se**

mezclan una multiplicidad de conceptos. La fuerza ideológica es considerada desde la virtud cristiana (el sacrificio) y reforzada con la autoridad de la Revolución Vietnamita (una especie de David frente al Goliat norteamericano). Esto a su vez es asociado con fortaleza política que contrasta con la debilidad del enemigo que “eran imbéciles y los íbamos a aplastar”. Por último **subyace una fuerte corriente de auto-reivindicación** considerada como hombría que se asocia con el heroísmo. (Pozzi y Scheneider, “Memoria y socialismo”, p. 53)

¿Qué más hace la enunciación enunciada? Hace precisiones sobre metodología, revisión bibliográfica. En definitiva destaca el carácter científico de las investigaciones que sostienen los respectivos artículos.

18. Los distintos testimonios utilizados en este trabajo corresponden principalmente a militantes de base, aunque no únicamente. Se realizó una distribución entre Buenos Aires y el interior, y se intentó lograr un balance entre sectores sociales. [...] Las entrevistas generan —en forma constante— nuevas hipótesis de investigación y de estudio, por eso el tipo de reportajes seleccionados para esta presentación responden a un esquema semiestructurado con final abierto. (Pozzi y Scheneider, “Memoria y socialismo”, p. 43)

19. Al conjunto de nuestros entrevistados le formulamos una misma pregunta que apuntaba a que realizaran un balance sobre las estrategias de trabajo desplegadas “en y con” la clase obrera. Las respuestas siguieron un patrón similar y junto al reconocimiento del importante crecimiento que experimentó la JTP, aunque no comparable de ningún modo al de la JP,

sobrevenían los aspectos de valor negativo (...) (Águila y Viano, Trabajador@s y militantes, p. 187-188)

Llama la atención en el análisis, la distribución de los planos de enunciación en los textos. El número de párrafos destinado a cada plano es equivalente. El diálogo que se establece entre los diversos planos tiene en esta característica un rasgo definitorio en cuanto a la naturaleza del discurso.

1.2. Un discurso de aproximación

Lo expuesto nos permite señalar algunas ideas que consideramos productivas.

Historia y discurso, las dos formas de “hacer historia”, nos permiten dar cuenta de la naturaleza de la historia oral en cuanto a la forma enunciativa que adquiere su escritura.

En efecto, la complejidad de la enunciación objetivada (*historia*), particularmente la puesta en escena de una enunciación (T1), la extensión –por momentos- de esta a la enunciación enunciada y las marcas enunciativas que la contienen (la enunciación enunciada, por un lado, y el tiempo referido a la realización de las entrevistas (T3), por otro), todo ello hace que los límites de los diversos planos de la enunciación, en los textos del corpus, se perciban desdibujados. La contaminación de un plano a otro convierte al discurso de la historia oral en un discurso difícil de aprehender y quizás por ello seriamente cuestionado por su valor científico. Creemos que en esta definición intervienen dos condicionantes, por un lado el trabajo con fuentes orales, y por otro, el hecho de que esas fuentes se construyen a partir de la memoria.

Tal como lo puntualizaran Weinrich y de Certeau, la historia oral también está hecha de narración e interpretación. Pero lo distintivo de ese discurso es la confusión de planos de la enunciación. La *historia* entra en el *discurso*, el *discurso* entra en la *historia*. Los planos se confunden, se funden.

Esta cercanía de planos permite que los efectos de uno se den en el otro, al modo de como Weinrich piensa la alternancia de los tiempos verbales y su ocurrencia en contextos no esperados que les confieren funciones nuevas. Weinrich justifica la aparición de tiempos no concordantes por la utilización metafórica; es decir, una vez establecidos los valores del comentario o de la narración de los distintos tiempos, si aparecen en un contexto que no les corresponde adquieren una significación metafórica que sólo se puede dar en el cotexto. La aparición de tiempos del grupo narrativo en el contexto lingüístico de los tiempos del comentario puede leerse como metáforas que limitan el efecto o apariencia de validez de ese discurso, suavizando su contenido originario con matices de cortesía, modestia, cariño, trasposición a un mundo que no es real y en general aportando distancia y relajamiento en la implicación del enunciador. Por el contrario, la aparición de tiempos del grupo del comentario en el contexto de los tiempos de la narración constituye metáforas que intensifican la apariencia de validez del discurso, aportando matices de tensión, dramatismo, o simplemente compromiso.

Las dos formas fundamentales de las metáforas enunciativas podemos colocarlas bajo el concepto del *como si*: se comenta como si se narrase (con lo que se limitaría su validez científica) o se narra como si se comentase (con lo que se insiste sobre la validez de las fuentes orales), porque al no tener certezas se aleja el compromiso (discurso de aproximación). El lenguaje no sólo gusta de perspectivas, sino también de ilusiones de perspectiva (Weinrich, 1974, 167).

En los materiales analizados, el discurso, por momentos, hace uso de los tiempos de la narración (se trata de un discurso histórico) y la narración hace uso de los tiempos del comentario.

Este discurso de aproximación que constituye la historia oral se construye a partir de lo que los otros discursos de la historia desechan: las fuentes orales y la referencia a los condicionamientos de la práctica de investigación. Allí la fuente oral es la protagonista. Ella “toma” el discurso y la enunciación se ve “acorralada” de tal modo que se conforma con destacar su proceder con los instrumentos de la ciencia no sin manifestar sus limitaciones.

2. Subjetividad, modalización y verdad

La cuestión que ahora se nos presenta es cómo construyen los discursos el estatus de verdad, cuál es el grado de credibilidad de la historia oral. Para ello haremos un análisis de las modalidades enunciativas de los textos. Como veremos, una vez más, y ahora desde otro lugar, el carácter de “en construcción” de la historia oral se hace presente en el efecto producido por la modalización que llamaremos veredictiva.

La verdad era la aspiración máxima en el discurso histórico. El historiador cuando se dirigía al pasado, que ya no podía aprehender directamente, convertía al documento, como indicio, como monumento o como texto de cultura en el espacio textual donde hallar la verdad y la falsedad.

Mientras se creyó en la verdad de los hechos, hasta que fue aceptado que “hechos” y “acontecimientos” eran construidos por el historiador, dotándolos de sentido en la elaboración del relato histórico, se pensó en la posibilidad para conseguir el máximo de objetividad, de separarse del objeto, hacer que los acontecimientos hablaran por ellos mismos y dejar hablar al horizonte de la historia, sin la presencia del historiador. Una vez vista la imposibilidad de cumplir tal anhelo, si continúa la misma actitud podemos pensar que se trata de una

estrategia del enunciador en la elaboración del relato, más que la aceptación de un programa, ya imposible, de objetividad.

De acuerdo con Lozano (1994), el historiador que construye un texto histórico aspira a que ese texto sea reconocido como verdadero y por tanto histórico. Para conseguirlo no solo hace saber la verdad sobre acontecimientos pretéritos (y/o sobre interpretaciones de acontecimientos pretéritos) sino que prueba que es verdad. El historiador tiene que hacer creer que lo que dice es verdad.

Al aceptarse la naturaleza discursiva del discurso histórico, la verdad es un efecto de sentido construido por el texto, no la correspondencia entre lo que se dice y un referente externo. La ilusión referencial, el efecto de sentido, el efecto de verdad corresponden a estrategias para hacer creer que habla el horizonte de la historia, estrategia del enunciador para ausentarse del texto.

Un texto histórico entonces requiere de estrategias que construyan la verosimilitud para que se crea su referencia, para que lo que allí se dice se suponga como verdad, independientemente del sujeto que lo enuncia y que sea verdad para todo el mundo, universalmente.

De acuerdo con Greimas (1989), en la manipulación discursiva el hacer del enunciador se dirigirá a garantizar la adhesión de su interlocutor, a tal hacer se lo llama hacer persuasivo basado en hacer creer (verdad) y se le atribuye la función de establecer precisamente el contrato de veridicción.

Hay un hacer persuasivo y un hacer interpretativo: el destinatario cree que es verdad lo que el enunciador ocupado en hacer creer ha dicho. Para Greimas (1989), la comunicación no es un simple *transfert* de saber sino una empresa de persuasión e interpretación situada en el interior de una estructura polémico-contractual, fundada sobre la relación fiduciaria dominada por las instancias más explícitas del *hacer creer* y del *creer*, donde la confianza en los hombres y en su decir cuenta ciertamente más que las frases bien hechas o su verdad concebida

como una referencia externa. Greimas (ib.) propone entonces situar la verdad y sus valores en el interior del discurso en que ellas representan uno de los campos de articulación modal, el del saber.

El historiador en su comunicación textual no se limita a transmitir un objeto cognitivo de saber verdadero sino que debe conseguir la adhesión del destinatario para que acepte que es verdadero. Como todo proceso de comunicación, la transmisión de la información requiere de persuasión o un hacer creer para que el destinatario crea. Así, la modalidad como fenómeno característico del proceso de enunciación se manifiesta en dos tipos de relaciones: la de un autor de un texto con sus propios enunciados y la del autor con sus interlocutores.

La modalidad como fenómeno discursivo se refiere en principio a cómo se dicen las cosas, afecta a lo dicho porque indica la perspectiva desde la cual el locutor considera lo que dice, en tanto se trata de la visión del modo en que se ve aquello de que se trata. La modalidad es un concepto que se refiere a la relación que se establece entre el Locutor y los enunciados que emite.

La cancelación de las marcas del enunciador en el enunciado forma parte de una estrategia discursiva mediante la cual sólo en el enunciado se podría detectar la veracidad a través de las aserciones. Sin embargo en cuanto que el texto de historia pretendidamente científica incluye en el relato el comentario se introducen modalizaciones que desvían de la supuesta aserción y por tanto la verdad del discurso histórico.

En una aserción o enunciado descriptivo no se encuentra indicador alguno que permita descubrir la actitud del locutor: nadie habla, sólo la tercera persona, la no persona. Mientras que un enunciado asertivo proyecta un valor de verdad como si esta estuviera contenida en el propio enunciado, un enunciado modalizado reenvía la verdad a la instancia de la enunciación, desde donde el enunciador,

modificando el predicado, presente el objeto-enunciado como necesario, posible, cierto, incierto que son todas ellas modalidades.

La tarea es estudiar qué modalidades se encuentran en los textos del corpus, de modo que se pueda observar el estatus de verdad del discurso de la historia oral manifiesto en la relación que el enunciador establece con sus enunciados.

2.1. Modalidades y el contrato de veredicción

Desde la lógica modal se pueden distinguir varios tipos de modalidades. Las aléthicas que desarrollan la categoría de lo necesario, de lo posible, de lo imposible y lo contingente. Las modalidades epistémicas que se ocupan de lo cierto, improbable, probable, incierto. A ellas agregamos, la modalidad veredictiva.

Las modalidades de veredicción han sido postuladas por la semiótica narrativa y discursiva poniendo en juego las categorías de ser y parecer entendidas no como categorías ontológicas, sino como predicados mínimos, que relacionados con sus negaciones engendran los términos modales de la verdad entendida como la conjunción del ser y del parecer; de la mentira: conjunción del parecer y del no-ser; de la falsedad: conjunción del no-ser y del no-parecer, y del secreto: conjunción del no-parecer y del ser. Esta modalidad no hace referencia a la verdad de las cosas, sino que pretende reconocer los juegos y mecanismos del decir verdad, productoras de la verdad enunciada, concebida como un efecto de sentido entre otros. El modelo de veredicción ha sido construido para dar cuenta de los modos de circulación de los objetos cognitivos en el interior de los discursos.

Las modalidades aléticas, epistémicas y de veredicción focalizan de modo diferente las relaciones entre el objeto cognitivo y el sujeto cognoscente. Las

modalidades aléthicas definen el estatuto óptico del objeto en tanto que es objeto de conocimiento; formuladas en los términos del sintagma modal conciernen al deber-ser y sus variaciones lógicas del objeto. Así **necesario** equivale a deber ser; **imposible**, a deber no-ser; **posible**, no deber-no ser, y **contingente**, no deber ser: el sujeto está ausente de la construcción.

Las modalidades epistémicas en cambio tomarán en consideración la relación cognitiva que mantiene el sujeto con el objeto: el creer del sujeto que concierne al ser del objeto. Así cierto equivale a creer-ser; improbable, a creer-no ser; probable, no creer-no ser; incierto, no creer-ser. Hay pues una dimensión subjetiva.

En cuanto a las modalidades de veredicción, realizan un desplazamiento suplementario: están centradas sobre la interacción cognitiva de los sujetos en relación a un mismo objeto de conocimiento, que en tanto que tal está ausente en el modelo. El secreto por ejemplo no puede ser secreto para un sujeto a no ser que sea verdad o mentira para otro sujeto. Hay pues intersubjetividad y por lo tanto lo polémico se encuentra en el centro de su problemática.

En los análisis semióticos se ha observado la preeminencia de las modalidades epistémicas sobre las aléthicas: la aserción de la necesidad de un objeto bajo la forma de una evidencia objetiva reenvía inevitablemente a la asunción subjetiva de una certeza en cuanto a esta necesidad. En el discurso científico la astucia mayor del sujeto de la enunciación consiste en hacer como si no estuviera, como si la ciencia fuera ella sola el sujeto-objeto de un saber que se construye por sí solo. (Lozano, 1994)

Las modalidades de veredicción pueden englobar a las modalidades aléthicas y epistémicas, puesto que éstas son analizables semióticamente como puestas en escena de la veredicción. (Bertrand, 1984) La dimensión intersubjetiva hará que la verdad y falsedad, se establezcan en el contrato de veredicción. Greimas lo ha mostrado en expresiones del tipo /nos parece más que probable/

donde lo epistémico probable se engloba en la isotopía del parecer, modalidad de veredicción.

Al proponer la interpretación semiótica de verdadero versus falso según las articulaciones del cuadrado semiótico de la veredicción, Greimas ha tratado no solamente de liberar esa categoría modal de sus relaciones con el referente no semiótico, sino sobre todo sugerir que la veredicción constituye una isotopía (conjunto redundante de categorías semánticas o permanencia recurrente de esas categorías a lo largo del discurso concediéndole coherencia) narrativa independiente, susceptible de establecer su propio nivel referencial que Greimas ha llamado "la verdad intrínseca del relato".

Al usar el término veredicción (decir verdad) para designar este tipo de operación cognitiva, se intenta subrayar que los enunciados de estado (definidos por la conjunción o disyunción del sujeto con el objeto) no tienen verdad "en sí", sino que esta es construida por un sujeto enunciante que aparece como *efecto* de un proceso semiótico que el análisis describe por la combinación de los planos de la manifestación y la inmanencia (el plano de la manifestación corresponde al parecer y al no parecer; el de la inmanencia al ser y al no ser).

Desde el momento que la verdad en el discurso no es una representación de una verdad exterior sino una construcción, no basta con describir las marcas de inscripción de la verdad en el discurso. Para que la verdad pueda ser dicha y asumida debe desplazarse a la instancia del enunciador y a la de su simétrico el enunciatario.

Entonces la operación cognitiva, producción de verdad, realizada por el enunciador, consiste más que en producir discursos verdaderos, en generar discursos que produzcan un efecto de sentido al que podemos llamar verdad. Desde este punto de vista, Greimas ha indicado que la producción de verdad corresponde al ejercicio de un hacer cognitivo, hacer parecer verdadero; es decir

se trata de la construcción de un discurso cuya función no es decir-verdad, sino el parecer verdadero (Lozano, Peña-Marín y Abril, 1982, 79)

La estrategia de veredicción consiste en un parecer verdadero que interesado en producir el efecto de sentido verdad, tiende en la comunicación o intercambio cognitivo a hacer su discurso eficaz. Para que resulte tal intercambio eficaz, el sujeto enunciante entablará con el enunciatario un contrato de tipo cognitivo, el contrato de veredicción, mediante el cual destinador y destinatario manipulan estados de veredicción.

La categoría de veredicción se presenta como el cuadro en cuyo interior se ejerce la actividad cognitiva de naturaleza epistémica que con la ayuda de diferentes programas modales tiende a alcanzar una posición veredictiva, susceptible de ser sancionada por un juicio epistémico definitivo.

2.2. Las modalidades en el corpus

En el análisis de los textos del corpus, nos centraremos en las modalidades presentes en la enunciación enunciada. En ella, el enunciador, por momentos, suspende la aserción. Veremos cuándo ocurre esto y por qué.

La *modalidad epistémica* expresa la opinión o creencia del hablante o escritor respecto a la verdad de lo que dice. En el caso del discurso científico, en que el escritor debe tratar de persuadir a sus lectores para que acepten una observación específica como un hecho, pero sin comprometerse totalmente con el valor de la verdad de sus proposiciones, el uso de recursos lingüísticos que expresen modalidad epistémica es crucial.

En los textos del corpus, la frecuencia de esta modalidad es escasa y su uso está referido a la certidumbre con una falsa forma de lo necesario.⁶⁰

20. [...] surgió una dialéctica que intentó expresar nuevas prácticas y percepciones políticas a través de un lenguaje que recurría a la vieja terminología. Esto **se debe** a que muchas de las organizaciones de la izquierda política argentina se remiten a pasados en común [...] (Pozzi y Schneider, “Memoria y socialismo”, p. 45)

21. La informante **debe haber sabido**, por lo menos durante y después de la prisión de su marido, que él había sido miembro del ERP. El hecho que lo niegue aún hoy sugiere que rechaza ese período de sus vidas, y que ha aceptado el criterio de su marido por el cual ella no tiene que saber. (Pozzi, P., “Los Perros”, p. 112)

22. El recuerdo de aquella época implica, **necesariamente**, una valoración de la misma. (Pozzi y Schneider, “Memoria y socialismo”, p. 41)

Como se puede observar, los ejemplos apuntan a establecer seguridad con respecto a lo que asertan, sin embargo no dejan de tener en 20 y 22 un cierto grado de probabilidad, no hay elementos contundentes para llegar a la aserción.

También hallamos enunciados regidos por la *modalidad alética* que es la que se ocupa de la necesidad o la posibilidad de los actos ejecutados por agentes moralmente responsables. Además, ella tiene una conexión intrínseca con la

⁶⁰ Los ejemplos que citamos constituyen la totalidad de enunciados hallados en el corpus con esta modalidad.

futuridad. El valor de una proposición aléticamente modalizada es determinado y relativo a algún estado del mundo posterior al estado del mundo en que la obligación se mantiene válida.

Con respecto a lo necesario, los ejemplos con *deber ser* son escasos y referidos en todos los casos a lo que la investigación tiene todavía como tarea y a la interpretación de los testimonios que realiza el enunciador.

23. [El componente militar/bélico] **debe estar** presente aunque más no sea en sus representaciones objetivadas (imágenes, discursos, consignas) o imaginarias (lo representado en la subjetividad individual de cada militante). (Carnovale, “Jugarse al Cristo”, párrafo 17)

24. Consignemos que trabajar con entrevistas implica necesariamente un proceso de “construcción de fuentes”, que debe ser interrogado. (Águila y Viano, “Trabajador@s y militantes”, p. 180)

25. Claramente estos recuerdos expresan que el fenómeno guerrillero ha sido reinterpretado en la memoria. Sin embargo esto no significa que estos sentires expresados sean una invención, producto exclusivamente del presente. Mucho más probable es que esta memoria se base en sentires de hace veinte años. Lo que ha cambiado es que el informante enfatiza un espectro por encima del otro en el recuerdo que él/ella desea brindar durante la entrevista. Este fenómeno aún **debe ser** investigado más. (Pozzi, P., “Los Perros”, p. 115)

26. La pregunta [por qué se persistía dentro del partido] nos **obliga** también a remitirnos a la dimensión estrictamente colectiva de la

experiencia perretista en el contexto histórico específico [...] (Carnovale, “Jugarse al Cristo”, párrafo 38)

Sí predominan las construcciones con *poder* que hacen hincapié en la posibilidad, a modo de sugerencia, sin certeza.

27. En las particularidades de esta figura “héroe-mártir” la identidad perretista conjuga cristianismo y modernidad en una fórmula que por su fuerza simbólica y empalmándose con otras figuras y prácticas del colectivo partidario **no podrá menos que alentar** la decisión última y el trágico gesto de *Jugarse al Cristo*. (Carnovale, “Jugarse al Cristo”, párrafo 21)

28. Pero la pregunta de por qué persistieron **no puede apelar** únicamente a los sujetos particulares en tanto no todos vivieron y experimentaron dudas y conflictos con los imperativos y la línea partidarias. (Carnovale, “Jugarse al Cristo”, párrafo 38)

29. El análisis de la experiencia regional de la JTP es indicativo del escaso margen de autonomía que poseía la organización sindical frente a las políticas que diseñaba Montoneros. Ello **puede verificarse** no sólo en el hecho de que las estrategias específicas de la JTP fueran elaboradas desde la conducción de Montoneros, sino en que se pertenecía a Montoneros y a la JTP. (Águila y Viano, “Trabajador@s y militantes”, p. 186)

30. **Puede sostenerse** que en la región del Gran Rosario las corrientes opositoras tuvieron una base de considerable importancia en algunos sindicatos que operaron como núcleos aglutinadores y de contención de listas y grupos que actuaban en ámbitos controlados por la burocracia. (Águila y Viano, “Trabajador@s y militantes”, p. 188)

31. Por debajo de lo anterior **se puede detectar** una relación entre la memoria política y el imaginario del testimoniante. (Pozzi y Schneider, “Memoria y socialismo”, p. 42)

32. Aunque no **podemos suponer** que las expresiones de simpatía de hoy realmente muestran lo que los informantes sentían hace veinte años, **es probable** que reflejen que tampoco había hostilidad. Sólo así **podemos interpretar** la combinación de testimonios con algunos hechos [...] (Pozzi, P., “Los Perros”, p. 115)

33. La guerrilla argentina surge y se desarrolla como consecuencia de una situación socio-política. Su crecimiento e impacto, así como sus limitaciones, implica reformular hipótesis, corregir impresiones y realizar nuevas preguntas. A su vez nos plantea una serie de desafíos que sólo **se pueden resolver** en base a mayor investigación y creatividad. (Pozzi, P., “Los Perros”, p. 119)

Como se observa, los ejemplos con esta modalidad son profusos.

No es lo mismo presentar en el discurso un hecho o una explicación como cierto que como probable, la elección de una u otra modalidad permite descubrir la estrategia del enunciador, para lograr la adhesión del destinatario; presentar

algo como probable reduce la certidumbre pero evita el rechazo o la exclusión en la interpretación del destinatario. El presupuesto que subyace es: las fuentes orales y la memoria no dan certezas, no son portadoras de la verdad (al menos la verdad científica) como un absoluto. Si bien el discurso de la Historia Oral quiere probar, como los otros discursos de la historia, que lo que dice es verdad, en su puesta en discurso del efecto verdad se modalizan los enunciados presentando sus hallazgos como probables. Atender a ellos y observar sus transformaciones puede permitirnos descubrir las estrategias de un enunciador que, a diferencia del discurso histórico canónico, no se empeña en ocultarse.

Con respecto a la modalidad veredictiva, los ejemplos abundan. ¿Qué significan, a qué refieren? ¿De qué verdad hablamos? Los enunciados con modalidad veredictiva son los que rigen todas las modalidades señaladas.

Aquí distinguiremos dos grupos. Aquellas modalidades que remiten a *parecer* y aquellas que califican positivamente las acciones que destacan. En primer lugar, las primeras resaltan la posibilidad aplicando un método deductivo en la construcción del conocimiento, descartan certezas y juicios tajantes, y las segundas dan cuenta de la valoración subjetiva del enunciador con respecto a los hechos que refiere.

Veamos ejemplos del grupo de modalidad veredictiva que refiere a la apariencia.

34. La combinación de origen humilde, expectativas y sacrificios familiares, junto con el descubrimiento de un mundo intelectual de discusión y debate **parece haber contribuido** en gran parte en su politización hacia la izquierda. (Pozzi, P., "Los Perros", p. 106)

35. De estos primeros militantes del PRT-ERP, pocos **parecen haber salido** de su zona de Argentina antes de ser activistas y muchos provenían de familias con simpatías peronistas. (Pozzi, P., “Los Perros”, p. 106)

36. Culturalmente [los primeros militantes del PRT-ERP] no **parecen haber tenido** un alto grado de educación formal. (Pozzi, P., “Los Perros”, p. 106)

37. Tradicionalmente hemos considerado que al ser mayoritariamente peronista la clase obrera argentina era impermeable u hostil a las organizaciones marxistas. Esto **no parece haber sido** el caso del PRT-ERP. (Pozzi, P., “Los Perros”, p. 115)

38. Tomados en conjunto, los testimonios **parecen encerrar** una singular vitalidad y una permanente actualización del ideario izquierdista que se convierte en una ideología subalterna y contestataria. (Pozzi y Schneider, “Memoria y socialismo”, p. 62)

39. Esta inserción (la incorporación de trabajadores a la JTP) **pareció revestir** ciertos visos de precariedad, tal como se desprende del siguiente testimonio [...] (Águila y Viano, “Trabajador@s y militantes”, p. 184)

40. Si en los estudiantes no hay demasiada homogeneidad en el orden de los planteos sustentados, lo mismo no **parece ocurrir** entre los obreros, ya sean simpatizantes o dirigentes. (Águila y Viano, “Trabajador@s y militantes”, p. 191)

A estos ejemplos, agregamos aquellos contruidos con *permitir* que autorizan interpretaciones.

41. Otros casos, como el de Miguel, nos **permiten entrever** niveles de fracaso importantes en la pretensión partidaria de anular el miedo. (Carnovale, "Jugarse al Cristo", párrafo 29)

42. El estado de mi investigación, por otra parte, no **me permite aventurar** afirmaciones definitivas [...] (Carnovale, "Jugarse al Cristo", párrafo 33)

43. Hechos como la masacre de la Semana Trágica de enero de 1919, la movilización peronista del 17 de Octubre de 1945, la Resistencia peronista (1955-1962), entre otros, son hitos históricos que se han ido resignificando en la memoria popular y en la militancia y que son transmitidos oralmente y, a la vez, **permiten** la identificación en cuanto a clase y en cuanto a grupo político. (Pozzi y Schneider, "Memoria y socialismo", p. 44)

Como se puede observar, el acercamiento a la verdad es tentativo, no hay certezas absolutas. Entonces la verdad a la que refiere el discurso de la historia oral es una verdad que no se reconoce como definitiva sino que indica tendencias y sólo establece como recurso de veredicción la indicación subjetiva del enunciador.

44. Distintos vecinos de Villa Gobernador Gálvez, una zona rosarina fuertemente peronista de obreros de la carne, todavía recuerdan al ERP como una especie de Robin Hood, expresando que "estaban de nuestra

parte”. **Evidentemente** esto no **significa** que los obreros peronistas eran uniformemente receptivos a la guerrilla marxista. Lo que sí implica es que no eran uniformemente hostiles. (Pozzi, P., “Los Perros”, p. 116)

45. Estos son algunos resultados tentativos de la investigación de la historia del PRT-ERP. Los mismos **son sugerentes** en torno a la relación de la izquierda argentina con los trabajadores. (Pozzi, P., “Los Perros”, p. 119)

46. Uno de los aspectos **más interesantes** de esta investigación es el tema de la memoria. (Pozzi, P., “Los Perros”, p. 112)

47. **Es notable** que, veinte años más tarde, estos vecinos no recuerden haber tenido miedo de la guerrilla. (Pozzi, P., “Los Perros”, p. 115)

48. El otro tema que la oralidad **sugiere** que debería ser reconsiderado es la relación entre cultura popular y violencia anti-sistémica. **Es interesante** detenerse brevemente en la descripción de la violencia que surge de los testimonios de los informantes obreros no guerrilleros. (Pozzi, P., “Los Perros”, p. 118)

49. [...] **es notable** cómo activistas de la misma organización, habiendo internalizado un discurso muy similar, lo resignifican a través de su experiencia de vida. (Pozzi y Schneider, “Memoria y socialismo”, p. 42)

50. **Lo interesante** es la construcción de Vietnam como mito revolucionario y el descrédito para la “otra” organización argentina que obviamente no entiende la importancia de “lo nacional” en la revolución. (Pozzi y Schneider, “Memoria y socialismo”, p. 45)

51. El testimonio de Silvia es **revelador** en este sentido, porque manifiesta **una notable contradicción** entre la sensación de alegría de haber militado mientras relataba una situación terrible. (Pozzi y Schneider, “Memoria y socialismo”, p. 47)

52. Es **importante** observar el contramito que se elabora. (Pozzi y Schneider, “Memoria y socialismo”, p. 54)

53. Es **evidente** que, para estas testimoniadas, se vincula el socialismo con democracia mientras que, subyacente, existe una comparación con la situación actual en la que se siente al gobierno argentino como algo distante y divorciado de lo popular. (Pozzi y Schneider, “Memoria y socialismo”, p. 58)

54. [...] **lo que interesa** analizar aquí, si bien es revelado de historias individuales, lo es en el sentido de lo que cada una posee de general y no de específico. (Aguila y Viano, “Trabajador@s y militantes”, p. 180)

Lo interesante, lo importante, lo notable, lo evidente, son todas categorías que corresponden a un enunciador que para jerarquizar necesita destacar lo “nuevo”,

los descubrimientos a los que llega. Aquí no funciona la fuerza o la evidencia de los hechos sino la interpretación del enunciador que establece en forma explícita su posición frente a lo que dice.

Si pensamos que la modalidad de veredicción rige a las restantes modalidades, podemos decir que tanto la modalidad epistémica como la alética citadas tienden a ubicarse en el primer grupo de la modalidad veredictiva (grupo en el que ubicamos las modalidades relativas a “parecer”). De modo que en los discursos se ve reforzado el carácter de construcción, de aproximación de los enunciados con respecto a la verdad histórica.

2.3 ¿Un discurso inconcluso?

A partir del análisis de las modalidades enunciativas de los textos pudimos observar cómo los discursos de historia oral construyen su estatus de verdad y cuál es el grado de credibilidad. Una vez más, el carácter de “en construcción” de la historia oral se hace presente en el efecto producido por la modalización.

El historiador que escribe historia oral, para lograr que ese texto sea reconocido como verdadero, no tiene por objetivo hacer saber la verdad sobre acontecimientos e interpretaciones pretéritos. Acepta la naturaleza discursiva del discurso histórico y la verdad como un efecto de sentido construido por el texto y para ello hace uso de estrategias que, a diferencia del discurso histórico canónico, subrayan los límites del discurso y la presencia del enunciador que recuerda la materialidad de la producción discursiva, lejos de hacer creer que habla el horizonte de la historia, lejos de que el enunciador se ausente del texto.

Entonces las estrategias de credibilidad de la historia oral no contribuyen para que lo que allí se dice se suponga como verdad, independientemente del sujeto que lo enuncia y que sea verdad para todo el mundo universalmente. Los

discursos al introducir modalizaciones se desvían de la supuesta aserción y por tanto la verdad del discurso histórico.

La modalidad reenvía la verdad de lo enunciado a la instancia de la enunciación y desde allí el enunciador hace uso de la modalidad veredictiva que da cuenta de los modos de circulación de los objetos cognitivos en el interior del discurso. Las restantes modalidades se ven englobadas por la modalidad veredictiva como puestas en escena de la veredicción. En lo analizado, el contrato de veredicción pasa por la isotopía del parecer. Los enunciados no tienen verdad "en sí", sino que responden al plano de la manifestación, al parecer, y en segundo término al plano de la inmanencia (que corresponde al ser y al no ser).

Los modalizadores cuestionan la "verdad" del discurso, haciendo del discurso de la historia oral una disciplina que va de "certezas" (lo que dicen las fuentes escritas) a incertidumbres (lo que dicen las fuentes orales que no se encuentra en las escritas). Pero, además, la modalidad informa la relación del enunciador con los enunciados; es decir, son también marcas de subjetividad en el texto, a diferencia de la historia tradicional.

El carácter inconcluso de las fuentes orales afecta a todas las otras fuentes. Dado que ninguna investigación (respecto de un tiempo histórico del que se dispone de memorias vivas) está completa a menos que haya agotado las fuentes tanto orales como escritas, y que las fuentes orales son inagotables, el objetivo ideal de agotar todas las fuentes posibles se torna inviable. El trabajo histórico que emplea fuentes orales es inconcluso por la naturaleza de las fuentes; el trabajo histórico que excluye las fuentes orales (cuando son disponibles) es incompleto por definición. (Portelli: 1991, 48-49)

El discurso regido fundamentalmente por la modalidad veredictiva hace uso del método deductivo. Se aproxima a los hechos (*parece*), se niega a hacer aserciones definitivas, confiesa los límites de las fuentes y por tanto del propio discurso. Sin embargo, como contrapartida, se afirma en la autoridad del enunciador para valorar los hechos (*es notable*). Es el enunciador quien establece la importancia que se debe dar a lo que se dice, es él quien dice a dónde se debe mirar.

Entonces, el trabajo histórico con fuentes orales ¿construye discursos inconclusos? No. En todo caso, lo pendiente -señalado en el corpus analizado referido a la ampliación de la investigación que sostienen los artículos- no les quita a estos el carácter de definitivos, de contundencia con respecto a “la verdad” a la que se llega.

3. Asuntos de la Memoria

Narración e interpretación, lo real como resultado y como postulado, narración y comentario son también los modos del discurso de la historia oral, también ella, al poner en relación lo real con el discurso, hace un *como si*. Se trata de una escritura que *muestra* en lugar de *ocultar*.

Por un lado, las formas de “hacer historia” en los materiales de investigación explican la naturaleza de la historia oral en cuanto a la forma enunciativa que adquiere su escritura. Por otro lado, el análisis de las modalidades enunciativas en los textos del corpus permite reconocer la relación que el enunciador establece con lo que dice, el estatus de verdad del discurso de la historia oral.

Lejos de tratarse de discursos paradigmáticos, los discursos de la historia oral desafían dentro de la historia lo postulado como disciplina científica.

En primer lugar, los acercamientos de los planos de la enunciación dejan resaltado el protagonismo de la fuente oral y en segundo lugar, se produce un cambio con respecto al lugar que ocupa el enunciador/historiador/investigador. Esta última idea se ve reforzada por la elección que realiza el enunciador de las modalidades veredictivas relativas a lo que *parece* antes que a lo que *es* o *debe ser*. Cambia así el estatus de verdad previsto en el discurso científico.

La científicidad queda garantizada -solamente- por la metodología elegida; las conclusiones a las que se llega están siempre en construcción. La preocupación por explicitar bibliografía, antecedentes bibliográficos, contrasta con el estado de construcción en que se encuentra el conocimiento aportado. La preocupación por establecer los límites constituye -creemos- la fortaleza de esta disciplina puesto que muestra lo que los demás se preocupan por ocultar. En definitiva, la historia oral desafía la ciencia haciendo ciencia a partir del recuerdo. Los textos apelan a fuentes que se sostienen por la memoria y hacen la memoria, la memoria colectiva⁶¹. La memoria colectiva es la protagonista de la historia oral. Esa es la memoria que “hacen” los textos.

La pregunta que nos queda por responder y que excede los límites de este trabajo, es a qué clase de memoria apela el documento escrito. ¿Cuáles son los límites de la memoria de papel? ¿Tiene estos condicionamientos que también la hacen vulnerable?

Según A. Portelli, el distanciamiento entre el hecho (acontecimiento) y la memoria en la historia oral, no se puede atribuir al deterioro del recuerdo, al tiempo transcurrido, ni a la edad avanzada de algunos de los narradores.

Sí puede decirse que nos encontramos delante de productos generados por el funcionamiento activo de la memoria colectiva, generados por procedimientos coherentes que organizan tendencias de fondo **que incluso**

⁶¹ Según la hemos desarrollado en el capítulo 1.

encontraremos en las fuentes escritas contemporáneas a los hechos. Conoceríamos mucho menos el sentido de este acontecimiento si las fuentes orales no lo hubieran referido de manera cuidadosa y verídica. El hecho histórico relevante, más que el propio acontecimiento en sí, es la memoria.⁶² (Portelli, 1991, 42)

⁶² El subrayado es nuestro.

CAPÍTULO 4: El discurso de los otros en la Historia Oral

“La búsqueda histórica del sentido no es sino la búsqueda del Otro” pero esta acción contradictoria trata de envolver y ocultar en el sentido la alteridad de este extraño, o, lo que es lo mismo, trata de calmar a los muertos que todavía se aparecen y ofrecerles tumbas escriturísticas. (De Certeau 1993, 16)

La historia oral tiene un punto de partida muy distinto al de quienes trabajan exclusivamente con fuentes escritas. “¿Cómo situar en la posición de "objeto" / "objeto de conocimiento" a quien/es tenemos junto/frente a nosotras/os y con quienes inexorablemente tenemos que construir una relación basada en la confianza mutua?” La práctica de la historia oral comporta una dimensión personal, subjetiva, afectiva, que se despliega en el trabajo de campo y que supone un intercambio constante y un constante movimiento de roles entre los sujetos involucrados en él, que lo diferencian cualitativamente del trabajo con "fuentes muertas".

Estas particularidades de la constitución de las fuentes orales traen consecuencias discursivas a la hora de la escritura. En el capítulo 3, hemos trabajado el lugar de la *historia* y el lugar del *discurso*, siguiendo la distinción de Benveniste (1966), en el corpus textual elegido. El resultado fue el reconocimiento de un modo diferente de *hacer historia*, alejado del canon. Aquí nos proponemos reconocer el lugar que ocupan las fuentes orales en la escritura a partir de las marcas que, deliberadamente, el enunciador usa en su propio discurso.

La propuesta de este capítulo es profundizar el estudio acerca de cómo los textos del corpus constituyen su objeto. Para ello estudiaremos el discurso representado, de modo de problematizar la enunciación escrita de la historia oral en la que el escritor se enuncia escribiendo y, dentro de su escritura, hace que se

enuncien otros discursos. La relación que se establece entre el discurso que cita y el discurso citado nos permite discutir el estatus epistemológico de las fuentes orales en la construcción de la historia.

1. Discurso ajeno, intertexto e intertextualidad

La lengua no existe por sí misma sino en combinación con el organismo individual de un enunciado concreto, de una actuación discursiva concreta. Sólo mediante el enunciado la lengua entra en contacto con la comunicación, absorbe sus fuerzas vivas, se vuelve realidad. Las condiciones de comunicación discursiva, sus formas, los modos de diferenciación son determinados por los condicionamientos socioeconómicos de una época. Estas condiciones cambiantes de la comunicación sociodiscursiva son las que determinan las transformaciones de las formas de reproducción del enunciado ajeno, que se va transformando a través de la historia.

El discurso ajeno como discurso en el discurso, enunciado dentro de otro enunciado, y al mismo tiempo discurso sobre otro discurso, enunciado acerca de otro enunciado fue tempranamente señalado por Valentín N. Voloshinov, a partir de los años veinte en la Unión Soviética. Partiendo de una concepción social del lenguaje, el autor problematiza el fenómeno de la transmisión del discurso ajeno dentro de una orientación sociológica.

De acuerdo con Voloshinov (1992), el diálogo es la forma más natural del lenguaje. Aunque los enunciados emanen de un solo enunciador, son monológicos solamente en su forma exterior, en su estructura interna, semántica y estilísticamente son esencialmente dialógicos. Así entendida, la orientación dialógica es un fenómeno característico de todo discurso. En todos los caminos

que llevan a su objeto, el discurso encuentra el discurso de otro y establece con él una interacción viva e intensa.

Entre las relaciones posibles que se pueden desarrollar entre el discurso propio y el ajeno se distinguen al menos dos orientaciones: aquella que busca preservar la integridad y autenticidad del discurso del otro y aquella que busca desintegrar el carácter compacto y cerrado del discurso ajeno borrando sus fronteras.

En cada una de las orientaciones, según Voloshinov, son posibles varios tipos heterogéneos de acuerdo con la jerarquía de la palabra ajena. Se puede encontrar una postura semántica indivisible del hablante, en la que se percibe el qué del discurso y se deja tras el umbral de la percepción su cómo. Este tipo de percepción del discurso ajeno, el tipo temático-semántico es de carácter despersonalizante, y coincide generalmente con un discurso dogmático en el que en medio de una concepción rígida de todas las valoraciones sociales no hay lugar para una actitud positiva y atenta hacia todos los momentos individualizantes del discurso ajeno. Pero también el mismo discurso puede aparecer individualizado en una medida mucho mayor, se puede percibir no solo su sentido temático, la aserción que contenga, sino también todas las singularidades de su plasmación verbal.

En el contexto de influencia para el público occidental del trabajo de Bajtin, en la década del 60 Julia Kristeva (1978) introduce la noción de *intertextualidad* para el estudio de la literatura por el hecho de que la productividad de la escritura literaria redistribuye, disemina textos anteriores en un texto. Los textos y expresiones son moldeados por textos anteriores a los que estos responden y por los posibles textos subsiguientes que estos anticipan.

El término *intertextualidad* designa al mismo tiempo una propiedad constitutiva de cualquier texto y el conjunto de relaciones explícitas o implícitas

que un texto o un grupo de textos determinado mantiene con otros textos. En la primera acepción es una variante de interdiscursividad.⁶³

Kristeva (1978) observa que la intertextualidad implica la inserción de la historia en el texto y de ese texto en la historia. El texto absorbe y es construido de textos del pasado, a los que responde, reacentúa o refunde y de este modo ayuda a hacer la historia y anticipa e intenta delinear textos subsiguientes. Esta historicidad inherente de los textos les permite asumir importantes roles en el cambio sociocultural de las sociedades contemporáneas.

Además de incorporar o responder a otros textos, la intertextualidad dentro de un texto puede ser vista como incorporadora de las potencialmente complejas relaciones que esta tiene con convenciones como géneros, discursos, estilos y tipos de actividad que estén conjuntamente estructuradas para constituir un orden del discurso. (Foucault, 1992). Bajtín (1998), discutiendo el género, resalta que los textos no solo pueden delinearse sobre tales convenciones de una manera relativamente franca, sino que también pueden reacentuarlas o usarlos irónicamente, paradójicamente o reverencialmente, o puede mezclarlos de varias maneras. La distinción entre relaciones intertextuales de textos con otros textos específicos, y las relaciones intertextuales de textos con convenciones, está ligada con otra distinción usada por los analistas franceses del discurso: *manifiesto* como opuesto a *constitutivo*, a nivel de intertextualidad (Authier-Revuz 1984, Maingueneau 1987). En la intertextualidad manifiesta, los otros textos están presentes explícitamente en el texto analizado; están manifiestamente marcados o indicados por ciertos rasgos en la superficie del texto, tales como las comillas. La intertextualidad constitutiva de un texto, en cambio, es la configuración de convenciones del discurso que llevan a su producción (interdiscursividad).

⁶³ Genette prefirió hablar de transtextualidad, confiriendo un valor más restricto a la intertextualidad. Su tipología de las relaciones transtextuales distingue: intertextualidad (supone la presencia de un texto en otro: citación, alusión), paratextualidad, metatextualidad, arquitekstualidad e hipertextualidad. (Genette, 1989)

Por su parte, Maingueneau (1984) hace una distinción entre intertextualidad e intertexto: el *intertexto* es el conjunto de fragmentos convocados (citas, alusiones, paráfrasis) en un corpus dado; *intertextualidad* es un sistema de reglas implícitas que subyacen a ese intertexto, como una cita legítima por la formación discursiva, tipo o género del discurso del cual ese corpus proviene. El uso tiene la tendencia de emplear *intertexto* cuando se trata de relaciones con textos fuente precisos (cita, parodia) e *interdiscurso* para conjuntos más difusos.

Con respecto al corpus, nos parece productivo detenernos en el intertexto, especialmente en el plano de lo manifiesto. Para ello, haremos uso de la distinción realizada por J. Authier-Revuz (1984) con respecto al concepto de heterogeneidad discursiva.

2. La heterogeneidad discursiva y el discurso representado

Según venimos desarrollando, un discurso casi nunca es homogéneo: mezcla diversos tipos de secuencias textuales, hace variar la modalidad, los registros, los géneros del discurso. Entre los factores de heterogeneidad, se atribuye un papel privilegiado a la presencia de discursos “otros”, atribuibles a otra fuente enunciativa.

A partir del concepto de heterogeneidad discursiva, se puede dar cuenta de diversos fenómenos discursivos formados por la capacidad interdiscursiva del discurso. Authier-Revuz (1984) distingue dos heterogeneidades discursivas. La heterogeneidad constitutiva, concepto que surge a partir de pensar que en todo discurso hay otro que lo determina desde fuera de la voluntad del sujeto, que es más hablado de lo que habla; y la heterogeneidad mostrada, mediante la cual el sujeto hablante toma distancia de una parte de su discurso y la atribuye a otro.

La hipótesis de Authier-Revuz es que la heterogeneidad mostrada es un modo de negociación del sujeto hablante con la heterogeneidad constitutiva que le es necesario desconocer para poder enunciar su discurso. Con las formas de heterogeneidad mostrada el sujeto se presenta imaginariamente como centro de su enunciación, pues con ellas delimita y circunscribe en su discurso al otro, y al hacerlo afirma que el otro no está en todas partes, que el resto del discurso le es propio.

La heterogeneidad mostrada está relacionada directamente con los hechos polifónicos del discurso. La polifonía, de acuerdo con O. Ducrot (1986), es un fenómeno de multivocidad: la expresión de una serie de enunciadores y de diferentes niveles de locutores (primera persona) en un mismo enunciado. Ducrot considera que el sujeto hablante sufre una escisión al convertirse en figura enunciativa. En consecuencia tenemos un sujeto en tanto "ser en el mundo" (sujeto físico, I) y un sujeto en tanto "ser del discurso (locutor L). El locutor L es una ficción discursiva que no coincide necesariamente con el productor físico del enunciado. La división del sujeto hablante en L y I es una de las manifestaciones de polifonía en el enunciado.

Ducrot señala la presencia de enunciadores (E), seres que se expresan a través de la enunciación, sin que por ello se les atribuya palabras precisas. Los enunciadores no hablan, pero la enunciación les permite exponer su punto de vista. La autoridad narrativa de L le permite introducir en su propio enunciado posiciones distintas a las suyas, sobre las que puede o no estar de acuerdo. Así L presta su voz como canal a fin de que E pueda expresarse. La actitud de L es similar a la que establece el narrador de la obra literaria con sus personajes. Tradicionalmente, el conocimiento o información que posee el narrador (N) de tercera persona sobre sus personajes (P).

La actitud de L frente a E puede ser de alejamiento (la ironía) o de adhesión (la consigna). Los mecanismos que articulan la identificación o rechazo de la intrusión de E en el enunciado de L son precisamente las huellas de la

heterogeneidad mostrada. De esta forma, L se siente en la obligación de separar su discurso de las palabras extrañas de E, por medio de marcas tipográficas o códigos gramaticales, en ocasiones, sumamente sutiles y difíciles de distinguir.

La heterogeneidad mostrada se manifiesta explícitamente en el plano de la enunciación y produce distanciación, desdoblamiento o división del sujeto, marcas polifónicas o de interdiscurso; y sus puntos localizables se reconocen a través de algunas irregularidades gramaticales, variaciones formales del código, el discurso interrumpido y marcas tipográficas.

Hay una oposición entre los modos explícitos unívocos de representación de un discurso en otro, marcados con la ayuda de las formas de la lengua, o sea, aquellas inventariables que pueden inventariarse en una gramática y/o diccionario; y los modos no marcados en la lengua, ni unívocos, ni inventariables, pero derivados de una interpretación que tienen en cuenta el contexto lingüístico lineal y/o situacional. Se distinguen tres niveles de acuerdo con el grado de representación de los enunciados ajenos. El primero corresponde a las formas marcadas unívocas: discurso directo, discurso indirecto, modalización en discurso segundo⁶⁴. El segundo, a las formas marcadas que exigen un trabajo interpretativo (comillas, itálicas, entonación autonómica), que presentan una marca que debe ser interpretada como referencia a otro discurso. Así aun cuando las marcas de *modalización autonómica*⁶⁵ no indican quién es la fuente del

⁶⁴ En el discurso citado el enunciador toma por objeto otro acto de enunciación y en la modalización en discurso segundo el enunciador modaliza su propia enunciación, presentándola como segunda en relación con otro discurso. Esa modalización puede incidir sobre la validez del contenido aseverado o sobre el empleo de una palabra.

⁶⁵ Authier-Revuz (1984, 1998) considera la "connotación autonómica" desde la perspectiva de una modalización reflexiva del decir, este cambio de punto de vista la lleva a pensar la cuestión bajo el ángulo de *modalización autonómica*. Esta se manifiesta siempre que el enunciador comenta su propio decir al pronunciarlo; el comentario testimonia un desdoblamiento de la enunciación y puede, en su forma más reducida, resumirse en la presencia de comillas o expresarse por medio de enunciados metadiscursivos. El hecho autonómico tratado desde el punto de vista de la modalización se revela como un instrumento de análisis productivo para el análisis del discurso, pues toca la estructura enunciativa, participa de la heterogeneidad discursiva y permite refinar el abordaje de los discursos citados y abordar los fenómenos dialógicos. (Charaudeau y Maingueneau, 2004)

fragmento citado, cabe al receptor determinar, apoyándose en el contexto, cuál es esa fuente y la razón por la cual el enunciador se colocó a distancia. En el tercer nivel, se encuentran las formas puramente interpretativas –discurso indirecto libre, alusiones, citas ocultas, alusiones, reminiscencias -, que no son señaladas como tales. Mientras que la identificación del discurso indirecto libre se apoya sobre numerosos índices lingüísticos, la localización de alusiones o de citas ocultas apela esencialmente a la cultura del receptor, a lo que él sabe del locutor, al género del discurso al cual pertenece el enunciado. (Authier-Revuz, 2001)

Una fuerte presencia del primer y segundo nivel en los textos, es decir, de las formas marcadas unívocas del corpus y de las formas marcadas que exigen interpretación, nos crea cierta inquietud con respecto al lugar que ocupan en los discursos del corpus.

Las tres formas clásicas del discurso citado fueron abundantemente analizadas por las gramáticas: discurso directo, discurso indirecto, discurso indirecto libre. La consideración explícita de las marcas enunciativas renovó esta problemática, es un acto de enunciación lo que se cita, no un enunciado (Authier-Revuz, 1984). Ya se considera fuera de discusión que se trata de tres formas independientes una de la otra, es decir, que no se puede pasar de una a otra por operaciones mecánicas (Banfield, 1973). También fue abandonada la idea de que el discurso directo sería más fiel que el indirecto o que reproduciría palabras efectivamente proferidas.

El discurso directo y discurso indirecto son dos modos diferentes de representación de otro acto de enunciación. En tanto, las formas del tipo “según fulano” se inscriben en un paradigma de elementos modalizadores diversos cuya especificidad, en el interior, es modalizar la referencia a otro discurso.

El discurso directo corresponde a una operación de citación del mensaje del acto relatado que de ningún modo puede ser considerada objetiva en la medida en que reproducir la materialidad exacta de un enunciado no significa restituir el

acto de enunciación –del cual enunciado es apenas el núcleo- en su integridad. Este discurso se define como la reproducción de palabras ajenas o propias en las que se mantiene el sistema deíctico del hablante original. Es mimético, finge reproducir exactamente las palabras de otro, y se presenta como una yuxtaposición de dos segmentos, el marco de la cita y la cita misma que en la escritura se distingue por marcas tipográficas.

El discurso indirecto, por su parte, se presenta como una operación de reformulación, de producción de un enunciado como teniendo el mismo sentido que el contenido del acto relatado. Este discurso está entonces más atento al contenido de lo dicho que a su forma, de ahí que sean frecuentes en el discurso indirecto reformulaciones que condensan, aclaran, traducen o en general glosan el discurso original. Las expresiones referenciales son responsabilidad del locutor⁶⁶ quien sintetiza interpretándolo el contenido del discurso ajeno. En algunos casos el discurso indirecto puede ser parcialmente mimético, por lo que ciertas expresiones pueden ser leídas como las palabras y puntos de vista del hablante citado; en otros casos prevalece la ambigüedad: no hay modo de distinguir las expresiones que pertenecen al hablante que cita o al citado.

El análisis de una construcción indirecta puede referirse a dos objetos esencialmente diferentes. Un enunciado ajeno puede percibirse como una determinada posición plena del hablante y en tal caso mediante la construcción indirecta se transmite analíticamente⁶⁷ su exacta composición temática (lo que dijo el hablante). Pero asimismo un enunciado ajeno puede ser percibido y analíticamente transmitido en cuanto a expresión que caracteriza no sólo el tema del discurso (o inclusive no tanto el tema del discurso), como al mismo hablante, su manera de hablar individual o típica (o bien las dos a la vez), su estado de

⁶⁶ De acuerdo con Ducrot (1986), los enunciadorees no hablan en el sentido material del término sino que lo hacen a través del locutor, quien expresa el punto de vista, posición o actitud de aquellos.

⁶⁷ Para Voloshinov, el sentido lingüístico del discurso indirecto consiste en una transmisión analítica del discurso ajeno; su indicio obligatorio es el análisis del enunciado ajeno, simultáneo a la transmisión e inseparable de ella, si bien los grados y las orientaciones del análisis puede variar.

ánimo no expresado no en el contenido sino en las formas del discurso (por ejemplo, su carácter discontinuo, el orden de las palabras, la entonación expresiva, su capacidad o su ineptitud para expresarse adecuadamente).

Estos dos objetos de transmisión analítica indirecta son profundamente diferentes. En un caso se desarticula el sentido en sus momentos significativos y temáticos; en el otro, el enunciado mismo en cuanto tal se desintegra en estratos estilísticos y verbales. Voloshinov llama a estas modalidades del discurso indirecto analítico-temática a la primera modalidad y analítico-discursiva a la segunda.

En el campo del discurso representado, la oposición usar/mencionar es esencial, porque el discurso indirecto y el discurso directo derivan respectivamente de esos dos modos semióticos. En el discurso indirecto, el enunciadorelata otro acto de enunciación y usa sus propias palabras, por las cuales reformula las palabras de otro mensaje: el modo semiótico del discurso indirecto es de manera homogénea el modo patrón.

Entre uso y mención: se puede usar un signo lingüístico de manera estándar para referir a una entidad del mundo, o de manera autónoma para referir al propio signo. La autonomía manifiesta la propiedad que el lenguaje tiene de hablar de ella misma. El discurso directo tiene relación con el funcionamiento autónomo: aquel que cita hace mención de las propias palabras empleadas por el enunciadorecitado o presenta su enunciado como tal. En el discurso indirecto al contrario aquel que cita hace uso de sus propias palabras para citar a otro, reformula sus propósitos. Se habla de DIL en el caso de fragmentos que son interpretados como DD, pero sin ninguna indicación de que haya discurso citado.

En la modalización autonómica se mezcla el empleo estándar y el autónomo, recurriendo especialmente a la itálica y al uso de comillas. Se cita al mismo tiempo de manera autónoma y de manera estándar, se cita y al mismo

tiempo se utiliza esa expresión, de la cual el enunciador se distancia atribuyéndola a otra fuente enunciativa.

En el discurso directo, el enunciador relata otro acto de enunciación y usa sus propias palabras en la descripción que hace de la situación de enunciación (quién habla, a quién, cuándo), en el sintagma introductor, pero hace mención a las palabras del mensaje que relata; el modo semiótico del discurso directo es heterogéneo, patrón en el sintagma introductor, es autónimo en la parte “citada”, es decir, mostrada.

La modalización en discurso segundo, por su parte, puede presentar dos estructuras diferentes de acuerdo con la incidencia de la modalización. Si ella recae en el contenido (según x, de acuerdo con x, es x quien lo dice) o sobre el empleo de una palabra, tomada como prestada del exterior (como diría x, para hablar de modo, para retomar una expresión, según las palabras de x). Este último caso constituye lo que llamamos modalización autonómica en discurso segundo.

Es objeto de estudio también, la existencia de formas híbridas de cita, que no se reducen a la dicotomía discurso directo/indirecto. Ellas recorren el espectro que va de las comillas a las itálicas. Las comillas establecen una separación entre el discurso y la frase entercomillada. Únicamente en el caso del discurso directo, tal separación causa una ruptura sintáctica, por medio de la cual el enunciador “menciona” las palabras del otro, en un acto de citación en su sentido más estricto. No obstante, es frecuente que, en las frases o términos entrecomillados, no se produzca dicha ruptura, sino un fenómeno de connotación autonómica, en el que el fragmento entrecomillado sea, al mismo tiempo, mencionado y utilizado. En otras palabras la voz o palabra del otro está integrada en el discurso sin incurrir en ruptura sintáctica alguna: se encuentra inscrita en la continuidad sintáctica del discurso del sujeto enunciador. De acuerdo con Maingueneau (1981), este recurso es utilizado en la prensa y en el discurso académico para dar una reformulación condensada del conjunto de una enunciación, restableciendo en principio el punto

de vista del locutor citado, aunque el punto de vista de quien cita puede interferir en el del locutor citado.

Los sintagmas entrecomillados proceden de otra dimensión enunciativa que L marca para no asumir la entera responsabilidad, no tanto de su significación como de su connotación: “Las comillas constituyen en cierta forma un emblema de flexibilidad y de la complejidad de los mecanismos de cita: ora un deslizamiento del enunciador se efectúa subrepticamente en su ausencia, ora su presencia señala algo distinto que un verdadero cambio de locutor” (Kerbrat-Orecchioni, 1986)

Con estas herramientas, nos interesa reconocer las formas que adquieren en el corpus la heterogeneidad mostrada y qué relación establece ésta con el discurso propio.

3. Los otros en el corpus

Entre las formas de representación, en un discurso, de otro discurso nos detendremos en las formas de discurso representado en sentido estricto (el discurso directo, el discurso indirecto) y los enunciados con modalización en discurso segundo, y las formas entrecomilladas. Estas formas de heterogeneidad mostrada entran en relación con la heterogeneidad constitutiva de los discursos, designando con esos modos la presencia permanente, profunda, de “otros lugares”, de lo “ya dicho” de los otros discursos.

En los textos analizados, las formas marcadas de tales manifestaciones establecen el lugar del *otro* a través de una marca unívoca como en el caso de las citas, pero también los términos y frases entrecomilladas o en cursiva. A partir de esos fenómenos enunciativos se introducen las voces de otros enunciadores a

través de la palabra del locutor, se trata de actos polifónicos que dan lugar a estrategias discursivas y metadiscursivas. Los mecanismos que articulan la identificación o rechazo de la intrusión de enunciadores en el enunciado del locutor son precisamente las huellas de la heterogeneidad mostrada.

En el corpus, se puede observar cómo el locutor separa su discurso de las palabras extrañas de los enunciadores/testimoniados, por medio de marcas tipográficas o códigos gramaticales. El análisis plantea varias particularidades: en primer lugar, la abundancia de discurso representado; en segundo lugar, la radicalidad de la separación del discurso del *otro* mediante marcas ostensibles (comillas, cursiva, negrita); y en tercer lugar, la ausencia de identificación contextual del discurso ajeno.

Una primera cuestión con la que nos encontramos en el corpus es justamente la gran cantidad de texto dedicado al discurso representado en todas sus manifestaciones. Pareciera que los textos se construyeran solo por la suma de testimonios, con una mínima intervención del locutor/investigador.

Es usual encontrar la combinación de discurso directo, indirecto y discurso segundo en una misma cláusula o en cláusulas contiguas. Mientras que el discurso directo es usado para ejemplificar, para mostrar lo que se pretende demostrar, los dos restantes intervienen con mayor frecuencia en la interpretación de los testimonios expuestos que concurren en forma sucesiva, ya sea antes de las palabras de los otros, ya sea a continuación de estas.

Así:

1. Un ejemplo de esto es el testimonio de un obrero de la construcción, viejo militante comunista, que utiliza su relación con la guerrilla para marcar, desde el hoy, su distancia con una historia partidaria a la que percibe como poco revolucionaria y sectaria:

“Entonces me vinieron a ver y ahí empezó la relación (con los Montoneros) entonces mi relación con el resto de los grupos políticos era sectaria a nivel de discurso político, pero después si teníamos que hacer algo acordábamos sin grandes discusiones... (Pozzi y Schneider, “Memoria y socialismo”, p. 45)

2. ...Se suponía que los miembros del PRT provenientes de los sectores medios. O de la burguesía, automáticamente debían trabajar mucho para superar su “individualismo”, “intelectualismo”, “egoísmo”; mientras que a los de origen obrero se los consideraba como “solidarios”, “colectivos”, y que tenían “un sentir de masas”. Todo esto le llevó a un informante, hijo de obrero metalúrgico, que era abogado, a decir: “Era gracioso. Para mis viejos yo era todo un éxito porque soy abogado. Pero para mis compañeros soy un fracaso, porque tendría que haber sido metalúrgico”. (Pozzi, P., “Los Perros” p. 110)

En los ejemplos se puede observar la concurrencia del DI para dar cuenta en forma precisa de la fuerza ilocutiva⁶⁸ del discurso representado. De este modo, se impone una interpretación sobre el discurso representado.

En todos los casos, encontramos una preferencia por las palabras “literales” de los testimonios, es decir, un predominio del discurso directo. Los otros “dicen” con sus propias palabras y así lo indican. A pesar de que se observa un respeto por las palabras del otro, sin embargo las citas no suelen estar completas y excepcionalmente se conocen datos de la fuente. Además, en ningún caso se da cuenta del contexto de producción de las entrevistas.

⁶⁸ La fuerza ilocutiva está constituida por componentes de un enunciado que le permiten funcionar como un acto de habla particular. (Austin, 1962)

3. Un solo testificante nos brindó una visión diferente, y levemente crítica: “Santucho era un guerrero...” (Pozzi y Schneider, “Memoria y socialismo”, p. 51)

4. Según un obrero tucumano, de los primeros militantes del PRT-ERP, “la lucha nuestra, mía, por ejemplo no era porque yo tenía conciencia de que había que construir el socialismo en la Argentina sino más bien era un seguimiento a Roby”. (Pozzi y Schneider, “Memoria y socialismo”, p. 51)

5. Otros testimonios vienen a ratificar esta sospecha: “tener miedo era una cosa medio... medio como de vergüenza”. (Carnovale, V., “Jugarse al Cristo”, párrafo 29)

6. Por ejemplo, cuando se le preguntó si se arrepentía de haber sido guerrillero, un testificante respondió: “No. No me arrepiento para nada. Fue la mejor parte de mi vida. Claro... quizás no quiero rechazar la única vez en mi vida que estuve dispuesto a hacer algo por otros, aunque el precio fue muy alto. ¿Lo haría otra vez? Probablemente.” (Pozzi, P., “Los Perros”, p. 113)

7. Por ejemplo un obrero cordobés de Fiat recordó en una entrevista: “Y... bueno después lo encontré, a este Germán Gomez que era del PRT. Y como era un tipo muy combativo, un obrero muy bien clasista.” (Pozzi, P., “Los Perros”, p. 115)

8. En el universo de aquellos de nuestros entrevistados⁶⁹ que eran militantes de superficie no parece haber fisuras en esta evaluación: "...todos los que estábamos en la superficie... (Águila y Viano, "Trabajador@s y militantes", p. 186)

Se puede observar entonces que no hay un afán de precisión e identificación de las voces. Se trata de anónimos, ora testimoniantes, ora entrevistados, a veces identificados por su lugar de origen, profesión o filiación (obrero tucumano, obrero cordobés), que, sin más descripción, se apropian de la discursividad. Veremos más adelante cuál es el uso predominante que se hace de los testimonios.

Con respecto al discurso indirecto, este es usado para reformulaciones / generalizaciones no solo a partir de un testimonio individual sino también de un conjunto de testimonios. Podríamos afirmar que es este último el modo que prevalece. La interpretación de los discursos ajenos lleva a la condensación de los discursos originales y la modalidad elegida es el discurso indirecto.

9. Al mismo tiempo, otro informante recuerda lo que él llamó "una insurrección" de los militantes obreros que estaban en una escuela de cuadros en la que el responsable no quería que se tomara vino con las comidas. (Pozzi, P., "Los Perros", p. 109)

10. Por otro lado, los entrevistados expresaron no tener miedo a la violencia guerrillera. (Pozzi, P., "Los Perros", p. 118)

⁶⁹ Las negritas son nuestras.

11. Sin embargo varios mencionaron que el accionar de la guerrilla sirvió como desencadenante de la represión en el lugar de trabajo. (Pozzi, P., “Los Perros”, p. 118)

12. Un rasgo destacado del discurso del PB lo constituía el fuerte contenido antiburocrático, que en parte es explicado por los mismos militantes cuando al analizar las distintas vertientes que lo conformaron señalan la impronta de los cuadros de origen sindical que venían de las luchas de la Resistencia. (Águila y Viano, “Trabajador@s y militantes”, p. 190)

De acuerdo con Voloshinov, prevalece la modalidad analítico-discursiva.

Con el discurso indirecto, resulta dificultoso distinguir cuándo las expresiones pertenecen al hablante que cita o al citado. Esta ambigüedad socava los límites entre uno y otro. Fenómeno que también se observa en el uso de frases o términos entrecomillados, que indican otro modo de separación con el discurso de los otros, comienzan a diluirse las marcas de heterogeneidad discursiva

En cuanto a la modalización en discurso segundo, es decir aquellas formas que se ocupan de modalizar la referencia a otro discurso, también ocupan un lugar de relevancia en los textos del corpus:

13. **Según la esposa de un obrero de la carne⁷⁰**, ella no sabía a qué organización pertenecía su marido hasta que llegó la policía a detenerlo. (Pozzi, P., “Los Perros”, p. 112)

⁷⁰ Las negritas son nuestras.

14. Según distintos testimonios pareciera haber habido un vínculo entre los conflictos obreros y la actividad guerrillera. (Pozzi, P., "Los Perros", p. 113)

15. Según varios de los entrevistados esto parece haber sido legitimado por el hecho de que Santucho mismo cumplía con su parte de las tareas domésticas y estaba siempre listo a cebar mate en las reuniones partidarias. (Pozzi, P., "Los Perros", p. 115)

En estos ejemplos, se modalizan las referencias a otros discursos, estrategia que permite la generalización y con ello la pérdida de especificidad. No sabemos de qué testimonios se trata, ni cuáles han sido sus palabras.

En el caso de los fragmentos entrecomillados, es frecuente que no se produzca una ruptura, sino un fenómeno de connotación autonímica, en el que el fragmento es, al mismo tiempo, mencionado y utilizado. La voz o palabra del otro se integra en el discurso sin recurrir a ruptura sintáctica alguna; se encuentra inscrita en la comunidad sintáctica del discurso del sujeto enunciador. Los sintagmas entrecomillados proceden de otra dimensión enunciativa que el locutor marca para no asumir la entera responsabilidad, no tanto de su significación como de su connotación. El término entrecomillado, cuya responsabilidad no se asume, pertenece al exterior de su discurso.

Algunos ejemplos:

16. En este testimonio se patetiza esta dualidad aparentemente irreconciliable entre el marcado orgullo de ser obrero contrapuesto a la externidad de los "pequeñoburgueses" que se proletarizaban o iban a trabajar

y a veces a vivir en las villas. (Águila y Viano, “Trabajador@s y militantes”, p. 193)

17. El testimonio que sigue pone de relieve cómo el “compartir” es asociado casi exclusivamente a la militancia: “Mi mujer militaba, sí... (Águila y Viano, “Identidad política y memoria”, p. 208)

18. Es interesante señalar un elemento que apareció entre algunos militantes al referirse a “los pibes” que no venían fogueados de la discusión política de fines de los sesenta, que eran muy chicos y que los mandaban a ser jefes, así de ese modo “la dirección” se garantizaba el acatamiento. (Águila y Viano, “Identidad política y memoria”, p. 206)

19. En los relatos de los militantes montoneros se destaca reiteradamente que “era un auge desmesurado, era una cosa explosiva realmente” o “cualquier movilización que hacíamos nosotros éramos miles”. (Águila y Viano, “Identidad política y memoria”, p. 209)

20. Asimismo, en la percepción de muchos militantes setentistas el obrero se convertía en *descamisado* o *negro*. (Pozzi y Schneider, “Memoria y socialismo”, p. 46)

A pesar de la atribución autorial de las ideas en el discurso directo, conceptos e incluso frases, la presencia de discurso indirecto, frases entrecomilladas y discurso segundo en el corpus señala una tendencia hacia una dilución del discurso de los otros en el discurso propio. La presencia de la fuente oral que es determinante en

este tipo de textos no ocupa el lugar que visualmente manifiesta. Las marcas de heterogeneidad discursiva que "toman por asalto" los textos, en realidad son continuamente usadas por el discurso del locutor y esta función es la que nos ocuparemos ahora de analizar.

Como hemos demostrado, las marcas de heterogeneidad mostrada irrumpen a cada momento en los textos del corpus. Pero, ¿qué uso se les da?

En los discursos analizados, si bien pueden encontrarse algunas citas de autoridad, cuando se apela a alguna fuente escrita, básicamente predominan las cita-pruebas. Estas últimas ayudan a refutar o defender una argumentación en un discurso dado, pero, a diferencia de la cita clásica, en este tipo de cita, el locutor no revela la fuente de origen. (Pendones De Pedro, 1992) La autoridad la tiene el testimonio en sí, que en general se trata de un testimonio anónimo. En realidad, deberíamos hablar de la cita-ejemplo. Pero no se trata sólo de una estrategia de la argumentación, la cita-ejemplo adquiere un estatus particular ya que prueba la validez de lo argumentado pero a su vez argumenta para darle validez al discurso.

21. Un **ejemplo** claro de esto es una anécdota relatada por distintos testimoniantes, siempre sobre otra organización: "Dos miembros de dirección de la otra organización fueron a Vietnam y quedaron maravillados... (Pozzi y Schneider, "Memoria y socialismo", p. 45)

22. Por su parte, para los obreros del PB de la región con los que trabajamos, el estudiante nunca dejó de ser visto como alguien que viene de afuera, más aun, que no pertenece a su "clase social". Un interesante ejemplo es la reflexión que formulaba en términos de una fuerte valoración negativa, un dirigente obrero del PB de zona norte:

"También en esos años, en los años 70, era un poco un trabajo de ciertos sectores en la universidad, como también se dio en el caso de

las villas, donde yo me disfrazaba de villero, para vivir una experiencia, una experiencia política... Eso era una experiencia de muchos sectores de la universidad de aquellos años, como ciertos cuadros que salían de la universidad, y que se ponían el overol para hacer su experiencia como trabajadores...” (Águila y Viano, “Trabajador@s y militantes”, p. 192)

23. Los relatos que siguen ejemplifican el peso que adquirieron las relaciones interpersonales en este proceso, en el primer caso se trata de un militante del PB y en el segundo de un cuadro dirigente montonero, ninguno de los cuales provenía de familias peronistas.

“el 69 fue un año muy pesado, transité la mayor parte del despelote suelto, hasta que en algún momento decidí que tenía que hacer algo en alguna organización y me acerqué a la que más amigos tenía, que era en UEL...” (Águila y Viano, “Identidad política y memoria en los militantes...”, p. 203)

En forma recurrente, se observa una insistencia en ejemplificar aquello que se generaliza a partir de los testimonios. Ahora bien, ¿qué efecto produce esta estrategia discursiva? El anonimato de las fuentes junto con la función de ejemplificar hace que se acorte la distancia entre los discursos representados y la voz propia del locutor de los textos. Por un lado, encontramos una clara demarcación entre lo que no es propio, la voz de los testimonios a partir de marcas unívocas, y lo propio, el locutor-investigador que valora, selecciona, interpreta. Por otro lado, la imprecisión, la generalización de los que dicen, el uso de los discursos ajenos como ejemplos. Esta sujeción de los discursos representados al

discurso propio no se muestra fácilmente, hecho que consideramos clave para comprender el lugar de las fuentes orales en los textos del corpus.

Una segunda cuestión, que se nos aparece, es la relacionada con el lugar del discurso propio en los textos del corpus. La preeminencia de la voz del otro a través de los recursos citados oculta la voz del discurso propio. Todo pareciera estar al servicio del testimonio. Esta última característica produciría, como contrapartida, la escasa presencia de la voz propia. El discurso es invadido por las fuentes orales generalmente anónimas que dicen no sólo cuando hablan sino cuando se las interpreta, cuando se las presenta, cuando se las relaciona. Sin embargo, la presencia del discurso propio se manifiesta de otro modo: en la metodología elegida que origina la investigación, en la elección de los testimonios, en las interpretaciones sugeridas.

Prueba de ello son los siguientes ejemplos:

24. **Es notable**⁷¹ que no recuerden haber tenido miedo a la guerrilla. Aunque todos expresaban miedo a la violencia, y una falta de comprensión de la política guerrillera, todos expresaron distintas formas de simpatía... En algunos casos dijeron recordar que la guerrilla ayudaba y protegía a la comunidad de las fuerzas de seguridad. (Pozzi, P., "Los Perros", p. 115)

25. **Uno de los temas que surgen** de los testimonios es la diferenciación entre las organizaciones más antiguas de la izquierda, como el Partido Comunista y las nuevas organizaciones surgidas en la década de 1960. (Pozzi y Schneider, "Memoria y socialismo", p. 45)

⁷¹ Las negritas son nuestras.

26. Este, al igual que otros testimonios registrados, **alude a cómo** las lecciones del pasado cobran vida en los momentos de necesidad y cómo también se hallan en el presente y se tienen en cuenta para el futuro. (Pozzi y Schneider, “Memoria y socialismo”, p. 49)

27. Esta idea de trabajo desde “afuera” también **aparece sugerida** en la descripción que realizan un conjunto de militantes montoneros que habían sido relocalizados en zona norte del Gran Rosario para desarrollar allí la organización. (Águila y Viano, “Trabajador@s y militantes”, p. 184)

Como se observa, hay un constante control del enunciador sobre el discurso, es decir se nos dice cómo debe ser comprendida y evaluada la fuente. En estos casos no hay hesitación, ni alternativas, el enunciador indica claramente cómo debe interpretarse lo expuesto.

4. Lo manifiesto y lo constitutivo

Luego del análisis acerca de la absoluta presencia del otro en los discursos de la historia oral, ya sea a través del discurso directo, indirecto y discurso segundo, ya sea a través de frases entrecomilladas, podemos volver a algunas ideas.

Una de ellas está relacionada con la apariencia protagónica de la fuente oral en la escritura académica y, con ello, el ocultamiento de la voz propia del enunciador de los textos. Se muestra aquello que se afirma o interpreta, a partir de las palabras de los otros. A la inversa de otros discursos, en la historia oral el *otro*

pareciera ser constitutivo y por ello se muestra. La preeminencia de las fuentes orales propicia la escucha de las voces de los otros. Otros que, a pesar de ser anónimos, son constituidos como autoridad en función de su testimonio.

No observamos una búsqueda de precisión de la palabra reproducida, ni un esfuerzo por parte del enunciador en hacer creer que reconstruye la situación de comunicación del mensaje reproducido. Esta puesta en discurso se muestra conciente de la parcialidad y subjetividad propia del discurso que trabaja con fuentes orales.

En efecto, ningún discurso representado, por más larga y minuciosa que sea la descripción de la enunciación dada por el enunciador (quién habla, cuándo, dónde, en qué circunstancias, en qué tono, con qué gestos) en el sintagma introductor, puede ser considerado como restitución completa, fiel, de otro acto de enunciación que ella tenga como objeto. Un discurso directo escrupulosamente textual no puede ser considerado como fiel u objetivo.

Una consecuencia que se desprende de lo anterior es que el discurso se establece como un saber del *otro* que le da a los textos verosimilitud y le asegura una credibilidad referencial. Sin embargo el absoluto control del enunciador que se ocupa de definir quién es ese otro, a través de decidir de qué se habla y quién habla, no nos permite pensar en un discurso constituido por fuentes orales, sino a partir de ellas.

El discurso académico de la historia oral sobre la guerrilla argentina manifiesta explícitamente sus fuentes, las construye y da cuenta de ellas, pero en ningún momento abandona el control enunciativo. El “hacer emerger” al otro tal como se piensa el conocimiento a partir de fuentes orales se realiza en los textos analizados como una posibilidad de escuchar *otras voces* convocadas a instancias de un enunciador que decide continuamente el lugar que ellas deben ocupar en sus textos.

Observamos que esta oscilación entre el discurso ajeno y el propio da cuenta, por un lado, del protagonismo del primero, pero, por otro lado, no se trata de un protagonismo constitutivo de los discursos. Lo constitutivo queda en segundo plano.

Las fuentes orales se constituyen a través de los textos y el trato que reciben contribuye a cambiar las prácticas discursivas de la escritura de la historia. Así, la intertextualidad y las relaciones intertextuales de la historia oral son centrales para la comprensión de los procesos de constitución de las fuentes orales. Sin embargo, su condición de posibilidad, es el discurso propio, el del enunciador/historiador.

CAPÍTULO 5: Discurso y representación de las fuentes orales

“Comprendemos el mundo a través de la lengua, pero al ser utilizada por los hablantes, la lengua es más que eso: es una versión del mundo que ofrece e impone algo más.”
(Fairclough, 1992)

Las palabras de que disponen y escogen los hablantes sirven para el ordenamiento lingüístico del mundo. (Fowler y Krees, 1979, 1993) Puesto que los significados de las palabras y la lexicalización de significados son socialmente variables y socialmente negociados, el proceso que consiste en la elección léxica se encuentra dentro de facetas de amplios procesos socioculturales. Aquí, partimos de la idea de que cada forma tiene una función y significado diferente (Halliday, 1985), por ello tenemos que reflexionar qué sucede cuando para un mismo fenómeno se encuentran distintas formas: ¿son portadoras de distintos significados sociales e ideológicos?, ¿predican todas propiedades distintas de un mismo conjunto o constituyen referencias diferentes? Uno de los aspectos más interesantes concierne al medio a través del cual se hace algo, la expresión de la causalidad y la atribución de la responsabilidad: ¿qué sentidos se usan?, ¿qué perspectivas interpretativas se proponen?

Si nos centramos en nuestro corpus, consideramos que la práctica que consiste en poner en texto las palabras del otro lleva ineludiblemente a cuestionar la representación e interpretación de las fuentes orales. Desde este lugar, la propuesta es analizar en este capítulo cómo son representadas las fuentes orales en la historia oral. Para ello nos detendremos en algunos de los mecanismos sintáctico-semánticos que participan en la configuración del sentido discursivo y concretamente, en la construcción de las representaciones. Específicamente, analizaremos los roles asignados en los textos a las fuentes orales, los tipos de procesos adjudicados a los testimonios, y los procedimientos para evaluar dichos

procesos. Sostenemos que la forma de representación de las fuentes orales resulta significativa en el momento de la comprensión y es funcional para una determinada concepción del conocimiento histórico.

Para la selección y discusión de las categorías y mecanismos semánticos partiremos de las propuestas realizadas por Norman Fairclough (1992) y Robert Hodge y Gunther Kress (1979).

1. Forma lingüística y significado social

Lejos de una concepción de lenguaje entendida como sistema arbitrario y convencional, para Hodge y Kress (1979), la forma lingüística es una realización del significado social. De allí que se convierte en significativa la elección lingüística que los hablantes realizan cada vez que interactúan socialmente.

Siguiendo a Halliday (1985, 1994), los autores exigen que los significados sociales y sus realizaciones textuales se incluyan en el ámbito de la descripción gramatical. Puesto que el lenguaje se aprende en contextos de interacción y la estructura del lenguaje en uso responde a las necesidades comunicativas de esas interacciones (reflejando pautas sociales más amplias), la estructura de un lenguaje debería mirarse en general como formada en respuesta a la estructura de la sociedad que lo usa. En estos argumentos subyacen algunas presuposiciones. Por un lado, que el lenguaje sirve a ciertas funciones específicas y que todas las formas y procesos lingüísticos expresan una de estas funciones o todas ellas; por otro lado, que las elecciones que hacen los hablantes entre el inventario total de formas y procesos son escrupulosas y sistemáticas; y finalmente que la relación entre la forma y el contenido no es arbitraria o convencional, sino que la forma significa el contenido. Detrás de estas presuposiciones subyacen las funciones principales del lenguaje planteadas por Halliday (1970, 1978, 1994). Una de ellas

es la función ideacional, según la cual lo que se comunica son sucesos y procesos del mundo, y las entidades que estos implican; la otra, función interpersonal, se centra en que el lenguaje sirve para expresar la actitud del hablante ante esas proposiciones y para expresar la relación percibida del hablante con un interlocutor; y la función textual que sería la encargada de presentar lo anterior en textos coherentes, adecuados y apropiados.

De acuerdo con Hodge y Krees (1979), los hablantes como miembros de grupos sociales y de habla específicos tienden a encontrarse en situaciones recurrentes haciendo demandas similares. Este hecho explica la emergencia de códigos y el hecho de que los significados de esos códigos sean fácilmente reconocidos. Es la tercera presuposición la que permite completar el nexo entre la realidad social y la forma lingüística. La significatividad de la elección en el seno de un sistema no es suficiente por sí sola, si consideramos los elementos del sistema como representaciones arbitrarias y convencionales de sus referentes. Es solo cuando reconocemos el significado transportado por los elementos mismos cuando puede demostrarse que la forma lingüística es una realización del significado social. La selección de una forma antes que otra apunta a la articulación por parte del lector de una clase de significado antes que de otra.

Dentro de esta concepción, el lenguaje es parte de un modelo social y, a la vez, resultado suyo. Sirve para confirmar y consolidar las organizaciones que lo configuran y se usa para manipular a las personas, para establecerlas y mantenerlas en papeles y estatutos social y/o económicamente convenientes, para mantener el poder. Esto se efectúa en parte por actos verbales directos e indirectos, en parte por procesos más generalizados en los que la teoría o ideología de una cultura o de un grupo se codifica, articula y afirma de manera tácita, todo ello de manera lingüística.

En esta teoría, las categorías del lenguaje fundamentales son una serie de “modelos” que describen la interrelación entre objetos y eventos. Estos modelos son un esquema básico que se deriva del proceso de percepción visual del ser

humano. A su vez, este esquema sirve para clasificar los eventos en el mundo de un modo "simple pero crucial". (Hodge y Krees, 1979)

Por su parte, la propuesta de Norman Fairclough (1992) es contribuir al desarrollo de una teoría social del lenguaje operativa al momento de su aplicación en estudios concretos. Reúne para ello las pautas metodológicas del análisis textual desarrollado en el marco de la lingüística con categorías provenientes de la teoría social. Así partiendo de la idea de discurso en tanto uso del lenguaje oral y escrito, el autor integra la dimensión social característica de la concepción foucaultiana de discurso, en particular, la idea de que el discurso constituye la sociedad. Utiliza también como pivote teórico para articular ambas concepciones de discurso, la clasificación de las funciones básicas de la comunicación lingüística formulada por Halliday. El discurso construye orden social a través del cumplimiento de funciones relacionales, ideacionales y textuales. Fairclough agrega además un cuarto medio funcional: el discurso construye identidades sociales según se posicionen en él los sujetos, es decir, cumple una función identitaria.

La intención de este autor de vincular discurso y cambio social se basa en la combinación en un sentido teórico-social de un discurso con el sentido que le da la perspectiva texto-interacción, dentro de un análisis lingüísticamente orientado. Este concepto de discurso y de análisis del discurso es tridimensional. Cualquier instancia del discurso es vista simultáneamente como: una pieza de texto, una instancia de práctica discursiva y una instancia de práctica social. La dimensión textual comprende el análisis lingüístico de los textos. La dimensión discursiva especifica la naturaleza del proceso de producción e interpretación textual. Y la dimensión de práctica social comprende las circunstancias institucionales y organizativas del evento discursivo.

Para definir el discurso, Fairclough se propone considerar el lenguaje en uso como una forma de práctica social, más que una actividad puramente individual o un reflejo de variables situaciones. Esto implica que el discurso es un

modo de acción, una forma por la cual la gente puede actuar sobre el mundo y especialmente sobre otros. Implica también que existe una relación dialéctica entre discurso y estructura social: esta última es a la vez una condición para y un efecto de la primera. El discurso está formado y restringido por la estructura social a todo nivel. Pero también es socialmente constitutivo. El discurso contribuye a la construcción de todas aquellas dimensiones de la estructura social que directa o indirectamente lo forman y lo restringen según normas y convenciones, así como relaciones e identidades e instituciones que descansan detrás de él. El discurso como práctica no solo representa al mundo sino también lo significa constituyendo y construyendo su significado.⁷²

Se distinguen tres aspectos de los efectos constitutivos del discurso: la contribución a la construcción de identidades sociales y posiciones subjetivas para los sujetos sociales y las formas de ser uno mismo; la ayuda a construir las relaciones sociales entre los individuos; y la construcción de los sistemas de creencias y conocimiento. Estos tres efectos corresponden respectivamente a las tres funciones del lenguaje y las dimensiones de significado propuestas por Halliday que coexisten e interactúan en todo discurso.

Por otra parte, la práctica discursiva es constitutiva tanto en sentido convencional como creativo: contribuye a la reproducción social como así también a la transformación social. Es importante que las relaciones entre discurso y estructura social se vean como dialécticas. La perspectiva dialéctica es correctiva del sobredimensionamiento de la determinación del discurso por las

⁷² Aquí el autor se distancia de Hodge y Krees y señala algunas limitaciones del modelo propuesto por estos autores. En primer lugar la lingüística crítica tiende a poner énfasis en los textos como productos, y poco en los procesos de producción e interpretación de textos. Así, en el análisis, las relaciones entre los rasgos textuales y significados sociales tienden a ser representados como directos y transparentes. En segundo lugar, la lingüística crítica pone un énfasis unilateral en los efectos del discurso en la reproducción social de las relaciones y las estructuras sociales existentes y olvida al discurso como un dominio en el cual tienen lugar luchas sociales, y al mismo tiempo, el cambio en el discurso como una dimensión más amplia de cambio social y cultural. En tercer lugar, por el olvido relativo de los procesos de interpretación, el énfasis está fuertemente puesto en la realización de las ideologías en los textos. (Fairclough, 1992)

estructuras, tanto discursivas (códigos, convenciones, normas) como no discursivas.

El discurso como práctica política establece, sostiene y cambia las relaciones de poder y las entidades colectivas entre las cuales se dan relaciones de poder. En tanto que el discurso como práctica ideológica constituye, naturaliza, sostiene y cambia las significaciones del mundo, desde los diversos lugares en las relaciones de poder. Esto implica que la práctica política y la ideológica no son independientes. La ideología es un conjunto de significaciones generadas dentro de las relaciones de poder, es una dimensión del ejercicio del poder y de la lucha por el poder. De este modo, la práctica política es una categoría supraordinada. (Fairclough, 1992)

Además el discurso como una práctica política no es solo un lugar de lucha por el poder sino también una exposición de esa lucha: la práctica discursiva hace manifiestas las convenciones que naturalizan las relaciones de poder y las ideologías particulares. Estas convenciones en sí y los modos en que se articulan entre sí son el foco de la lucha.

Así, para Fairclough, el análisis de un discurso en particular, como pieza de una determinada práctica discursiva, se focaliza sobre el proceso de producción, de circulación y de consumo del texto. Todo este proceso es social y se debe hacer referencia al contexto económico, político e institucional en el cual ese discurso es generado. La producción y el consumo poseen una naturaleza parcialmente sociocognitiva, en el sentido de que involucran procesos cognitivos de producción e interpretación textual, procesos que a su vez se basan en las estructuras y convenciones sociales internalizadas. En la explicación de este proceso sociocognitivo se deben especificar cuáles de los elementos del orden del discurso son distintivos y cómo aparecen en la producción e interpretación de significados. El punto central es establecer conexiones que expliquen la relación existente entre los modos en que los textos son reunidos e interpretados y la naturaleza de la práctica social en términos de su relación con las estructuras y

conflictos sociales. No se puede reconstruir el proceso de producción sin tener en cuenta el proceso de interpretación, considerando exclusivamente las referencias textuales: los textos están respectivamente marcados por esos procesos, y no pueden ser producidos ni interpretados sin estos recursos sociales.

Estos supuestos nos permiten pensar que el discurso de la historia oral - como otros discursos- tiene funciones específicas, y que los enunciadores *eligen* las formas para dar cuenta de los procesos de significación. Además, como disciplina científica, la historia oral elegiría un modo de representar el conocimiento al que le correspondería un modelo sintáctico-semántico. En este caso nos preguntamos ¿qué función cumplen las fuentes orales y qué modelo es elegido para dar cuenta de ellas?

Si bien en este capítulo nos vamos a centrar en el nivel textual, desde estas teorías es necesario considerar los procesos de producción, circulación y consumo de los discursos. Problemáticas estas que retomaremos en las conclusiones de este trabajo.

2. Los procesos y los participantes

Según M.A.K. Halliday (1985), el marco semántico básico para la representación lingüística de los procesos es el proceso mismo, los participantes del proceso y las circunstancias asociadas con el proceso. Estos elementos proveen el marco de referencia para la interpretación de la experiencia. Cada uno de ellos tiene una realización sintáctica preferida: el proceso, una frase verbal; los participantes, frases nominales; y las circunstancias, adverbios o frases proposicionales.

Tomando como punto de partida esta percepción, Fairclough (1992)

propone analizar, en el nivel textual⁷³, el fenómeno de la transitividad (denominada transactividad en el modelo de los procesos de Hodge y Krees - 1979- y que supone un tipo de clasificación de las acciones), las nominalizaciones, la voz y los tipos de participantes asociados a dichos procesos, así como la modalidad. La motivación sociodiscursiva para analizar la transitividad es tratar de ver qué factores sociales, culturales, ideológicos o teóricos determinan cómo un proceso es significado en un tipo particular de discurso o de texto.

La propuesta de clasificación de los eventos o acciones en tipos formulada originalmente por Halliday es retomada por Fairclough de un modo más sencillo. Está pensada en función de su utilidad para el análisis del discurso, según se observa en el siguiente cuadro.

Cuadro 1

Tipo de proceso	Participantes
Acciones dirigidas	Agente-meta
Acciones no dirigidas	Agente
Eventos	Meta
Procesos relacionales	Entidad-atributo
Procesos mentales	Experimentante-fenómeno

Todo proceso tiene un participante (agente o paciente o meta); algunos procesos también tienen otro participante, agente y paciente o agente y meta. Lo que distingue a las acciones del resto de los eventos o procesos es que en ellas

⁷³ Según explicitamos más arriba, una de las tres dimensiones de un evento discursivo; las dos restantes son la dimensión de práctica discursiva y la dimensión de práctica social.

interviene un agente, es decir, un participante que ejecuta voluntariamente la acción. En el caso de las acciones dirigidas interviene un segundo participante, la meta, aquel o aquello hacia lo que el proceso se extiende –el término *paciente* es el utilizado tradicionalmente por diversas escuelas semánticas y sintácticas para ese rol-. En la medida en que el proceso se hace cada vez más abstracto, resulta más complicado identificar actor y meta.

El modelo de acciones dirigidas (transactivo) involucra uno o dos objetos relacionados por un proceso verbal. Uno de los dos objetos aparece como el causante de la acción y el otro como el afectado.

En el modelo de acciones no dirigidas (no transactivo) aparece una sola entidad relacionada con el proceso. En este caso muchas veces se hace imprecisa la distinción entre actor y afectado para esa única entidad relacionada con el proceso.

Un tercer modelo, se trata de una simple relación. Los eventos son acontecimientos que ocurren al participante y lo afectan sin que este tenga una participación voluntaria. Para N. Fairclough, este participante es la meta.

Finalmente, los procesos mentales abarcan las cláusulas de “sentir”, “pensar” y “percibir”. Aquí siempre hay un participante que es humano, el que siente o piensa. El segundo participante, a diferencia de las acciones materiales, no es una cosa, es algo más abstracto. El tiempo no marcado para estos procesos es el presente. Los participantes son el experimentante, que es el ser conciente que está sintiendo y el fenómeno, que es lo que es sentido. Incluyen fenómenos relacionados con conocimiento, percepción y emoción.

Cuando los procesos accionales aparecen en sintagmas transformados, este procedimiento mitiga la agencialidad. Hodge y Krees (1979) entienden por transformación cualquier operación realizada sobre la forma básica de los enunciados. En general se trata de elipsis, sustituciones, combinaciones o reordenamientos de sintagmas o partes de los mismos. Estas transformaciones

cumplen las funciones básicas de economía y/o distorsión. Entre ellos encontramos la nominalización y la pasivización. La nominalización promueve la impersonalidad en el estilo como efecto de la supresión de participante y produce un efecto de objetivación. La pasivización permite poner de relieve las prioridades temáticas, subrayar de qué se trata en un texto. De este modo, los objetos pasivizados pueden parecer agentes, a pesar de su función real como afectados.

Los modelos alternativos dentro de la gramática se reconocen a partir de ciertas preguntas: ¿afecta la acción a una o más entidades?; ¿produce la acción una nueva entidad?; ¿la acción es realizada por el agente sobre sí mismo?; ¿es iniciada la acción por el actor o por algún otro participante? Las respuestas a estas preguntas revelan ciertas disposiciones lingüísticas de los acontecimientos. Por encima de ellas, es fructífero preguntarse quién se beneficia de la acción, qué otras circunstancias concurren en el acontecimiento, y cómo se conectan con él espacial o temporalmente, instrumental o causalmente.

Ahora bien, para determinar qué modelo predomina en la representación de las fuentes orales del corpus, analizaremos los *participantes* (tipos de agente: animados, inanimados, abstracciones), que son los encargados de representar los acontecimientos y situaciones a los que se refieren los textos; y los *predicados* que expresan acciones, estados, procesos, procesos mentales, siempre relativos a las fuentes orales.

3. La referencia a las fuentes orales I: los participantes

La unidad fundamental de la gramática es la cláusula o la oración simple y los elementos principales de la cláusula se llaman grupos o frases. Las cláusulas por lo general se combinan y forman oraciones complejas; son multifuncionales, una combinación de significados ideacionales, interpersonales y textuales. Los

hablantes realizan elecciones sobre el diseño y la estructura de las cláusulas y estas elecciones determinan cómo significan y construyen identidades y relaciones sociales, conocimientos y creencias.

Para el establecimiento de la unidad de análisis, partimos de la propuesta de Halliday (1985), buscando el elemento más básico o simple de representación de una acción, la cláusula, entendida esta como la unidad mínima en la que se representa un proceso o acción y un participante. Considerando los objetivos de este trabajo, decidimos seleccionar aquellas cláusulas que refieren a las fuentes orales.

Una primera entrada a los textos la realizamos a partir del tipo de términos o construcciones que se utilizan para referirse a las fuentes orales. Los sustantivos que aparecen con mayor frecuencia son –alternativamente- *testimoniante* y *testimonio* en sus diversas representaciones. Aquí se presenta una distinción interesante que funciona a lo largo de todo el corpus y que se relaciona con dos modos de mención de las fuentes orales.

O bien se las considera sujetos animados: *testimoniante*, *informante*, *militante*, *entrevistado*, *muchos*, *la gente*, *una mujer*, es decir, se trata de una amplia gama que va desde la concepción de las fuentes como voces que dicen (*testimoniante*, *informante*) hasta la concepción de las fuentes como sujetos anónimos (*gente*, *mujer*, *otros*), e incluso como conjuntos no identificados (*militante*, *entrevistado*). A este modo lo identificamos como **modo 1**.

Ejemplos:

1. Según un **militante entrevistado**⁷⁴: “Cuando llegué a Córdoba por primera vez encontré un mundo nuevo y fascinante... (Pozzi, "Los perros", p. 116)

2. El vínculo entre cristianismo y marxismo, a nivel cultural, fue expresado por un **obrero ferroviario**: “El socialismo para mí es una forma de compartir cosas... (Pozzi y Schneider, “Memoria y socialismo”, p. 46)

3. **Otros** destacaron haber percibido al peronismo desde muy niños señalando el carácter de “sentimiento” de sus primeras aproximaciones: “en casa mis padres que eran extranjeros, eran inmigrantes... (Águila y Viano, “Identidad política y memoria”, p. 201)

O bien se considera a las fuentes orales como textos/discursos: *testimonio, anécdota, entrevista, relato, tópico*, en los que se privilegia la condición discursiva de las fuentes. A este modo lo identificamos como **modo 2**. Si se observan los ejemplos, esos términos hacen hincapié en el carácter discursivo de la fuente, excepcionalmente hay en ellos alusión al sujeto que da su testimonio.

Ejemplos:

4. Otro ejemplo, es la **anécdota** de una militante en una escuadra militar que insistía en usar una 45 automática. (Pozzi, P. “Los Perros”, p. 112)

⁷⁴ La negrita utilizada de aquí en adelante es nuestra.

5. Los distintos **testimonios** utilizados en este trabajo corresponden principalmente a militantes de base, aunque no únicamente. (Pozzi y Schneider, "Memoria y socialismo", p. 43)

6. Consignemos que trabajar con **entrevistas** implica necesariamente un proceso de "construcción de fuentes", que debe ser reinterrogado. (Águila y Viano, *Trabajador@s y militantes*, p. 180)

En el desarrollo de los textos que conforman el corpus, aparece alternativamente el uso de ambos modos de referencia, por ello no podríamos indicar una preeminencia de un modo sobre el otro, ya que el porcentaje de ocurrencias es similar. Un 52% para el modo 1 y un 48% para el modo 2. Sin embargo, sostenemos que el uso de un modo u otro es significativo con respecto al estatus de las fuentes orales, no se trata de una alternancia de sinónimos, sino que los distintos usos comportan interesantes consecuencias a la hora de analizar qué hacen los *testimonios* y qué los *testimoniantes*, y cómo son tratados unos y otros.

Una primera distinción que encontramos es que, en el modo 1, los participantes como *testimoniantes* no necesitan ser descriptos, se privilegia lo que dicen, se definen por lo que hacen/dicen y toda evaluación por parte del enunciador queda fuera de las cláusulas que refieren a las fuentes orales.

7. Siguiendo lo que alguno de nuestros entrevistados nos habían dicho, comenzamos hablando de utopía. (Gurevich, "Los setenta, una utopía?", p. 1086)

8. Ángel, por ejemplo, recuerda con cierta irreverencia y sin otorgarle mayor importancia un discurso pronunciado en una “Escuela de Cuadros” en Tucumán. (Carnovale, “Jugarse al Cristo”, párrafo 17)

9. El testimoniante, un obrero metalúrgico, ex militante de Vanguardia Comunista, expresó: “Pregunta: Y decime, ¿qué era el socialismo... (Pozzi y Schneider, “Memoria y socialismo”, p. 59)

En cambio, en el modo 2, las fuentes -consideradas *discursos*- necesitan no solo manifestarse sino también ser descriptas y evaluadas. Así encontramos, por ejemplo:

10. Las entrevistas realizadas a mujeres que se habían proletarizado fueron en general de difícil resolución y hubo que sortear obstáculos de naturaleza distinta para ello. (Águila y Viano, *Trabajador@s y militantes*, p. 191)

11. El relato actualizaba lo vivido y nos colocaba ante el “drama social”. (Gurevich. “Los setenta, una utopía? ”, p. 1086)

12. Todos los testimonios de los militantes de su organización destacan su humanidad, su accesibilidad, su ejemplaridad. (Pozzi y Schneider, “Memoria y socialismo”, p. 49)

La pregunta que nos hacemos entonces es cuándo los discursos analizados eligen un modo u otro de representación de la fuente oral. Para ello revisaremos, en primer lugar, qué rol les es asignado, en cada caso, a las fuentes; y en segundo lugar, la naturaleza de los predicados.

¿En el corpus las distintas representaciones de las fuentes orales qué roles desempeñan? ¿Se trata de agentes que protagonizan las acciones que predicán o son pacientes que reciben acciones?

Para dar cuenta de los roles, restringimos la clasificación de los participantes cuya voz “se escucha” en los textos, en agentes, pacientes o bien en entidades de las que se predica un atributo, debido a que no hallamos ocurrencia en el corpus de los restantes roles mencionados por Fairclough.

Cuadro 2

Rol	Modo 1	Modo 2
Agente	80%	46%
Entidad	18%	41%
Paciente	2%	13%

Como puede observarse en el cuadro anterior, en los modos 1 y 2, predomina el rol agente, pero mientras que el modo 1 eclipsa la mayoría de las otras posibilidades, en el modo 2 este rol es compartido con el rol de entidad. Los participantes en el modo 1 como *testimoniantes* no se describen, importa qué dicen y toda apreciación por parte del enunciador/investigador se ausenta, solo queda la voz de los protagonistas. De allí, el predominio del rol agente.

En cambio, en el modo 2, las fuentes consideradas discursos necesitan no solo manifestarse sino también ser descriptas y evaluadas (rol de entidad). Por otra

parte, en ambos casos, la aparición del rol de paciente es bastante bajo, con una mayor presencia en el modo 2.

Retomaremos estos resultados más adelante. Nos interesa ahora revisar los predicados que acompañan a los participantes.

4. La referencia a las fuentes orales II: los predicados

Puesto que los predicados (palabras que expresan acciones, estados, procesos, procesos mentales) representan los acontecimientos y situaciones a que refieren los textos (Fairclough, 1992), examinamos ahora qué tipos de predicados presentan las cláusulas que refieren a las fuentes orales en cada uno de los modos señalados. Según Halliday, se entiende como proceso todos los fenómenos a los que va ligada una especificación de tiempo. Dado que el presente del modo indicativo señala en ocasiones una especificación temporal no definida (A VECES atemporal), podríamos pensar que estas cláusulas son funcionales para una descripción de un estado de cosas más que para una narración de procesos.

Aquí distinguimos acciones dirigidas / no dirigidas y procesos relacionales. Las acciones dirigidas son aquellas en las que interviene al menos un participante responsable de la acción. En tanto que los procesos relacionales son procesos de “ser”, de “tener” o de “transformarse”, en los que los participantes involucrados son una entidad y su atributo.

Encontramos algunas coincidencias y algunas diferencias entre ambos modos de referir a las fuentes, según se trate de sujetos o de discursos. (Véase el cuadro 3)

Cuadro 3

Procesos	Modo 1	Modo 2
Acciones no dirigidas	78%	46%
Procesos relacionales	16%	41%
Pasivizaciones	6%	13%

Como puede observarse en el cuadro, una vez más hallamos algunas coincidencias entre ambos modos de referir a las fuentes según se trate de sujetos o de discursos. Los tipos de procesos que predominan en ambos casos son accionales no transactivos en los que aparece una sola entidad relacionada con el proceso.

En lo que se refiere al modo 1, encontramos un elevado porcentaje de agentes de procesos accionales no transactivos con las particularidades que ya señalamos respecto a qué participantes se constituyen en agentes. En tanto no son relevantes los procesos relacionales.

13. Encontré que mis informantes rara vez mentían concientemente, y sin embargo distorsionaban la historia con silencios y omisiones. (Pozzi, P., "Los Perros", p. 113)

14. Un solo testimoniante nos brindó una visión diferente, y levemente crítica: "Santucho era un guerrero..." (Pozzi y Schneider, "Memoria y socialismo", p. 51)

15. Ángel, por ejemplo, recuerda con cierta irreverencia y sin otorgarle mayor importancia un discurso pronunciado en una "Escuela de Cuadros" en Tucumán. (Carnovale, "Jugarse al Cristo", párrafo 24)

Con respecto al modo 2, los agentes de los procesos accionales no transactivos están contruidos como nominalizaciones es decir, expresiones nominales de conceptos que promueven la impersonalidad en el estilo como efecto de la supresión de participantes. La objetivación permite la descripción de un proceso como un objeto. Esto a su vez afecta a la lexicalización, la provisión de palabras y de frases para codificar nuevos conceptos o consolidar los existentes.

Ejemplos:

16. Los distintos testimonios utilizados en este trabajo corresponden principalmente a militantes de base, aunque no únicamente. (Pozzi y Schneider, "Memoria y socialismo", p. 43)

17. Los relatos que siguen ejemplifican el peso que adquirieron las relaciones interpersonales en este proceso, en el primer caso se trata de un militante del PB y en el segundo de un cuadro dirigente montonero, ninguno de los cuales provenía de familias peronistas. (Águila y Viano, "Identidad política y memoria", p. 203)

En este modo 2, se puede observar además un importante incremento de procesos relacionales ecuativos (aquellos en los que aparecen dos entidades relacionadas) y atributivos (aquellos en los que aparece una sola entidad calificada). (Hodge y Kress, 1979) Así, se hace necesario definir, mencionar atributos ("el testimonio de Silvia es revelador", "los distintos testimonios utilizados en este trabajo corresponden principalmente a militantes de base...").

Otros ejemplos:

18. Si bien los anteriores son obreros, los dos testimonios a continuación pertenecen a antiguos militantes de clase media. En los mismos varía el lenguaje, las metáforas y el imaginario en que se describe el socialismo, pero sigue teniendo connotaciones prácticas y concretas. (Pozzi y Schneider, "Memoria y socialismo", p. 61)

19. Tomados en conjunto, los testimonios parecen encerrar una singular vitalidad y una permanente actualización del ideario izquierdista que se convierte en una ideología subalterna y contestataria. (Pozzi y Schneider, "Memoria y socialismo", p. 62)

20. Las entrevistas realizadas a mujeres que se habían proletarizado fueron en general de difícil resolución y hubo que sortear obstáculos de naturaleza distinta para ello. (Águila y Viano, "Trabajador@s y militantes", p. 191)

Finalmente, es importante destacar la diferencia de porcentajes entre el modo 1 y el modo 2 respecto a los roles pasivos de los participantes. El aumento de ocurrencias en el modo 2 está relacionado con el aumento de la nominalización, el foco una vez más está dado en lo discursivo.

Una última distinción que consideramos relevante en esta propuesta es el análisis de los verbos que acompañan a ambos modos de referencia de las fuentes orales en cuanto a cómo inscriben en el enunciado la subjetividad lingüística. Aquí remitiremos al trabajo de K. Kerbrat-Orecchioni, *La enunciación. De la*

*subjetividad en el lenguaje*⁷⁵.

Un acercamiento a los textos nos permite distinguir dos grandes grupos de verbos que indican procesos mentales. Unos más objetivos⁷⁶ (*dijo, expresó, recuerda, explicó*) que dan cuenta del acto de habla de los testimonios y testimoniantes sin interpretación y otros más subjetivos (*silencian, destacan, vienen a ratificar, pone de relieve, refleja*) que se relacionan con juicios valorativos (se relacionan con la estructura del discurso) sobre los procesos mismos y la naturaleza del juicio del enunciador se formula en términos de verdadero / falso / incierto.⁷⁷

Ahora bien, ¿qué relación se establece entre el uso de los verbos y los modos de referencia señalados?

En el análisis se destaca un predominio de verbos más objetivos en las referencias a las fuentes orales como testimoniantes: *expresar, decir, explicar, recordar*.

Ejemplos:

21. El testificante, un obrero metalúrgico, ex militante de Vanguardia Comunista, expresó: "Pregunta: Y decime, ¿qué era el socialismo... (Pozzi y Schneider, "Memoria y socialismo", p. 59)

⁷⁵ A partir de 1958, Benveniste comienza a darle un estatuto lingüístico a la noción de subjetividad. Kerbrat-Orecchioni (1993) continúa el trabajo de Benveniste y hace una descripción e inventario de los lugares en que más se manifiesta la subjetividad en el lenguaje. Amplía el inventario de los marcadores de subjetividad o subjetivemas, además de los deícticos, los términos afectivos, evaluativos, modalizadores y otros lugares en los que se inscribe el enunciado del sujeto de la enunciación.

⁷⁶ Kerbrat-Orecchioni (1980) aclara: "El empleo de cualquier unidad léxica -y los verbos no escapan a la regla- puede considerarse, en cierto sentido, como subjetivo. (...) Admitiendo esto, lo cierto es que algunos verbos (como "gustar") están marcados subjetivamente en forma más clara que otros (como "comprar")." (p. 131)

⁷⁷ A estos verbos C. Kerbrat-Orecchioni los llama *intrínsecamente subjetivos*.

22. Dijo uno: “Leíamos que Jesús echó a los fenicios... (Pozzi, P. “Los Perros”, p. 107)

23. Un antiguo activista sindical peronista de Santiago del Estero, encarcelado en 1971, explicó: P: ¿Por qué te detuvieron? (Pozzi, P. “Los Perros”, p. 117)

24. Ángel, por ejemplo, recuerda con cierta irreverencia y sin otorgarle mayor importancia un discurso pronunciado en una “Escuela de Cuadros” en Tucumán. (Carnovale, “Jugarse al Cristo”, párrafo 19)

Y un predominio de verbos más subjetivos en las referencias a las fuentes orales como discurso: *silenciar, destacar, poner de relieve*.

25. En función de esto los testimonios inconscientemente, silencian aquellos momentos que parecen incompatibles con la alegría del militante. (Pozzi y Schneider, “Memoria y socialismo”, p. 53)

26. Todos los testimonios de los militantes de su organización destacan su humanidad, su accesibilidad, su ejemplaridad. (Pozzi y Schneider, “Memoria y socialismo”, p. 49)

27. Otros testimonios vienen a ratificar esta sospecha: “tener miedo era una

cosa medio... medio como de vergüenza". (Carnovale, "Jugarse al Cristo", párrafo 22)

28. El testimonio que sigue pone de relieve cómo el "compartir" es asociado casi exclusivamente a la militancia: "Mi mujer militaba, sí... (Águila y Viano, "Identidad política y memoria en los militantes", p. 208)

Una vez más hallamos otra forma de distinguir ambos modos de referencia a las fuentes orales.

La pregunta que nos hacemos es si nos encontramos ante dos modos de representación de las fuentes orales o podemos pensar que coocurren en la misma representación de las fuentes orales.

5. Entre testimonios y testimoniantes

En cuanto a las representaciones de las fuentes orales en los discursos del corpus, pudimos observar, a partir del análisis de participantes y procesos, una representación que las muestra, por un lado, como sujetos animados que tienen la facultad de referir acontecimientos del pasado. Y, por otro lado, como discursos que además de actuar en procesos accionales, se presentan como algo a definir, se trata de entidades de las que se predica un atributo, y dan pie a la interpretación de los enunciadorees mediante la presencia de verbos subjetivos.

Cuando se las presenta como agentes se trata de representaciones de las fuentes orales como actores con volición y autonomía, independientes del investigador. Este tipo de representación es asociada con una tendencia a

considerar los *testimoniantes* como sujetos y no como *testimonios*, sin la reconstrucción que supone la discursividad.

Podemos decir que esta modalidad corresponde a un tratamiento convencional de las fuentes, en la que se privilegia lo que el testimoniante dice. En cambio, la primera representación señala un alejamiento del sujeto de su discurso, alejamiento que autoriza, entre otras cosas, la interpretación del enunciador/investigador. Se muestra explícitamente el trabajo del enunciador sobre las fuentes.

Si bien una y otra representación tienen similar entidad en los textos, ya que se usan en igual proporción, es el modo 2 en el que reconocemos el protagonismo de la fuente oral como texto y es el que permite al enunciador destacar la calidad discursiva de las fuentes. En efecto, la impersonalidad marcada por la nominalización y la pasivización permite al enunciador dar a las fuentes orales tratamiento de objeto a la vez que destacan su dimensión discursiva. Ello se debe a que modifica la estructura superficial y el orden canónico de los roles correspondientes a los actores involucrados en la acción. La voz pasiva permite opacar o no mencionar al agente del proceso, y lo presenta como algo ocurrido a un afectado. De esta manera, un verbo que habitualmente tiene como participantes un agente y una meta puede presentar solo la meta (o paciente). La nominalización, por su parte, lleva al extremo el efecto de desagentivación de la pasiva y presenta el evento como un hecho congelado sin marcas de tiempo y espacio.

A pesar de las diferencias analizadas entre los dos modos de referencia a las fuentes orales, el predominio, en los modos 1 y 2, del modelo accional no transactivo no necesariamente nos remite a una gran colección de “hechos particulares”⁷⁸. Por un lado, este modelo hace que el evento parezca más

⁷⁸ Así lo indican Hodge y Krees en *Lenguaje como ideología* (1979). Allí los autores distinguen entre una ciencia que se ocupa solo de las causas materiales procedentes de la naturaleza y una ciencia preocupada solo por las causas efectivas que puede distribuir secuencias complejas de

inmediato y palpable, y así indiscutible. Sin embargo, el anonimato de los agentes en cuestión los coloca más cerca de una nominalización. Nos explicamos. Cuando el participante es un obrero, ¿quién realiza la acción, quién “dice”?, la “obreridad”; si es un militante, la militancia; si es Silvia, una mujer, las mujeres y los hombres, un conjunto de sujetos. Entonces, la presencia de un alto porcentaje de agencialidad animada indeterminada, en realidad, convierte al testimonio en una generalización. No son individuos los que aportan su testimonio, en todo caso son individuos prácticamente sin individualidad, ya que representan a conjuntos de sujetos, refieren a experiencias personales pero deben entenderse como experiencias colectivas de determinados grupos o clases.⁷⁹

Estos resultados nos permiten arribar a algunas ideas con respecto al lugar que ocupan las fuentes orales en la escritura de la historia oral. En primer lugar, las fuentes no son solo discursos, mantienen un vínculo con la realidad que desborda el discurso. Las participantes/entrevistados se independizan y reclaman *ser fuente* con “su propia voz”. Se convierten así en estrategias del enunciadador que quiere probar con ejemplos lo que afirma, señalando su dependencia de las fuentes, aunque no se trata de individuos sino de voces que representan grupos y, en consecuencia, la generalización es pertinente. En segundo lugar, las fuentes son también discurso y es en este sentido que nos parece ver un rasgo distintivo de este tipo de escritura que logra considerar los testimonios como hechos de la lengua y se reconoce como construcción discursiva en el interior de su propia estructura. El enunciadador usa, transforma las fuentes en textos y por ello puede evaluarlas, ponerlas en relación; las hace discurso.

Ambas representaciones nos permiten observar oscilaciones del investigador con respecto al tratamiento que realiza de las fuentes orales en el discurso sobre la guerrilla. Por un lado, el aporte de la historia oral al

causación. La primera sería una ciencia no transactiva, y la segunda, transactiva. El modelo no transactivo resulta más empirista y menos teórico porque focaliza los elementos más vívidamente, como en la percepción.

⁷⁹ Nos preguntamos aquí si esta característica tiene que ver con la indole del corpus, por el modo de hacer historia oral.

conocimiento de lo social que consiste en restituir a la historia a los que tradicionalmente no se les ha dado la voz. Aquí encontramos las palabras de los *otros* que se manifiestan literalmente. Pero por otro lado, la conciencia de que no basta con la puesta en escena de los otros, se hace necesario que ello sea interpretado ya que es el modo en que se genera conocimiento sobre el funcionamiento social.

De todos modos, no nos parece aventurado proponer la lectura de los dos modos de representación de las fuentes orales como subclases de un único modo de representación. Las fuentes orales se representan alternativamente de un modo y de otro de acuerdo con una necesidad discursiva. Creemos que no se trata de una oscilación del enunciador/investigador con respecto al lugar que deben ocupar las fuentes orales en sus textos. Ambos modos *hacen* a las fuentes orales.

CONCLUSIONES

“Contar una historia es levantarse en armas contra la amenaza del tiempo, resistirse al tiempo o dominarlo. Contar una historia preserva al narrador del olvido; una historia construye la identidad del narrador y el legado que dejará al futuro.” (Portelli, 1997, 195.)

“Hablar del Otro como sujeto no basta, mientras no nos veamos a nosotros mismos como sujetos entre otros, mientras no ubiquemos el tiempo en nosotros y no nos ubiquemos nosotros en el tiempo.” (Portelli, 1997, 218.)

La propuesta de acercarse a la **escritura académica de la historia oral** como discurso científico nos ha permitido reconocer un “orden de discurso” particular, el de la historia oral sobre la guerrilla argentina (1966-1976). En esa práctica discursiva, a partir del análisis centrado en el uso de las fuentes orales, hemos reconocido las estrategias discursivas que permiten comprender cómo los textos del corpus perciben sus condiciones de producción y cómo resuelven la inclusión de las fuentes orales. Por otra parte, este discurso particular además de constituir un fragmento de práctica discursiva, es, a su vez, una forma particular de la práctica social. Y es este sentido que evaluamos el lugar que ocupan las fuentes orales en la construcción del conocimiento de una disciplina como la historia.

Tomar la escritura como objeto nos permitió observar el modo en que esos escritos constituyen su objeto y cómo esta puesta en texto específica hace emerger al *otro*. En ese sentido, resulta ineludible pensar la problemática desde la escritura. En ella debe pensarse la inclusión de otro que es un individuo, pero que también es una fuente, que es una voz. El desafío de la escritura del *otro* autoriza – sostenemos aquí – estrategias discursivas ajenas al discurso académico que plantean nuevas problemáticas. En esta escritura se debate lo establecido y lo nuevo, la aceptación del canon y la instalación de un nuevo paradigma.

El análisis propuesto a través de las diferentes herramientas del análisis del discurso nos ha permitido distinguir el modo de escribir historia de la historia oral

académica. Creemos entonces que es el momento de plantear conclusiones, al menos, en dos sentidos. Por un lado, estamos en condiciones de caracterizar la historia oral académica desde el punto de vista discursivo de modo de definir su particularidad como clase textual; y, por otro lado, reconocer las concomitancias entre la escritura de la historia oral y la percepción de la escritura de otras ciencias sociales, que también trabajan con fuentes orales.

El discurso de la Historia Oral

El análisis planteado nos permite caracterizar la historia oral académica desde el punto de vista discursivo. Para ello retomaremos la estructura de análisis propuesta en la introducción, en la que establecimos tres modos de acercamiento a la problemática planteada. Ellos son: las estrategias de referencia a las fuentes orales; las estrategias de inclusión de las fuentes orales en los textos; y las estrategias para definir las fuentes orales como *otros*, a partir de lo que los otros *son* y de lo que los otros *hacen*.

En primer lugar, las estrategias utilizadas nos permitieron distinguir cómo los textos hacen referencia a las fuentes orales, cómo las diferencian, cómo las evalúan. Así, para la identificación de las formas de la enunciación en los textos y la función que cumplen, nos detuvimos en el estudio de subjetividad y la modalización. (Capítulo 3: “Los *otros* y la enunciación en la Historia Oral”.)

En primer término, dimos cuenta de la forma enunciativa que caracteriza a la historia oral. En ese sentido, observamos que los diversos planos de la enunciación (historia/discurso, narración/comentario) se perciben desdibujados en el corpus. La calidad de las fuentes orales y su apelación a la memoria propician

una contaminación de planos enunciativos. Ello puede observarse claramente en el deslizamiento de una enunciación que se mueve entre historia y discurso dejando que una y otro prueben sus límites. Así, cuando se narra, se usan las estrategias del comentario y de ese modo se percibe ampliada la validez de las fuentes orales: como documentos, adquieren un protagonismo inusual. Cuando se comenta, predominan las estrategias de la narración, se perciben así los límites de la validez científica de los discursos: la interpretación no es absoluta, deja el resquicio de la duda, de la aproximación, de la imposibilidad de certidumbre.

Ahora bien, ¿se trata esto de una disputa entre los planos por apropiarse del discurso en su totalidad o se trata de un acercamiento dialógico entre ellos? El análisis nos inclina por la segunda opción. Estos discursos, que se ubican más allá de los debates entre una historia narrativa y una historia interpretativa, que desafían la escritura de la ciencia en su modelo racionalista moderno y positivista (Paolubne, 2004), ¿pueden entonces pensarse como una nueva propuesta de construcción del conocimiento inducida justamente por la naturaleza de las fuentes convocadas?

En segundo término, y en el sentido que venimos señalando, también las modalidades enunciativas en los textos del corpus dan cuenta de los límites del discurso. Pero además, ponen en evidencia un enunciador presente que recuerda la materialidad de la producción discursiva.

El enunciador reenvía la verdad de lo enunciado a la instancia de la enunciación y desde allí el enunciador hace uso de la modalidad veredictiva. De ese modo da cuenta de los modos de circulación de los objetos cognitivos en el interior del discurso. Las restantes modalidades, subordinadas a la modalidad veredictiva, se presentan como puestas en escena de la veredicción.

En lo analizado, una vez más, el discurso regido por la modalidad veredictiva se aproxima a los hechos, se niega a hacer aserciones definitivas, confiesa los límites de las fuentes y por tanto de sí mismo. Sin embargo, como

contrapartida, se afirma en la autoridad del enunciador para valorar los hechos. Es el enunciador quien establece la importancia que se debe dar a lo que se dice, es él quien dice a dónde se debe mirar.

Establecidas la aproximación, la falta de certeza absoluta, la probabilidad, el discurso de la historia oral propicia el diálogo entre planos pero no cede la enunciación. El lector, obligado a reconocer la autoridad de los textos, no es engañado sobre la infalibilidad de los resultados, se trata de una construcción en la que necesariamente debe cooperar con el enunciador.

Con el fin de profundizar el estudio de cómo los textos constituyen su objeto, en segundo lugar, estudiamos el discurso representado, de este modo problematizamos la enunciación escrita de la historia oral en la que el escritor se enuncia escribiendo y, dentro de su escritura, hace que se enuncien otros discursos. (Capítulo 4 “El discurso de los *otros* en la Historia Oral”)

Nos detuvimos así en el fenómeno enunciativo que da cuenta de la introducción de voces de otros enunciadores a través de la palabra del locutor, actos polifónicos que dan lugar a estrategias discursivas y también metadiscursivas. Aquí anclamos en la capacidad interdiscursiva del discurso a partir del concepto de heterogeneidad discursiva introducido por J. Authier – Revuz (1984). Nos centramos en la problemática del discurso citado, los diversos modos de representación en el discurso de las palabras atribuidas a otras instancias diferentes a las del locutor. Analizamos el discurso directo, discurso indirecto, las formas híbridas y la modalización por remisión a otro discurso.

En el corpus, no hay precisión ni esfuerzo por parte del locutor en mostrar que reconstruye la situación de comunicación del mensaje reproducido. La puesta en discurso de la palabra de otros se muestra conciente de la parcialidad y subjetividad propia del discurso que trabaja con fuentes orales. Así el discurso se establece como un saber del *otro* que le da a los textos verosimilitud y le asegura

una credibilidad referencial. Sin embargo, el absoluto control del locutor que define quién es ese otro, al decidir de qué se habla y quién habla, no nos permite pensar en un discurso constituido por fuentes orales, sino a partir de ellas. Los textos manifiestan explícitamente sus fuentes, las construyen y dan cuenta de ellas, pero en ningún momento se abandona el control enunciativo.

A partir de las palabras de los otros, se muestra aquello que se afirma o interpreta tras un aparente ocultamiento de la voz propia del locutor de los textos. La palabra reproducida no es precisa, el locutor se niega a reconstruir la situación de comunicación del mensaje reproducido. Así, la puesta en discurso da cuenta de la parcialidad y subjetividad que se convierten en propias de este discurso que trabaja con fuentes orales. Establecido como un saber del *otro* que le da a los textos verosimilitud y le asegura una credibilidad referencial, pero con absoluto control del locutor que se ocupa de definir quién es ese otro, a través de decidir de qué se habla y quién habla.

El “hacer emerger” al otro -tal como se piensa el conocimiento a partir de fuentes orales- se realiza en los textos analizados como una posibilidad de escuchar *otras voces* convocadas a instancias de un locutor que decide continuamente el lugar que ellas deben ocupar en sus textos. Las fuentes orales se constituyen a través de los textos y el trato que reciben contribuye a cambiar las prácticas discursivas de la escritura de la Historia. Así, la intertextualidad y las relaciones intertextuales de la historia oral son centrales para la comprensión de los procesos de constitución de las fuentes orales. Sin embargo, su condición de posibilidad es el discurso propio, el del enunciador/historiador.

Finalmente, en tercer lugar, definimos al *otro* a partir de lo que el otro *es* y de lo que el otro *hace*. Aquí con el modelo sintáctico-semántico de Hodge y Krees (1993), analizamos las actitudes del enunciador con respecto a las fuentes orales;

y las acciones que se realizan por la vía del lenguaje. Damos cuenta entonces de los roles asignados en los textos a las fuentes orales, los tipos de procesos adjudicados a los testimonios, y los procedimientos para evaluar dichos procesos. (Capítulo 5 “Discurso y representación de las fuentes orales”)

Las fuentes orales son representadas de dos modos diferentes. Por un lado, se muestran como sujetos que hacen referencia a acontecimientos del pasado, pero, por otro lado, como discursos que además de actuar en procesos accionales, se presentan como algo a definir, se trata de entidades de las que se predica un atributo. Este último modo es el que da pie a la interpretación del enunciador mediante la presencia de verbos subjetivos.

Cuando las fuentes son testimoniadas, es decir sujetos, el tratamiento que reciben es convencional, se privilegia lo que aquellos dicen. En cambio, cuando se trata de testimonios, es decir de discurso, el enunciador se aleja de la instancia de la enunciación referida al momento de la entrevista, y ello le permite la interpretación. En este caso, se muestra explícitamente el trabajo del enunciador sobre las fuentes.

En el segundo modo, reconocemos el protagonismo de la fuente oral como texto. En efecto, la impersonalidad marcada por la nominalización y la pasivización permite al enunciador dar a las fuentes orales tratamiento de objetos a la vez que destacan su dimensión discursiva. Sin embargo, a pesar de que en el primer modo predomina el modelo accional no transactivo y los eventos parecen inmediatos e indiscutibles, el anonimato de los agentes en cuestión los acerca al segundo modo. En efecto, no son individuos los que aportan su testimonio, son individuos que representan a conjuntos de sujetos, si bien refieren a experiencias personales, estas deben entenderse como experiencias colectivas de determinados grupos o clases.

Entonces, en primer lugar, las fuentes son los participantes/entrevistados que se convierten así en estrategias del enunciador que quiere probar con ejemplos

lo que afirma, y señala de ese modo su dependencia de las fuentes. Sin embargo, no se trata de individuos sino de voces que representan grupos y por ello se hace pertinente la generalización. En segundo lugar, las fuentes son también discurso, los testimonios son hechos de la lengua y se reconocen como construcción discursiva en el interior de su propia estructura. El enunciador usa, transforma las fuentes en voces anónimas y en textos. En los dos casos, las hace discurso.

Ambas representaciones nos permiten observar oscilaciones del investigador con respecto al tratamiento que realiza de las fuentes orales en el discurso sobre la guerrilla. Por un lado, el aporte de la historia oral al conocimiento de lo social que consiste en restituir a la historia a los que tradicionalmente no se les ha dado la voz. Pero por otro lado, la conciencia de que no basta con la puesta en escena de los otros, se hace necesario que ello sea interpretado ya que ese es el modo en que se genera conocimiento sobre el funcionamiento social.

A lo largo de este trabajo se nos han planteado algunas cuestiones relativas a las herramientas seleccionadas para llevar a cabo el análisis. Al respecto, como fuimos señalando en distintas oportunidades, hemos comprobado que el discurso de la historia oral por su naturaleza nos permite discutir categorías discursivas o alcances de algunas categorías que funcionan de modos poco habituales en el discurso académico.

Señalamos, en el análisis, el uso de algunas estrategias de estos discursos: la contaminación de los planos de la enunciación, la puesta en escena del decir verdad a través de mecanismos concebidos como efectos de sentido, la heterogeneidad discursiva ostensivamente mostrada y su dependencia del enunciador, la acción -en el sentido pragmático- de las fuentes que, como sujetos, hacen y, como discursos, explican; estas estrategias ¿estarían definiendo el

discurso de la historia oral como una clase textual particular, que viene a incomodar al discurso canónico de la ciencia?

Acordamos con Heinemann y Viehweber (1991), y Heinemann (2000) e incluso con Charaudeau (2004) en que una tipología debe ser multinivel, flexible, capaz de explicar la variabilidad histórica y cultural de las clases textuales. Para Heinemann (2000), los niveles de análisis de una tipología -cada uno de los cuales puede adquirir mayor, menor o ninguna importancia según la clase textual- son: nivel funcional, nivel situacional, nivel temático/de contenido y nivel formal gramatical.

Las particularidades que señalamos del discurso de la historia oral parecerían apuntar a diferencias, con respecto al discurso canónico de la historia, en los niveles temático y formal. En tanto, se podría considerar que en el nivel funcional -entendido como el papel de los textos en la interacción-, y en el nivel situacional -entendido como la situación contextual concreta-, ambos discursos funcionan de un modo semejante. En efecto, por los ámbitos de circulación de la historia oral, esta tiene funciones y se presenta en situaciones similares al del discurso histórico canónico.

En cambio, como unidad de contenido, centrada en las estructuras temáticas y despliegues del tema textual, y como unidad gramatical, centrada en los indicios y relaciones intralingüísticas señalados en el corpus, la historia oral académica se apartaría de la escritura canónica de la historia. Pruebas de ello son, entre otras, el uso que se hace de las fuentes orales, las posiciones del enunciador, la representación de las fuentes orales, el lugar del *otro*, sus modos de establecer verdad. Estrategias estas que separan el discurso de la historia oral del discurso canónico.

Ahora bien, ¿estamos frente a distintas clases textuales o se trata de variantes de una misma clase textual? El modelo teórico de Heinemann y Viehweber no jerarquiza un criterio en particular, y por ello no permite establecer

precisión. ¿Es suficiente con confirmar que los propósitos comunicativos de ambos modos de hacer historia se cumplen efectivamente para considerarlos una misma clase textual?

Por el contrario, nos interesa señalar en este punto la estrecha relación que se establece entre lo que los discursos proponen y cómo lo hacen. En este sentido, creemos que la relación entre el paradigma científico y su lenguaje es recíproca: el lenguaje condiciona al paradigma, y el paradigma condiciona al lenguaje. La conclusión es entonces que lo que las palabras significan está regido por cómo son usadas. (Heinrich, 1994) Este mutuo condicionamiento produciría una creciente homologación entre el plano epistemológico y el del lenguaje.

Así como el discurso científico canónico, a partir del racionalismo científico moderno y la “ciencia unificada” del positivismo lógico, reduce la subjetividad a la mínima expresión, desarrolla investigaciones objetivas, acompañadas por una enunciación objetivante (Paolubne 2004), el discurso de la historia oral, signado por la impronta de las fuentes de las que hace uso, da cuenta de sus límites, de sus imprecisiones, se aleja de la certeza. De este modo, este discurso como nueva forma de producción discursiva – académica como conjunto de regularidades lingüísticas, se constituye como clase textual que homologa en su forma de “decir” aquello que afirma. Y es en este sentido que planteamos cuestiones teóricas y metodológicas propias de un nuevo paradigma que se establece en relación con un contexto científico que lo propicia.

Historia Oral y ciencias sociales

Las observaciones que venimos realizando en el discurso académico de la historia oral no pueden considerarse manifestaciones aisladas. Otras ciencias sociales han enfrentando los mismos desafíos, según señalamos en la introducción de este trabajo. Desde la década del 60 del siglo XX, comenzó a ser objeto de reflexión la alta diversidad de las formas de producción y circulación del discurso de las ciencias sociales. Greimas (1989) observa que este discurso se desarrolla en varios niveles a la vez “los que se interpenetran, se suceden, se interpretan y se apoyan unos a otros, garantizando así la solidez y la progresión de la empresa con vocación científica” (240-241).

Hasta entonces, la historia, siguiendo el postulado de Ranke, trató de exponer cómo ocurrieron las cosas en realidad, para lo cual los documentos escritos de una época eran la base de esa evidencia perseguida. Otras disciplinas buscaron datos cuantitativos que no dependieran de la subjetividad del investigador y asumieran la existencia de verdades universales sobre la conducta humana.

Pero, a partir de los años setenta, tienen lugar varios cambios en el panorama científico. Por un lado, I. Wallerstein (1996) señala una revolución en las ciencias naturales: el descubrimiento de que la ciencia no es determinista y que solo puede alcanzar afirmaciones probabilísticas acerca del futuro. Esas ciencias abandonan el paradigma newtoniano y se acercan a las premisas de las ciencias sociales. Además, se registra que la tendencia a la concentración de las disciplinas académicas en el periodo 1850-1945 se ha invertido, con el reconocimiento del estatus científico de las temáticas que giran en torno a los “pueblos olvidados”, y que en términos académicos fueron: estudios sobre la mujer, sobre las negritudes y otros temas marginales. Por otro lado, reingresa la historicidad al campo de las ciencias sociales, desde la sociología a la teoría literaria, desde los estudios

culturales a la indagación filosófica. El perspectivismo y el subjetivismo ilustran los cambios que ha sufrido el pensamiento y permiten explicar la quiebra de los estatutos de objetividad científica y metodológica. La verdad no se alcanza por un proceso interpretador que la desenmascare sino que es fruto del propio proceso de interpretación. (Gil Villa, 1998)

En este contexto, la ciencia deja de ubicarse en el viejo esquema que distinguía un mundo verdadero de otro falso y reconoce su base heurística. “El investigador debe hacer emerger la historia de los conceptos como acontecimientos en el teatro de los métodos. La historia oral por su particular puesta en escena ¿no será especialmente la indicada para la dramatización de las contradicciones y de las tensiones que se dibujan y desdibujan en la memoria?” (Gil Villa, 1998, 120-121)

Pero el fenómeno complejo de la desacralización de las ciencias- y de sus repercusiones sobre los métodos y en particular sobre la historia oral- está ligado a los problemas que suscita el cambio social y cultural en las últimas décadas, en las que la historia oral, junto con algunas corrientes de la sociología y la antropología, aparece como método de investigación pertinente para dar cuenta de las identidades y cumplir la función ritual de la confesión.

En este panorama, los cambios afectan los métodos de investigación. La observación empírica y los documentos escritos no son suficientes para dar cuenta de esta complejidad. El análisis de los discursos se hace necesario para desvelar el entramado de los intereses y valores que entreteje el sistema de comportamientos. Ahora los investigadores deben vigilar constantemente en su trabajo el etnocentrismo, los motivos profundos para la realización de las entrevistas a los grupos sin voz, la violencia simbólica que suponen los valores y sentimientos que filtra el estudioso en su interacción. Bourdieu (1990) ha desarrollado en este punto conceptos como *vigilancia epistemológica* o *vigilancia de la vigilancia* de Bachelard (1990). Esto no se debe solo a la aplicación exhaustiva de las técnicas objetivas de investigación o a la búsqueda de los procedimientos adecuados de

análisis estadísticos y formulación de resultados, sino sobre todo al conocimiento y estudio de las condiciones de producción y aplicabilidad de estas a los objetos de la investigación.

En historia oral, las fuentes orales remiten unas a otras, entrecruzan sus significados y testimonian la dificultad de alcanzar una verdad de una forma que se adapte mejor a la imagen de *diseminación* que predicara Derrida (1997) para la escritura. Diseminación que supone el extremo de la concepción de la ciencia como interpretación señalado por Nietzsche (1988), quien criticaba la tendencia a la sacralización de la ciencia porque ello significaba situar la verdad en un plano elevado al que solo llegarían los iniciados y además desprestigiar el modo de la realidad cotidiana, el plano de los sentidos que no puede compararse con el mundo verdadero de las ideas. Frente a esa postura Nietzsche (Op. cit.) avala la propuesta de un conocimiento que quiere captar las cosas de una forma profunda, compleja y radical.

Las ciencias sociales entonces parecen oscilar entre la desconfianza acerca de su transparencia y la sospecha, en palabras de Steinberg (2005), “de un abandono paralelo: el de las precauciones deónticas que son parte de la existencia social de la cientificidad”. Esta escena polémica se fue constituyendo desde la década del 60 y llega a la actualidad.

Un nuevo factor que viene a polemizar son los efectos de las lecturas sobre la escritura científica. Los efectos de esas lecturas producen también nuevas conceptualizaciones. Una parte de su superficie textual permanece, pero la tematización crítica de un nivel, o de las insistencias de un modo de ejemplificación, cambia su significado al transformarse sus efectos de enunciación en función del nuevo discurso acompañante. (Steinberg, op. cit.)

Así, los trabajos de Hayden White cambian los efectos de sentido del discurso histórico al inducir una lectura que focalice su poética ensayística, y al

hipotetizar acerca del efecto de verosimilitud de sus construcciones retóricas, y especialmente narrativas.

En *El contenido de la forma* (1992), White afirma que la historiografía puede dramatizar los acontecimientos históricos y novelar los procesos históricos. Para el autor, la narrativa histórica no disipa falsas creencias sobre el pasado, la vida humana, la naturaleza de la comunidad, lo que hace es comprobar la capacidad de las ficciones que la literatura presenta a la conciencia mediante su creación de pautas de acontecimientos imaginarios. En la medida en que la narrativa histórica dota a conjuntos de acontecimientos reales del tipo de significados que por lo demás solo se halla en el mito y la literatura, está justificado considerarla como un producto de *allegoresis*. “Por lo tanto, en vez de considerar toda narrativa histórica como un discurso de naturaleza mítica o ideológica, deberíamos considerarla como alegórica, es decir como un discurso que dice una cosa y significa otra.” (White, op. cit., 63)

De acuerdo con H. White, cualquier pasado que por definición incluye acontecimientos, procesos, estructuras, se puede considerar perceptible tanto representado en la conciencia como en el discurso en forma imaginaria. La discusión de la narrativa en cualquier discusión de la teoría histórica es una cuestión sobre la función de la imaginación en la génesis de una verdad específicamente humana.

Por su parte, Pierre Bourdieu (2000) dentro de la sociología, reflexiona abundantemente sobre la escritura de esa ciencia. Para este autor, la puesta por escrito más literal es ya una verdadera traducción e incluso una interpretación. En contra de la ilusión espontaneísta del discurso que habla de sí mismo, el autor en *La miseria de este mundo* juega deliberadamente con la pragmática de la escritura para orientar la atención del lector hacia los rasgos sociológicos pertinentes que la percepción desarmada o distraída dejaría escapar.

“Transcribir es necesariamente escribir, en el sentido de reescribir: como el paso de la escritura a la oralidad que opera el teatro, el paso inverso impone con el cambio de soporte ciertas infidelidades que son condición de una verdadera felicidad.” (Bourdieu, 2000, 540)

Al asumir la responsabilidad de publicar determinados discursos que en tanto tales se sitúan en una situación pragmática que implica cierta intención de influir sobre el interlocutor, el sociólogo se expone a erigirse en relevo de su eficacia simbólica; pero sobre todo corre riesgo de dejar actuar libremente el juego de la lectura.

Bourdieu (1996, 59-63) también refiere a la escritura de la sociología. Esta debe ser tan complicada como su objeto. Lo que es complejo se deja escribir de forma compleja, la realidad social no solo es compleja sino estructurada, jerarquizada y es necesario dar la idea de esa estructura. Las frases deben ser pensadas en sociología porque el uso que ella hace de las palabras debe marcar una distancia en relación con el uso corriente que se hace normalmente en el lenguaje corriente. El discurso científico se distingue del discurso de ficción en que lo que él quiere decir es lo que dice, toma en serio lo que dice y acepta responderle.

Por otra parte, para los antropólogos como C. Geertz (1997), la escritura de textos reviste una importancia tal que el objeto mismo que está encargado de representar puede entenderse en el sentido de que la cultura es un conjunto de textos. La cultura no se limita al texto, pero ella no toma forma sino por él, es decir, por el intermediario de la representación esencialmente constituido por la escritura que constituye la verdadera descripción etnográfica.

A la manera de la literatura realista, el texto antropológico privilegiaría dispositivos como el de la construcción de efectos de concreción en sus imágenes o el de la modulación de un tono de autoridad testimonial en la voz del narrador.

Y Geertz entiende que la puesta en discusión de esos procedimientos debe incluir también el análisis de los discursos defensivos que suscita, enfrentados al crecimiento de emprendimientos críticos como el que ensaya. Geertz (op. cit.) pide que se perciban las limitaciones de la idea de que el lenguaje científico sólo debe apelar a lo que habilite la construcción lógica de su referente y permita percibir esa lógica como tal. Al respecto, entiende que las raíces del miedo a que se analice y se haga visible esa retórica hay que buscarlas en otro lado, en la posibilidad de que, tal vez, se llegue a advertir mejor el carácter también literario de la antropología, y su conexión con determinados mitos profesionales sin cuya reproducción textual no podría llegarse a los efectos de persuasión de fuertes construcciones de discurso, como las que habrían llevado a la vigencia del puro poder de la sustantividad factual en el discurso antropológico.

Así la nueva disposición en la episteme social contemporánea se genera por la actitud de sospecha acerca de los universales y de los métodos únicos, así como la remisión a las prácticas sociales concretas. Esta disposición se caracteriza por un incremento y profundización de la crítica a los racionalismos y neopositivismo que pretendieron reducir el método de las ciencias sociales a las naturales; el desarrollo y diversificación de la hermenéutica en distintas disciplinas científicas; la búsqueda de relaciones y conclusiones a partir del análisis de los discursos y de un nuevo diálogo con la naturaleza; el estudio de estrategias y búsqueda de relaciones de poder como elementos indispensables para la explicación de la realidad como construcción histórica.

En este panorama, el movimiento de escritura del historiador no es un reflejo de la investigación documental, sino una escritura permeada por los desafíos y cuestiones del presente, asociados a los referenciales teóricos que dan soporte a sus análisis. Así, la historia oral estudia el significado social que los recuerdos adquieren en función de temas y cuestiones puestas por el presente, como evaluar la dimensión de experiencias individuales y colectivas que ponen la memoria en

constante movimiento a partir de los desafíos sociales, políticos y culturales. Así como Bourdieu (1996) afirma que el discurso en sociología puede y debe ser tan complicado como lo exija el problema a tratar, nosotros sostenemos que el discurso histórico puede y debe dar cuenta de la relación que el investigador sostiene con las fuentes orales. El corpus analizado da cuenta de ello.

Los modos que la discursividad de las fuentes orales vayan a adoptar, en adelante, son difíciles de prever, pero sí queda planteada la necesidad de una relación crítica con la fuente para que esta no pierda su validez. Es necesario reconocer el proceso de construcción de la fuente, buscar la construcción verbal de los sujetos, el lugar de los símbolos, de las palabras, de las invenciones. El verdadero trabajo de construcción pasa a través de la interpretación de la fuente que nos lleva directamente dentro de la subjetividad. Hay que enfatizar que la dimensión dialógica no concluye con la construcción de la fuente.

Las fuentes orales no son textos, porque un texto es una producción verbal que es separada de quien la enuncia, en el caso de las fuentes orales, quien separa las palabras del texto no es el autor sino el historiador que al editar registra, transcribe, separa, espacia, interpreta. Esto comporta que el gesto de poner las palabras en las manos de otros obliga a la persona que habla a tomar muchas cautelas, implícitas en los gestos, los silencios, las inflexiones de voz, de modo que la labor de quien interpreta requiere mucha labor dialógica. Si bien esta dimensión dialógica nace en el diálogo entrevista, continúa en la interpretación. Este es –creemos– el desafío de estas disciplinas que laboran con documentos orales. No se trata ya de postular verdades sino conocimientos veraces que reconozcan sus límites y aun así busquen un lugar dentro de la producción de conocimiento. Se trata, en definitiva, de dar lugar a estos nuevos modos discursivos que nos enfrentan con nosotros mismos, sujetos hacedores de ciencia.

Nuevas prácticas: cómo escribir las prácticas. Una vez más surge la inquietud por la escritura de las prácticas. (Chartier, 1996) El difícil camino de articular la construcción discursiva del mundo social con la construcción social de

los discursos.⁸⁰ La historia, lugar y práctica, ciencia y escritura. La historia como lugar de experimentación, modo de destacar diferencias. Saber del *otro* y por lo tanto de uno mismo.

⁸⁰ La historia oral usa un sistema de notación del lenguaje verbal diseñado fundamentalmente para un medio escrito. Algunos historiadores reclaman la creación y el diseño de prácticas de notación que sirvan para representar los elementos significativos de las historias orales. El respecto por la literalidad (que la transcripción responda real y fielmente a las características del habla de los actores de la entrevista), la delimitación de la dinámica de la conversación (risas, silencios, palabras cortadas, ruidos, etc.), los comentarios del transcriptor acerca de los tonos del entrevistador, los énfasis, los modos en que se desenvuelve la conversación, entre otros elementos contribuiría a facilitar el proceso de interpretación. (Véase Block, Frisch, Moore, Camas Baena, Houltz, 1997)

BIBLIOGRAFÍA

Sobre discurso

- Adam, J., 1992, *Les textes: types et prototypes*, Paris, Nathan.
- Adam, J., 1990, *Elements de linguistique textuelle*. Leija, Mardaga.
- Althousser, L., 1970, *Ideología y aparatos ideológicos de estado*, Buenos Aires, Ed. Nueva Visión, 1988.
- Authier-Revuz, J., 1984, "Hétéroénéite(s) énonciative(s)", *Languange*, 73, pp. 98-111.
- Authier-Revuz, Jacqueline, 1998, "Observações no campo do discurso relatado", en *Palabras incertas. As não-coincidências do dizer*, Campinas, Ed. Unicamp, 2001.
- Bajtín, M., 1979, "El problema de los géneros discursivos". En *La estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI, 1998, pp. 248-293.
- Banfield, A., 1973, "Le style narratif et la grammaire des discours direct et indirect", *Chage*, 16-17, 190-226.
- Benveniste, E., 1966, "Les relations de temps dans le verbe français", en *Problèmes de Linguistique Générale*, Gallimard, Paris, pp. 237-250.
- Benveniste, E., 1966, *Problemas de lingüística general I*, México, Siglo XXI, 1993.
- Benveniste, E., 1974, *Problemas de lingüística general II*, México, Siglo XXI, 1993.
- Beaugrade, Robert A. De y Dressler, W., 1981, *Introducción a la lingüística del texto*, Barcelona Ariel.
- Bernárdez, Enrique, 1987, *Introducción a la lingüística del texto*, Madrid, Arco Libros, 2003.
- Bertrand, 1984, "Narrativité et discursivité", *Actes semiotiques*, VI, 59.
- Ciapuscio, Guiomar Elena, 1994, *Tipos textuales*, Buenos Aires, UBA, CBC.
- Ciapuscio, Guiomar Elena, 2003, *Textos especializados y terminología*, Barcelona, Institut Universitari de Lingüística Aplicada (IULA).

- Charaudeau, Patrick. *La problemática de los géneros: De la situación a la construcción textual*. *Rev. Signos*. [online]. 2004, vol.37, no.56, obtenido Abril 30, 2006, p.23-39, disponible en la World Wide Web:
<http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-09342004005600003&lng=es&nrm=iso>. ISSN 0718-0934.
- Charaudeau, P y Maingueneau, D., 2004, *Diccionario de Análise do Discurso*, San Pablo, Ed. Contexto.
- Courtés, J., 1991, *Análisis semiótico del discurso. Del enunciado a la enunciación*. Madrid, Gredos, 1997.
- Ducrot, O., 1986, *El decir y lo dicho*, Barcelona, Paidós, Comunicación.
- Fairclough, N., 1992, *Discourse and Social Change*, Polity Press, Blackwell Publishers, Cambridge-Oxford.
- Filinich, M. I., 1998, *Enunciación*, Buenos Aires, EUDEBA, Colección Enciclopedia Semiológica.
- Foucault, M., 1983, *Discurso, poder y subjetividad*, Ed. Buenos Aires, El cielo por asalto, 1995.
- Foucault, M., 1971, *El orden del discurso*. Barcelona, Akal, 1992.
- Foucault, Michel, 1970, *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI editores, 1996.
- Fowler, R. y otros, 1979, *Lenguaje y control*, Fondo de Cultura Económica, México, 1983.
- Fowler, R. y Krees, G, "Lingüística crítica", en 1979, *Lenguaje y control*, Fondo de Cultura Económica, México, 1983.
- Genette, G., 1962, *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*, Madrid, Taurus, 1989.
- Greimas, A. J., 1983, "El contrato de veridicción", en *Del sentido II*, Madrid, Gredos, 1989.

- Greimas, A. J., 1976, *Semiótica e Scienze Sociali*, Torino, Centro Scientifico Editore, 1991.
- Greimas A. J. y J. Courtés, 1979, *Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*, Madrid, Gredos, 1982.
- Halliday, M.A.K., 1985, *Introduction to Funcional Grammar*, London, Edward Arnold.
- Halliday, M.A.K., 1978, *El lenguaje como semiótica social. La interpretación social del lenguaje y el significado*. México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
- Halliday, M.A.K. y Hasan, R., 1985, *Language, context and text: Aspects of language in a social-semiotic perspective*, Oxford, Oxford University Press.
- Heinemann, W., 2000, "Textsorten. Zur Discusión um Basisklassen des Kommunizierens. Rückschau und Ausblick", en Adamzik, K. (ed.), *Textsorten. Reflexionen und Analysen*, Tübingen, Stauffenburg. Traducción informal de G. Ciapuscio.
- Heinemman, W. y Viekweger, D., 1991, *Textlinguistik: eine Einführung*, Tübingen, Max Niemeyer.
- Heinrich, H., "Wissenschaftssprache, Sprachkultur und die Einheit der Wissenschaft", en *Linguistik der Wissenschaftssprache*, Berlín/New York, W. de Gruyter, 1994. Traducción informal de G. Ciapuscio.
- Hodge, R. y Kress, G., 1979, *Language as Ideology*, Routledge, London, 1993.
- Hodge, Bob, "Periódicos y comunidades", en Fowler, R. y otros, 1979, *Lenguaje y control*, Fondo de Cultura Económica, México. 1983.
- Kerbrat-Orecchioni, C., 1980, *La enunciación. De la subjetividad del lenguaje*, Buenos Aires, Edicial, 1993.
- Kristeva, Julia, 1969, *Semiótica. Investigaciones para una semanalítica*, Madrid, Ed. Fundamentos, 1978.
- Lozano, J., Peña-Marín, C. y Abril, G., 1982, *Análisis del discurso. Hacia una semiótica*

de la interacción textual, Madrid, Cátedra.

- Lozano, Jorge, 1987, "Estrategias discursivas y persuasión en el texto de historia", en *El discurso histórico*, Madrid, Alianza, 1994, 173-210.
- Maingueneau, Dominique, 1981, *Approche de l'énonciation en linguistique française*, Paris, Hachette.
- Maingueneau, Dominique, 1984, *Genèses du discours*, Lige, Mardaga.
- Maingueneau, Dominique, 1987, *Nouvelles tendances en analyse du discours*, Paris, Hachette.
- Maingueneau, Dominique, 1993, *Le contexte de l'oeuvre littéraire*, Paris, Dunod.
- Maingueneau, Dominique, 1996, *Términos claves del Análisis del Discurso*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1999.
- Pendones De Pedro, Covadonga "La heterogeneidad enunciativa: algunas manifestaciones de la heterogeneidad mostrada", *E.L.U.A.*, 8, 1992, pp. 9-24.
- Raiter, A; Zullo, J.; Pérez, S.; Unamuno, V.; Labonia, D; Muñoz, I., 1999, *Discurso y Ciencia Social*, Buenos Aires, EUDEBA.
- Raiter, A; Zullo, J.; Sánchez, K.; Szretter Noste, M.; Basch, M.; Belloro, V. y otros, 2002, *Representaciones sociales*, Buenos Aires, EUDEBA.
- Récanati, Francois. *La transparencia y la enunciación. Introducción a la Pragmática*, Buenos Aires, Hachette, 1981.
- Reyes, Graciela, 1994, *Los procedimientos de cita: citas encubiertas y ecos*, Madrid, Arco/Libros, 1996.
- Pérez, S. I., "La representación de las mujeres en el discurso : el rol de la prensa gráfica", en Raiter, A; Zullo, J.; Sánchez, K.; Szretter Noste, M.; Basch, M.; Belloro, V. y otros, 2002, *Representaciones sociales*, Buenos Aires, EUDEBA.
- Simonin-Grumbach, J., 1975, "Pour une typologie des discours", en J. Kristeva, J. Milner, N. Ruwet (eds.) *Langue, discours, société*, Paris, Du Seuil.

Trew, Tony. "Teoría e ideología en acción", en Fowler y otros, 1979, *Lenguaje y control*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983.

Tusón, J., 1997, *La escritura*, Barcelona, Octaedro.

van Dijk, T., 1983, *La ciencia del texto*, Buenos Aires, Paidós.

van Dijk, T., 1990 *La noticia como discurso*, Buenos Aires, Paidós.

Verón, E., 1995, *Semiosis de lo ideológico y el poder*, Buenos Aires, OPFYL.

Verón, E., 1983, *Construir el acontecimiento*, Buenos Aires, Gedisa.

Voloshinov, Valentín, 1929, *El marxismo y la filosofía del lenguaje*, Alianza, Madrid, 1992.

Weinrich, H., 1974, *Estructura y función de los tiempos del lenguaje*, Madrid, Gredos.

Zullo, J., "A veinte años del golpe de estado: las lecturas de la prensa desde la lingüística crítica", en Raiter, A; Zullo, J.; Pérez, S.; Unamuno, V.; Labonia, D; Muñoz, I., 1999, *Discurso y Ciencia Social*, Buenos Aires, OPFYL – EUDEBA, pp. 25-38.

Sobre discurso y ciencias sociales

Arfuch, Leonor, 1992, "Identidad y discurso. Espacios de lo biográfico", en Revista *Signo & Seña* n° 1, Buenos Aires, Instituto de Lingüística, Facultad de Filosofía y Letras.

Arfuch, Leonor, 2001, *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Bachelard, G., 1990, *La formación del espíritu científico. Contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo*. México, Siglo XXI.

Barthes, Roland, 1967, *Ensayos críticos*, Barcelona, Seix-Barral.

Barthes, Roland, 1970, "El discurso de la historia", en AAVV. *Estructuralismo y lingüística*, Buenos Aires, Nueva Visión.

- Bourdieu, Pierre, 1982, *Ce que parler veut dire*. Fayard. Paris.
- Bourdieu, Pierre, "Puntos de referencia", en *Cosas dichas*, Barcelona, Gedisa, 1987.
- Bourdieu, Pierre, 1988, "La ilusión biográfica", en Revista *Historia y Fuente Oral* N°2, *Memoria y biografía*, Barcelona, 1989, 29-41.
- Bourdieu, Pierre, 1993, *La miseria del mundo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Bourdieu, Pierre, Chamboredon, J. C., y Passeron, J. C. (1990) *El oficio del sociólogo*, México, Siglo XXI.
- Briggs, Charles, 1986, *Learning how to ask. A sociolinguistic appraisal of role of the interview in social science research*, Cambridge, Cambridge University.
- Burgos, Martine. (1989) "Narrativa y la búsqueda del yo", en Aceves Lozano, Jorge (comp.) (1993) *Historia oral*, México, Instituto Mora/UAM, 1997.
- Chartier, R., 1996, *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin*, Buenos Aires, Manantial.
- De Certeau, M., 1978, *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana-Departamento de Historia, 1993.
- Derrida, Jacques, 1975, *La diseminación*, Madrid, Editorial Fundamentos, 1997.
- Geertz, C., 1973, *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1997.
- Geertz, Clifford, 1989, *El antropólogo como autor*, Barcelona-Buenos Aires, Paidós, 1997.
- Goldman, N., 1992, *Historia y lenguaje. Los discursos de la Revolución de Mayo*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Guilhamou, Jacques, « Efeito de sentido e visibilidade social: co-construção discursiva o espaço de co-produção no trabalho do pesquisador », Seminario de estudos em análise do discurso, 31 octubre - 4 novembre 2005, traduction de Carlos Piovezani

- Filho, obtenido mayo 30, 2006, disponible en la World Wide Web:
www.discurso.ufrgs.br/sead/doc/sentido/Guilhaumou.pdf
- Hobsbawn, E. J. (1980) "The Revival of Narrative: Some Comments", *Past and Present*, 86.
- Kuhn. T. S., 1979, *La estructura de las revoluciones científicas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.
- Le Goff, Jacques, 1977, *El orden de la memoria*, Buenos Aires, Paidós, 1991.
- Le Goff, Jacques y Nora, Pierre, 1991, *Hacer la historia*, Volumen I, Barcelona, Laia, 1985.
- Lozano, Jorge, 1987, *El discurso histórico*, Madrid, Alianza, 1994.
- Nietzsche, F. *La genealogía de la moral*, Alianza, Madrid, 1988.
- Nietzsche, F. *Más allá del bien y del mal*, Busma, Madrid, 1984.
- Nora, Pierre (ed.), 1984, *Les lieux de mémoire*, Paris, Gallimard, 1992, 7 Vols.
- Palti, José E., 1998, *Giro lingüístico e historia intelectual*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.
- Paolubne, R., 2004, "Relación entre lo epistémico y lo lingüístico", en XV Congreso Interamericano de Filosofía II Congreso Iberoamericano de Filosofía, Lima, Perú 12-16 Enero, 2004, Pontificia Universidad Católica del Perú, obtenido Marzo 30, 2006, disponible en la World Wide Web:
www.pucp.edu.pe/eventos/congresos/filosofia/programa_general/jueves/sesion15-16.30/PaolubneRuben.pdf
- Rancière, Jacques, 1992, *Los nombres de la historia*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1993.
- Ricoeur, Paul, 1986, "La identidad narrativa", en *Historia y narrativa*. Barcelona, Paidós, 1999.
- Ricoeur, Paul, 1989, "Literatura y biografía", en Revista *Historia y Fuente Oral* N°2,

¿Historia oral?, Barcelona.

Ricoeur, Paul, 1978, *Historia y narrativa*, Barcelona, Paidós, 1999.

Rivera, Silvia “La influencia del giro lingüístico en la problemática de las ciencias sociales”, en Díaz, Esther (ed.), 1998, *La ciencia y el imaginario social*, Buenos Aires, Biblos.

Robin, R., 1989, “Literatura y biografía”, en Revista *Historia y Fuente Oral* N° 2, *¿Historia oral?*, Barcelona.

Robin, R., 1996, *Identidad, memoria y relato. La imposible narración de sí mismo*. Cuadernos de Posgrado, Facultad de Ciencias Sociales, CBC.

Schuster, F. G., 1986, *Explicación y predicción. La validez del conocimiento en las ciencias sociales*, Buenos Aires, Clacso.

Steimberg, Oscar, “Algunos espacios de discusión, en relación con la cambiante escritura de las ciencias sociales”, obtenido mayo 3, 2006, disponible en la World Wide Web: www.bazaramericano.com/bazar/articulos/steimberg_discursociencsoc.htm

Stone, L., 1979, “The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History”, *Past and Present*, 85.

Wallerstein, Immanuel, 1996, *Abrir las ciencias sociales*, México, Siglo XXI.

White, Hayden, 1978, *El texto histórico como artefacto literario*. Barcelona-Buenos Aires, Paidós, 2003.

White, Hayden, 1995, “Respuesta a las cuatro preguntas del profesor Chartier”, *Historia y Grafía* 4, pp. 317-329.

White, Hayden, 1987, “La cuestión de la narrativa en la teoría historiográfica actual”, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992, pp. 41-74.

White, Hayden, 1992, *Metahistoria*, México, Fondo de Cultura Económica.

Sobre historia oral e historia de vida

- Aceves Lozano, Jorge (comp.), 1993, *Historia Oral*, México, Instituto Mora.
- Acuña, Victor Hugo (comp.), *Historia Oral e historias de vida*. Costa Rica, 1988.
- Águila, Gabriela y Cristina Viano “Las voces del conflicto: en defensa de la Historia Oral”, en Godoy, Cristina (ed.) (2002) *Historiografía y Memoria Colectiva. Tiempos y Territorios*, Buenos Aires. Miño y Dávila.
- Alves de Abreu, “Guerrilla: Fácil de entrar, difícil de salir”, en *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, No.17, Tiempos de Transformaciones, Barcelona, 1997, pp. 73-83.
- Arantes Nasser, Ana Cristina, “Salir al mundo: Estudio de las representaciones de los excluidos en torno a sus relaciones con el trabajo, la familia y el tiempo libre.”, en *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, No. 21, Entre la exclusión y el trabajo, Barcelona, 1999, pp.7-17.
- Balán, Jorge, *Las historias de vida en ciencias sociales. Teoría y técnica*, Buenos Aires, 1974.
- Bertaux, Daniel (1986) “Los relatos de vida en el análisis social” en *Historia y Fuente Oral*, núm. 1, 1989, Barcelona, 87-96.
- Block, Rosemary 1997: “Comentario a '*Perversión de la palabra*'”, en *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, segunda época, N° 18, Barcelona, 1997, p. 25-28.
- Caldas, A., 2001, *Nas águas do texto. Palavra, experiênciã e leitura em história oral*. Poto Velho, EDUFRO.
- Caldas, A., 1999, *Oralidades, texto e história para ler a história oral*. San Pablo, Edições Loyola.
- Camas Baena, Victoriano, 1997, “La transcripción en historia oral: para un modelo vivo del paso de lo oral a lo escrito”, en *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, segunda época, N° 18, Barcelona, 1997, p. 41-62.

- Catela, Ludmila da Silva, "Sin cuerpo, sin tumba. Memorias de una muerte inconclusa", en *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, No.20, Traumas del Siglo XX, Barcelona, 1998, pp. 87-105.
- Chirico, María Magdalena de (comp.), 1992, *El retorno a lo biográfico. Los relatos de vida*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Ferrarotti, Franco, "Relación entre sociología e historia", *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, No. 16, Historia y sociología, Barcelona, 1996, pp.87-103.
- Fraser, Ronald, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española*, 2 tomos, Barcelona, 1979.
- Fraser, Ronald "La historia oral como historia desde abajo", en *Revista Ayer*, N° 12, Marcial Pons Editor, España, 1993.
- Fraser, Ronald "La formación de un entrevistador", en Scwarzstein, Dora (comp.), 1991, *La historia oral*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, pp.53-82.
- Frisch, Michael, 1997, "Sobre pendientes resbaladizas y esperanzas infundadas. Comentario a 'Perversión de la palabra'", en *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, segunda época, N° 18, Barcelona, 1997, p. 29-33.
- Gil Villa, F., 1998, "Posestructuralismo e historia oral", en *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, 1, 19, 1998.
- Grele, Ronald J. "Movimiento sin meta: Problemas metodológicos y teóricos en la historia oral", en Scwarzstein, Dora (comp.), 1991, *La historia oral*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, pp. 119-141.
- Halbwachs, Maurice, 1990, *A memória coletiva*, Río de Janeiro, Vértice.
- Houltz, Anders, 1997, "Visiones biográficas / versiones autobiográficas. Las entrevistas y el material autobiográfico como medio de comunicación y método para recabar información", en *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, segunda época, N° 18, Barcelona, 1997, p. 63-72.

- James, Daniel, "Historias contadas en los márgenes. La vida de Doña María: historia oral y problemática de géneros", *Entrepasados*, 3, Buenos Aires, 1992, pp. 7-25.
- James, Daniel, 2003, "Entre la memoria y la historia: los desafíos de la historia oral", en *Voces Recobradas*, año 6, N° 6, diciembre 2003.
- Joutard, Philippe, 1983, *Esas voces que nos llegan del pasado*, Buenos Aires, 1999.
- Joutard, Philippe, 1995, "La historia oral: balance de un cuarto de siglo de reflexión metodológica y de trabajos", en *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, 2da. Época, núm. 15, Barcelona, 1996, pp. 155-170.
- Lobato, Mirta Zaida y Schwarzstein, Dora, "El pasado debe pensarse en términos éticos. Una conversación con Alessandro Portelli.", en *Entrepasados*, 17, Buenos Aires, 1999, pp.127-134.
- Lummis, Trevor "La memoria", en Schwarzstein, Dora (comp.), 1991, *La historia oral*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, pp. 83-101.
- Moore, Kate 1997: "Perversión de la palabra: las función de las transcripciones en la historia oral", en *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, segunda época, N° 18, Barcelona, 1997, p. 13-24.
- Moore, Kate 1997: "Ver el bosque sin distinguir los árboles: respuesta a los comentarios de Frisch Michael y Rosemary Block", en *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, segunda época, N° 18, Barcelona, 1997, p. 35-39
- Magrassi, Guillermo; Rocca, Manuel y otros, *La historia de vida*, Buenos Aires, 1980.
- Masseroni, Susana, 2003, "El enfoque biográfico interpretativo en la investigación socio-histórica", en *Voces Recobradas*, año 6, N° 15, octubre 2003.
- Niethammer, Lutz "¿Para qué sirve la historia oral?", en Aceves Lozano, Jorge (comp.), 1993, *Historia Oral*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, pp. 29-59.
- Ong, Walter, 1982, *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. México, Fondo de

Cultura Económica, 1993.

- Passerini, Luisa "Ideología del trabajo y actitudes de la clase trabajadora hacia el fascismo", en Schwarzstein, Dora (comp.), 1991, *La historia oral*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, pp. 142-172.
- Passerini, Luisa, 1978, *Storia orale, vita quotidiana e cultura materiale della classi subalterne*, Rosenberg & Sèller, Turín.
- Portelli, Alessandro, 1981, "El tiempo de mi vida: las funciones del tiempo en la historia oral", en Aceves Lozano, Jorge (comp.) *Historia Oral*, México, Instituto Mora. 1997.
- Portelli, Alessandro, 1989, "Historia y memoria: la muerte de Luigi Trastulli", en *Historia y Fuente Oral*, N° 1, 1989.
- Portelli, Alessandro. "Lo que hace diferente a la historia oral", en Schwarzstein, Dora (comp.), *La Historia Oral*, Buenos Aires, 1991.
- Portelli, Alessandro, "Memoria y resistencia. Una historia (y celebración) del Circolo Gianni Bosio", en *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política*, N° 4, vol. 10, Buenos Aires, julio 1999, pp. 91-110.
- Robin, R., 1986, "¿Es la historia de vida un espacio al margen del poder?", en Aceves Lozano, Jorge (comp.) (1993) *Historia oral*, México, Instituto Mora/UAM, 1997.
- Samuel, Ralph "Desprofesionalizar la historia", en Schwarzstein, Dora (comp.), 1991, *La historia oral*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, pp. 102-118.
- Schwarzstein, Dora (comp.), 1991, *La Historia Oral*, Buenos Aires.
- Schwarzstein, D. "La historia oral en América Latina", en *Historia y Fuente Oral*, 2, 1995.
- Schwarzstein, Dora (comp.), 1998, *Textos para el uso de la Historia Oral*, Buenos Aires.

Thompson, Paul “Historias de vida y análisis del cambio social”, en Aceves Lozano, Jorge (comp.), 1993, *Historia Oral*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, pp. 117-135.

Torres Montenegro, Antonio, “Oralidad, memoria e historia: cuestiones metodológicas”, en *Voces Recobradas*, año 7, N° 20, septiembre 2005, pp. 32-44.

Yerushalmi, Yosef Hayim, 1981, “Reflexiones sobre el olvido”, en Yerushalmi, Y. y otros, *Usos del olvido*, Buenos Aires.

Yerushalmi Yosef Hayim, *Zajor*, 1982, *La Historia Judía y la Memoria Judía*, Barcelona – México Ánthropos Fundación Eduardo Cohen, 2002.

Sobre la guerrilla

Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín, 1998, *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*. Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 3 Vols.

Anzorena, Oscar, 1998, *Tiempo de violencia y utopía. Del golpe de Onganía (1966) al golpe de Videla (1976)*, Buenos Aires. Ediciones del Pensamiento Nacional.

Cháves, Gonzalo y Jorge O. Lewinger, 1998, *Los del 73. Memoria Montonera*, Buenos Aires, Editorial de la Campana.

Diana, Marta, 1996, *Mujeres guerrilleras*, Buenos Aires, Editorial Planeta.

Gillespie, Richard, 1988, *Montoneros. Soldados de Perón*, Buenos Aires, Grijalbo.

Hilb, Claudia y Ludsky, Daniel, 1984, *La nueva izquierda Argentina: 1960-1980. Política y violencia*. Centro Editor América Latina.

Hodges, Donald, 1991, *Argentina s “Dirty War”. A intellectual Biography*. Austin, University of Texas Press.

Marín, Juan Carlos, 1984, *Los hechos armados*, Buenos Aires, CICSO.

Ollier, María Matilde, 1986, *El fenómeno insurreccional y la cultura política (1969-*

- 1973), Buenos Aires, Centro Editor América Latina.
- Ollier, María Matilde, 1998, *La creencia y la pasión. Privado, público y político en la izquierda revolucionaria*, Buenos Aires, Ariel.
- Pozzi, Pablo, 2003, "De palabras y silencios. La creación de un Archivo de Historia Oral en la UBA", manuscrito no publicado.
- Rot, Gabriel, 2000, *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina. La historia de Jorge Ricardo Masetti y el Ejército Guerrillero del Pueblo*, Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto.
- Salas, Ernesto, 1990, *La resistencia peronista: la toma del frigorífico Lisandro de la Torre*. Buenos Aires, Centro Editor América Latina.
- Seoane, María, 1992, *Todo o nada. La historia secreta y política del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho*, Buenos Aires, Planeta.
- Sebreli, Juan José, 1983, *Los deseos imaginarios del peronismo. El fascismo de izquierda*, Buenos Aires, Legasa.
- Urbano, Leonel. "Historia de la Revolución Argentina: recuerdos del 'Mingo'", *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política* vol. 5, no. 12, Buenos Aires, abril 2000.
- Waldmann, Peter "Anomia social y violencia", en Rouquié, A. (comp.) (1982) *Argentina hoy*, México, Siglo XXI Editores.

Fuentes

- Águila, Gabriela y Cristina Viano, Trabajador@s y militantes: sobre algunas vertientes de la izquierda peronista del norte al sur del cordón industrial del gran Rosario entre 1969 y 1976. Una aproximación desde la historia oral., en *Anuario de Historia 16* (Rosario: Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Arte, Universidad Nacional de Rosario, segunda época 1993-1994); pp. 179-198.
- Águila, Gabriela y Cristina Viano, "Identidad política y memoria en los militantes de dos

- expresiones de la nueva izquierda peronista en el Gran Rosario”, en *Sociohistórica*, 13/14, Cuadernos de CISH, Centro de investigaciones Socio Históricas, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, 2004.
- Barela, Liliana, “La pasión militante. Entrevista a Luis Mattini”, en *Voces Recobradas. Revista de Historia Oral*, N° 3, Buenos Aires, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 1998.
- Barela, Liliana y otros, “Los Setenta: Militancia, Participación, Compromiso y Violencia”. *Proceedings. XIth International Oral History Conference*, Rio de Janeiro, IOHA, 1998.
- Brenann, J. y Gordillo, Mónica, “Protesta obrera, rebelión popular e insurrección urbana en la Argentina: el Cordobazo”, en *Estudios*, N° 4, julio-diciembre 2004, Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba.
- Carnovale, Vera, “Jugarse al Cristo: mandatos, formas de sacralización y construcción identitaria en el PRT-ERP”, VI Encuentro Nacional de Historia Oral, 15-17 de octubre de 2003, Buenos Aires.
- Cevallos, Oscar, “Luces y sombras del Chocón”, en *Voces Recobradas*. N° 5, agosto 1999, pp. 32-36.
- De Santis, Daniel, “Testimonio y memoria. La lucha obrera en Propulsora Siderúrgica (1974-1975)”, en *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política* 5, Buenos Aires, AECS, noviembre 1997.
- Gómez, Hugo A., “Montoneros en Morón. Militantes y militancia. 1973-1976”. En *VII Encuentro Nacional de Historia Oral "Identidad, Cultura y Política"*, Buenos Aires, 13 al 15 de octubre, 2005.
- Gurevich, Estela, “Los Setenta, ¿una utopía?”. *Proceedings. XIth International Oral History Conference*, Rio de Janeiro, IOHA, 1998.
- Merenson, S. y Cecilia Plano, “Nos-otros- los peronistas. Relatos de unicidad polifónica

- en torno a la identidad y la memoria peronista”, en *Voces Recobradas*, N° 11, abril 2002.
- Pozzi, Pablo, “Los Perros. La cultura guerrillera del PRT-ERP”, en *Taller. Revista de Cultura, Sociedad y Política*. Vol. 1, No. 2, Buenos Aires: Asociación de Estudios de Cultura y Sociedad, noviembre 1996, pp. 101-124.
- Pozzi, Pablo, “El norte revolucionario e indoamericanista antes del PRT-ERP; el FRIP”, en *Voces Recobradas. Revista de Historia Oral* Año 5, No. 13, julio 1999, Buenos Aires, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, pp. 24-40.
- Pozzi, Pablo, “Los setentistas: hacia una historia oral de la guerrilla en Argentina”, en *Anuario de Historia 16*, Rosario: Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Arte, Universidad Nacional de Rosario, segunda época 1993-1994, pp. 113-130.
- Pozzi, Pablo, 2001, *Por las sendas argentinas... El PRT-ERP. La guerrilla marxista*. Buenos Aires, Editorial de la Universidad de Buenos Aires.
- Pozzi, Pablo y Schneider, Alejandro, “Memoria y Socialismo. Historias de la militancia argentina. (1965-1975)”. *Taller, Revista de Sociedad, Cultura y Política*, Vol. 3, N° 6, Buenos Aires, abril de 1998.
- Pozzi, Pablo y Schneider, Alejandro, 2000, *Los setentistas. Izquierda y clase obrera (1969-1976)*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad de Buenos Aires.
- Rodríguez, Laura, “Militancia y memoria. Los montoneros en Misiones (1970-74), en *Voces Recobradas*, N 9, diciembre 2000, pp. 32-42.
- Salas, Ernesto José, “‘Uturuncos’. La primera guerrilla peronista (1959-1960)”. *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política*, vol. 8, no. 20, Buenos Aires, abril 2003.
- Salas, Ernesto, 1990, *La resistencia peronista: la toma del frigorífico Lisandro de la Torre*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 2 vols.
- Urbano, Leonel, “Historia de la Revolución Argentina: recuerdos del ‘Mingo’”, *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política*, vol. 5, no. 12, Buenos Aires, abril 2000.